Hernán Zin

Helado y patatas fritas

Una denuncia de la explotación sexual de los niños

PLAZA JANÉS

HERNÁN ZIN

HELADO Y PATATAS FRITAS

Una denuncia de la explotación sexual de los niños

PLAZA JANÉS

www.megustaleerebooks.com

A mi padre, por haberme enseñado,
con su ejemplo de compromiso, coherencia y pasión,
la extraordinaria importancia de trabajar
en lo que se ama

Rodin, a los sesenta y seis años de edad, famoso apóstol de las artes francesas, se sintió inmediatamente fascinado: en las jóvenes bailarinas de la princesa Soumphady descubrió la infancia de Europa. «Estos camboyanos nos han mostrado todo lo que la antigüedad debe haber tenido —escribió al poco tiempo—. Es imposible imaginar alguien que lleve la naturaleza humana a tal extremo de perfección; excepto ellos y los griegos.»

AMITAV GOSH, *Bailando en Camboya*

Cerveza no era lo que Camboya más necesitaba en ese momento, pero el mercado, como la naturaleza, tiene su lógica. Tras años y años de guerras y masacres, la vida estaba volviendo a triunfar sobre la muerte, pero lo estaba haciendo de la forma más cruel y primitiva: la ley de la jungla.

TIZIANO TERZANI, *Un adivino me dijo*

INTRODUCCIÓN

Viví durante tres años en Calcuta, donde, junto a Thierry Darnaudet —un hombre extraordinario, que lleva más de una década trabajando en los barrios marginados de la ciudad—, creamos varios hogares y escuelas para niños de la calle.

Además de la pasión por Calcuta y su gente, compartíamos el amor por una tierra no muy lejana en la que ambos, por distintas razones, habíamos pasado largas temporadas. Thierry había intentado sin éxito crear un hogar en Camboya para menores víctimas de abusos sexuales, con la colaboración de Hang Vibol, un joven trabajador social de Phnom Penh. Yo había viajado en varias ocasiones a Camboya para escribir artículos sobre las minas antipersona y, en 1995, había caminado junto a un grupo de quinientos monjes budistas que recorrió a pie las zonas en conflicto del país para tratar de poner fin a los enfrentamientos entre el gobierno y la guerrilla.

Siete años más tarde, en febrero de 2002, cuando los proyectos en Calcuta alcanzaron la madurez suficiente para poder prescindir de nuestra tutela, decidimos que había llegado el momento de retomar la iniciativa de Camboya, ya que las noticias que nos llegaban de abusos a menores y turismo sexual resultaban cada día más preocupantes. Thierry regresó a Phnom Penh, y yo viajé a Barcelona para hablar con Andrés Torres, otro hombre extraordinario que, al frente de Global Humanitaria, brinda apoyo financiero y estratégico a los proyectos en Calcuta.

Por parte de Andrés, que no dejaba de sorprenderme por su valentía a la hora de apostar por nuevos proyectos, recibí una respuesta positiva. «¿Cuántos niños tendrá el hogar? —me preguntó—. ¿Cuánto dinero necesitáis?» Habló con una de las coordinadoras de Global Humanitaria, regresó y me dijo:

«Cuando quieras firmamos un acuerdo».

Días antes,Thierry se había encontrado con su viejo amigo Vibol, quien, ahora, tras haber trabajado para diversas ONG, estaba dando vida a Our Home, su propia organización no gubernamental. En la terraza del Foreign Correspondant Club redactaron el presupuesto, decidieron los objetivos y establecieron los plazos de realización del proyecto.

El 22 de febrero de 2002 hicimos el envío inicial de fondos a Camboya. Tras cuatro semanas de arduo trabajo, los primeros niños de la calle llegaron al hogar.

Durante los meses siguientes fui recibiendo informes desde Camboya. Fotografías, reportes de los coordinadores, historias de los niños. El hogar era un éxito. Sus integrantes asistían a la escuela, hacían los deberes, recibían ayuda de psicólogos; luchaban con ahínco por dejar atrás los duros momentos vividos y labrarse un futuro próspero.

En julio de 2002, viajé a Camboya para conocer a Vibol y a los niños del hogar, y para asistir al juicio que se celebraría contra un italiano acusado de mantener relaciones con Dum y Tong, dos de los integrantes de nuestro centro de acogida.

Tenía pensado quedarme diez días, pero al final permanecí en Camboya algo más de dos meses. El encuentro fortuito a orillas del río con un ciudadano belga que había abusado de uno de los niños del hogar transformaría mis planes, sería el punto de partida de una de las experiencias más duras y aleccionadoras de mi vida. Junto a Thierry y Vibol, lo seguiría durante semanas hasta conseguir pruebas suficientes para denunciarlo a la policía. En el camino, también encontraría a otros pederastas, conocería en profundidad las terribles condiciones de vida de los niños y sus familias, y me toparía con la inmovilidad y corrupción que hacen posible en Camboya la prostitución infantil y el turismo sexual. En esta inmersión en el sórdido mundo de los abusos a menores, tendría además la oportunidad de conversar con dos agresores sexuales, uno de los cuales había sido acusado de torturar a niños y vender sus fotos en Internet.

Aunque llevaba meses recopilando información acerca de la prostitución infantil, ni siquiera por un instante imaginé lo que me depararía aquella visita, y mucho menos aún las consecuencias que la investigación tendría al volver a Madrid.

He escrito este libro por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque los occidentales somos responsables directos de este problema. Nadie puede negar que los abusadores parten de nuestros países, y se aprovechan del bienestar que hemos conseguido, de nuestra moneda fuerte, para comprar la vida de los niños. Tampoco se puede negar que durante los últimos doscientos años hemos estado injiriendo de tal manera en los asuntos de la región, que hemos hecho de Camboya un pueblo herido, inmaduro, sojuzgado. La colonización francesa y la Guerra Fría han causado profundos traumas a la nación jemer, alentando en parte el ascenso al poder de la guerrilla fratricida. Un pueblo que tras décadas de violencia, como es lógico, resulta incapaz de velar por el bienestar de sus miembros más vulnerables.

La revolución industrial, impulsada por las teorías de Adam Smith y

David Ricardo, y la creación de la máquina de vapor y el ferrocarril, transformó la vida de millones de personas. Algunas se enriquecieron, prosperaron y acumularon capital, pero la gran mayoría no hizo más que padecer terribles privaciones. Fueron muchos los autores que en el siglo XIX denunciaron las consecuencias del mercantilismo. Émile Zola, Charles Dickens y Jack London reflejaron en sus libros el sufrimiento de los trabajadores explotados en nombre de los nuevos ideales, orden y progreso, y de quienes, en el otro extremo del planeta, presenciaban atónitos el saqueo de sus recursos naturales bajo la excusa civilizadora del poder colonial.

Hoy nos enfrentamos a la segunda gran transformación del capitalismo, consecuencia de la caída del muro de Berlín y de la extraordinaria evolución de los medios de comunicación. Lamentablemente, la tan debatida globalización, que podría ser una excelente herramienta para compartir recursos en pos de un mundo más justo, parece no estar sirviendo más que para que los países ricos exportemos nuevamente nuestras miserias. En este sentido, el abuso de niños ha superado la barrera de lo privado para convertirse en una cuestión transnacional, una nueva forma de opresión del Norte al Sur.

Haber escrito este libro desde Camboya me permite poner énfasis en esta última evolución, que me parece la más terrible de todas. El sometimiento y humillación de niños marginados, pobres, que se acercan a los extranjeros movidos por el hambre, me parece el paroxismo de la crueldad, la cumbre de un problema que como especie arrastramos desde nuestros inicios, y del que, más que nunca, los habitantes de esta parte del planeta somos responsables.

Ahora, lo mínimo que podemos hacer es conocer lo que está sucediendo allí, para asumir nuestra responsabilidad histórica y tratar de hacer algo por los niños de Camboya.

En segundo lugar, he escrito este libro en honor a los niños. Ha sido un privilegio compartir estos meses con ellos. Rescato su ejemplo de lucha y superación, como una de las lecciones más valiosas que he recibido en mi vida. A pesar de todo lo padecido no dejan de creer, de seguir adelante, de tratar de mejorar. Resulta conmovedor ver la valentía con que declaran en los juicios en contra de sus agresores, el empeño con que trabajan para alcanzar a los niños de su edad en la escuela y poder aspirar en el futuro a un trabajo bien remunerado que les permita ayudar a sus familias.

Además, creo que es fundamental que en Occidente comencemos a escuchar otras voces. Así como los autores del siglo XIX se animaron a contar las consecuencias negativas de la revolución industrial, los escritores y periodistas de este tiempo debemos animarnos a narrar las

consecuencias del momento histórico que estamos viviendo, para tratar de defender a sus víctimas, pero también para romper con esta suerte de pensamiento único, homogéneo, que parece haberse apoderado de gran parte de los medios de comunicación, y que tan mal nos hace como sociedad, ya que nos priva de distancia, de perspectiva, nos cierra las puertas a realidades que podrían ayudarnos a madurar, a sensibilizarnos, a romper con la dinámica del individualismo y el consumo compulsivo en la que parecemos estar tan atrapados como los niños en la pobreza que los obliga a prostituirse.

Miro a mi alrededor aquí en Occidente y veo poco más que insatisfacción. Por eso estoy convencido de que, aunque no queramos aceptarlo, también nosotros estamos pagando un altísimo precio por ser parte del lado opresor del mundo, por hacer caso omiso al clamor de los miles de millones de personas que viven en la miseria.

A esta altura, imagino que, al igual que yo, muchos otros estarán comenzando a comprender que la felicidad no se encuentra en la acumulación de bienes y la competencia desmedida. Es hora de que busquemos modelos alternativos. Y escuchar a los que están del otro lado, conocer las terribles injusticias que padecen, nos va a ayudar a encontrar el camino, al igual que descubrir el ejemplo de quienes como Thierry y Vibol luchan desde el anonimato por defenderlos.

Si los niños no se rinden. A pesar de todo lo padecido, siguen adelante. Nosotros no tenemos excusa. Debemos buscar nuevos caminos. Ojalá, conocer sus historias, sus voces, nos sirva de inspiración.

¡BUENA SUERTE PARA TODOS!

Alain Filippo Berutti llegó al juzgado número uno de Phnom Penh esposado a dos hombres que, a su vez, avanzaban esposados a dos hombres más. Al igual que ellos, vestía el uniforme azul de la prisión, y caminaba con dificultad, arrastrando los pies, condicionado por los movimientos de los otros presos.

Cuando el guardia le ordenó que se sentara y le abrió las esposas, rompiendo así su vínculo con los demás prisioneros, Berutti levantó el brazo y elevó el dedo anular insultando a los periodistas, miembros de ONG, testigos y abogados que aguardábamos el comienzo del proceso en el patio del juzgado. Cada vez que un fotógrafo se le acercaba, él enfatizaba el gesto tomándose el codo y haciendo girar el dedo en el aire.

Berutti pareció tranquilizarse cuando el cónsul de Francia entró al patio y se sentó a su lado. Estaba allí no sólo para presenciar el juicio, sino también para entregarle un sobre con artículos de periódicos y cartas. Como en Camboya no hay representación diplomática italiana, el consulado francés se encargó de conseguirle un abogado y de brindarle la asistencia que fuera necesaria.

A las diez de la mañana, un oficial salió del despacho de los magistrados y anunció en camboyano que el juicio iba a dar quería hacer alguna declaración antes de entrar.

Con voz atiplada e infantil me respondió: «¡Buena suerte para todos!».

Alain Filippo Berutti, electricista milanés de treinta años de edad, llegó por primera vez a Camboya el 9 de junio de 2001. Tras dejar la mochila en una pensión, salió con su chándal de deportes y su gorra americana a recorrer las calles del centro de Phnom Penh. Dum y Tong, de diez y once años edad, lo conocieron como todos los días conocen a docenas de extranjeros: lustrando zapatos, vendiendo periódicos, lavando coches. Esa misma tarde, a cambio de cinco dólares, Berutti mantuvo relaciones sexuales con los niños entre las malezas que cubren la margen derecha del río Tonle Slap, a pocos metros de la entrada del Palacio Real.

Una semana más tarde, cuando estaba teniendo nuevamente relaciones con los niños, la policía de Phnom Penh lo arrestó in fraganti. En las fotos del archivo de la fiscalía, se ve a Berutti desnudo, sumido en una suerte de aturdimiento, de honda perplejidad. Los niños aparecen de pie, entre los juncos, asustados, y con la ropa en los brazos.

Se han realizado varios estudios sobre la situación de las niñas que se dedican a la prostitución en Camboya. Según estimaciones de la organización World Vision, unas quince mil menores se prostituyen en Phnom Penh, siendo sus principales clientes europeos, seguidos por estadounidenses, japoneses, chinos y camboyanos. Se calcula que el 33 por ciento de estas niñas son portadoras del virus del sida y el 50 por ciento padece algún tipo de enfermedad de transmisión sexual.

La cantidad de varones que se dedican a la prostitución nunca ha sido estudiada, pues se encuentran en la calle y muchos lo hacen de forma ocasional, como complemento de otras actividades, mientras que las niñas trabajan principalmente en discotecas, bares y burdeles, siendo la gran mayoría de los menores los que se dedican a satisfacer las demandas del turismo sexual.

Los extranjeros y los niños se encuentran en las calles del centro. Lo más habitual es que los extranjeros hablen con ellos, les compren algo de comer y luego los citen en alguna casa u hotel. Si los padres no se encargan de llevarlos, o los niños no van por su cuenta, entonces será el conductor de un moto-taxi quien lo haga. Por una relación sexual suelen pagar entre uno y cinco dólares, que para los niños y sus familiares equivalen a varios días de subsistencia.

Quienes trabajan para ayudar a los niños coinciden en señalar la pobreza como principal causa de este problema. Camboya es el país más postergado de la región. Uno de cada dos niños padece malnutrición. Y sólo uno de cada dos adultos sabe leer y escribir. Aunque Camboya es un país que lleva diez años de vida en democracia, no le está resultando sencillo superar el legado de décadas de injerencia extranjera y guerra entre hermanos. Aún hoy se cuentan por docenas las familias que llegan todos los años a la capital huyendo del hambre y la violencia. El gobierno estima que unos dos mil niños viven en las calles de Phnom Penh.

Dum y Tong son parte del hogar que con el apoyo de Global Humanitaria abrimos junto a Thierry y Vibol. Además de brindarles educación, afecto y protección, tratamos de darles los medios para que intenten superar los profundos traumas padecidos. Vibol conversa a menudo con ellos. Los coge del brazo y camina a su lado bajo las palmeras del patio del hogar, hablándoles pausadamente, escuchándolos con atención, como si fueran sus hijos.

Según me explica, se trata de niños con graves problemas de autoestima. No sólo por haber carecido de educación y provenir de barrios marginales o de familias sin hogar, sino porque fueron traicionados por quienes se supone que deberían haberlos defendido, sus propios padres, y por haber estado durante tanto tiempo a merced de hombres que los

utilizaban como objetos, como meros vehículos para concretar sus más oscuras fantasías. Los niños de los hogares de Camboya juegan, ríen, son graciosos, pero, a diferencia de los de otros países, he notado que tardan en acercarse, en abrirse a los adultos que trabajamos con ellos, en especial a los extranjeros.

Dum es el más divertido de los integrantes del hogar. Siempre está haciendo bromas, jugando. Por momentos se atisba en él una voluntad consciente, quizá un poco forzada, de divertirse, de sonreír, como si necesitase aturdirse para dejar atrás los duros momentos vividos, para olvidar. Por las noches, intenta tener relaciones sexuales con los otros niños. Vibol le ha pedido a un coordinador que lo cuide. En primer lugar, para que Dum pueda controlar ese deseo inconsciente de hacer a otros lo que le hicieron a él (los especialistas afirman que la mayoría de los agresores sexuales han sido a su vez víctimas de abusos). En segundo lugar, para evitar la transmisión de enfermedades, ya que los niños del hogar estuvieron años manteniendo relaciones con extranjeros sin utilizar preservativo. Tong, en cambio, duerme profundamente.Tan profundamente que nunca se levanta para ir al baño y debe descansar sobre un colchón revestido de plástico.

La mañana del último día del juicio, Dum y Tong se levantaron temprano, como todos los días. Se lavaron los dientes, desayunaron y conversaron con Vibol mientras los otros niños les deseaban buena suerte y partían rumbo a la escuela. En los últimos cinco años, treinta y tres extranjeros habían sido acusados de abusar de menores. Hasta ese momento, y por inverosímil que resulte, sólo uno de ellos había permanecido en la cárcel. John Keeler, ciudadano británico de cincuenta años de edad, condenado a tres años de prisión por haber hecho, en un barrio humilde de las afueras de Phnom Penh, fotos pornográficas a niñas de entre nueve y once años de edad. Así que Vibol no quiso crearles falsas expectativas. Les dijo que era muy probable que Berutti resultase absuelto y, a lo sumo, tuviera que pagarles una indemnización que podrían utilizar para ayudar a sus familias.

El padre de Dum era un excombatiente mutilado que mendigaba en la puerta de los restaurantes y dormía en las aceras. Su hermano pequeño, de ocho años de edad, vendía periódicos, cuidaba coches y a veces se iba también con extranjeros. Los padres de Tong permanecían en el campo, de donde él había huido porque no tenían recursos suficientes para alimentarlo.

Los últimos días habían sido difíciles para Dum y Tong. Habían tenido que describir, ante el juez, los testigos y los abogados, las relaciones que habían mantenido con el italiano. En su momento, habían vivido los

encuentros con naturalidad, como otro de los tantos abusos y vejaciones que debe padecer un niño de la calle. Pero ahora que finalmente la sociedad parecía movilizarse para protegerlos, comprendían el tremendo daño que el extranjero les había causado.

Vibol y los niños llegaron al juzgado varias horas antes del comienzo de la lectura de la sentencia. Esperaban que las autoridades les dieran un despacho aparte, pero fueron sentados en medio de la sala. También se suponía que la prensa no podía hacer fotos, pero los flashes de las cámaras no dejaban de reverberar en el juzgado. Un guardia de seguridad, con la metralleta al hombro, encendía un cigarrillo bajo un cartel de prohibido fumar. En la sala contigua, un funcionario leía el periódico junto a un calendario con dos impactantes rubias desnudas. Y los presos que habían llegado junto a Berutti vagaban solos por el patio, unidos por las esposas y olvidados por los guardias del juzgado, ya que la atención de todos estaba centrada en la sala donde tenía lugar el proceso al extranjero.

Cuando el juez anunció que, por el artículo cuatro de la ley contra el tráfico humano, lo condenaba a diez años de cárcel, Berutti creyó que no había escuchado bien y, con evidente desazón, le pidió al traductor que le repitiera lo que acababa de decir. Su abogado le había asegurado que los extranjeros nunca eran condenados a prisión en Camboya.

Una vez fuera de la sala, Berutti volvió a recomponer la actitud desafiante y altanera tras la cual parecía haberse refugiado. Un guardia le puso nuevamente las esposas y lo dejó unos minutos para que pudiéramos hablar con él.

—¿Va a apelar? —le preguntó un periodista francés.

—Claro que voy a apelar, esta misma tarde. La decisión del juez es incomprensible.

—¿Por qué lo hizo? —quiso saber un periodista local.

—Sólo trataba de disfrutar de este tipo de vida, de darme placer. Quería sentirme joven. Y lo hice como un acto deportivo, puramente deportivo.

Una vez más, me llamó la atención el tono agudo de su voz y la forma infantil con que cambiaba de registro, como si no la pudiera controlar. Era muy delgado, tenía los ojos saltones y la nariz aguileña.

—¿Se siente culpable por lo que hizo? —continuó el mismo reportero.

—¿Culpable? ¿Por qué? Yo no abusé de nadie. Admito haber tenido experiencias eróticas con los niños, pero yo no los penetré, no hubo sexo profundo, como dijo el juez. Además, abusar de alguien es obligarlo a hacer alguna cosa, y los chicos lo hicieron conmigo porque querían, porque es su negocio. Y ahora ellos pueden continuar con su vida, y yo no puedo seguir con la mía, y esto es muy injusto.

Semanas más tarde, inmerso ya en el mundo del turismo sexual y los abusos a menores, descubriría que ése es un argumento habitual de los agresores sexuales: ponerse a la misma altura que las víctimas, hacerlas hasta cierto punto responsables. Niñas violadas porque lo merecen, o niños que sufren abusos porque, en el fondo, les gusta y es lo que quieren. Quizá lo más complicado de estos personajes es que ven la realidad de forma tan distorsionada que les resulta imposible ponerse en el lugar del otro. Les es muy difícil preguntarse qué siente el niño en el momento del acto sexual, y no pueden verlo más que como a un ente abstracto, desvinculado de las terribles condiciones que lo obligan a prostituirse.

—¿A usted le parece normal lo que ha hecho?

—No es normal en nuestros países, pero aquí sí, aquí me encontré con chicos dispuestos, superdispuestos, ellos vinieron y me provocaron, porque viven con un estilo diferente, otro sistema social, todo es muy distinto aquí.

Respondía a las preguntas con cierto hastío, como si estuviéramos ante un profesor que por enésima vez repite la misma lección a un alumno que no termina de entenderla, como si fuésemos incapaces de comprender algo tan simple y evidente que casi no merece la pena ser explicado.

—¿Y no pensó en el daño que le podría haber causado a los niños? —le pregunté.

—Los niños me ven y vienen corriendo a saludarme. Son mis amigos. Lo hacen por dinero. Es un negocio, y no tienen ningún problema.

Un periodista estadounidense quiso saber si era homosexual. Y él le dijo que no. Después le preguntó si se consideraba un enfermo.

—No, no estoy enfermo. Si no quise tener sexo profundo con los niños fue porque no quería exponerme al sida...

—Me refiero a enfermo de la cabeza.

—Ah... no, eso no, yo soy muy normal, vengo a un país y hago lo que hacen todos. Y los niños ganan dinero y están muy contentos. Corren a verme.

—¿Es la primera vez que viene a Camboya?

—Es mi primer viaje, mi primer problema en Camboya. Por la similitud del sonido, hizo un juego con las palabras *trouble* y *travel*, «viaje» y «problema», que me sorprendió en alguien que hablaba tan mal inglés. Muchos periodistas sonrieron al escucharlo.

Durante varios minutos las preguntas siguieron el mismo camino. Admitía haber mantenido relaciones para volver a la infancia, para sentirse joven, como una mera experiencia, un hecho deportivo, pero renegaba de haber hecho daño alguno a los niños, pues eran niños que se dedicaban a la prostitución como forma de vida.

El único momento de la entrevista en el que pareció bajar las defensas e involucrar sus sentimientos en la respuesta fue cuando le pregunté acerca

de su familia.

—Mi familia ha seguido el caso desde muy cerca, junto a mí. Me han mandado muchas cartas. Me apoyan como pueden. Puedo decir que soy muy afortunado porque tengo una familia muy buena. Mi madre, mi padre... ellos tratan de respetarme lo más posible y no dicen nada. Tratan de perdonarme y olvidar.

Esta última frase me llamó la atención. Si tenían que perdonarlo, era evidente que alguna falta había cometido. Quizá sólo al ver la realidad a través de los ojos de sus padres, de los valores que ellos representaban, comprendía el daño que había provocado a los niños. Pero se trataba de un sentimiento temporal, pasajero, pues era él quien había tenido relaciones con Dum y Tong, y quien ahora lo admitía y lo justificaba sin remordimientos ante las cámaras.

Desde que había sido arrestado llevaba un año en la cárcel, y a partir de esa mañana debería enfrentarse a nueve años más, ya que en Camboya las penas deben cumplirse de forma íntegra. Un periodista le preguntó si no hubiese preferido que lo juzgaran en Italia.

—Prefiero estar en las cárceles de Camboya, por el sol. Trescientos sesenta y cinco días de sol, y los cocos. Uh... Si puedo ver el sol y los cocos todos los días soy feliz. Además, éste es un país budista, y la filosofía budista me ayuda mucho a comprender. Es una filosofía muy buena que aquí voy a poder aprender...

Un guardia se acercó, lo agarró por las esposas y se lo llevó. La verdad es que yo estaba perplejo. Algunos periodistas afirmaban que estaba desequilibrado, que no valía el esfuerzo tratar de encontrar sentido a sus palabras. Cuando habló de los cocos y el sol, no pudieron evitar sonreír. Pero yo aún no sabía qué conclusión sacar. Desde la perspectiva en que él veía la realidad —considerando a los niños como adultos, obviando el hecho de que se dedican a la prostitución porque tienen hambre y viven en la calle—, sus argumentos tenían cierta coherencia. El problema era que veía la realidad desde una perspectiva equivocada. Ahora la pregunta que me hacía era qué lo había hecho situarse en esa perspectiva enferma y distorsionada. ¿Qué es lo que lleva a miles de hombres a viajar todos los años a Camboya para tener relaciones con niños? ¿Qué sucede en nuestra sociedad que produce a tantos seres incapaces de ver a los niños y jóvenes de los países pobres más que como objetos?

A la salida del juicio fui a comer con Vibol. Estaba exultante. No tenía dudas, se trataba del comienzo de un cambio. El final de la impunidad en Camboya. No paraba de sonreír y celebrarlo. El objetivo que durante años había perseguido parecía estar haciéndose realidad: el gobierno empezaba a proteger a los niños de Camboya.

Movido por el entusiasmo de Vibol, también pensé que había tenido la suerte de asistir a un momento histórico, un punto de inflexión. Ahora los pederastas se irían a otro país. No dejarían de buscar lugares pobres en los que el hambre empujase a los niños a la prostitución. Pero Camboya, al menos, ya no los recibiría con los brazos abiertos.

EL BELGA

1. UN ENCUENTRO FORTUITO

Por mi parte, la ilusión de un nuevo comienzo tuvo una vida breve. Aquella misma tarde partí junto a Dum y Tong hacia el lugar donde habían mantenido relaciones sexuales con el italiano. Quería comprender cómo funcionaba la prostitución infantil en Camboya: qué les decían los extranjeros, cuánto les pagaban, qué rol cumplían otros adultos en esas relaciones. Quería saber qué sentían al acceder a las demandas de los hombres, qué sentían después de haberlo hecho. Intentaba vislumbrar la dimensión de las heridas que esas relaciones les habían causado.

El río Tonle Sap, tributario del legendario Mekong, recorre la ciudad de norte a sur. Desde el puente de la amistad entre Camboya y Japón, que en las fotografías de archivo aparece destrozado por los bombardeos, avanza frente a la colina de Phnom, con su maravillosa estupa gris en lo alto, fluye junto al Palacio Real y sus extraordinarias torres, y se despide de la ciudad frente al casino flotante Naga, en el último tramo del malecón. Allí se bifurca. Su brazo más vasto y caudaloso se abre a la izquierda, en dirección al sur de Vietnam, mientras que su otra escisión se pierde entre los barrios de chabolas que se agolpan en los suburbios.

Tres lugares suelen servir principalmente para el encuentro entre los extranjeros y los niños: el malecón, en sus dos tramos principales, frente al palacio y frente al casino flotante, y el parque de la Pagoda de Plata, a unos mil metros del recodo en que el Tonle Sap se divide, no muy lejos del vetusto parque de atracciones y el monumento a la Independencia.

Phnom Penh, a pesar de los duros momentos padecidos a lo largo del siglo xx y de la llegada en repetidas ocasiones de hordas de extranjeros, no ha perdido ciertas costumbres más propias de un pequeño pueblo que de la capital de un país. No ha renunciado a cierta candidez e inocencia. Al atardecer, docenas de familias se reúnen junto al río a disfrutar de la refrescante brisa que acompaña a la corriente. Entre la gente, niños con básculas ofrecen por cien riels la posibilidad de pesarse, mientras otros niños, descalzos, en harapos, esperan a que se vacíen las botellas de plástico para poder recogerlas. A las siete de la tarde, cuando el sol se ha hundido tras las torres del Palacio Real perfilando su lánguida silueta, son tantas las motos que recorren las avenidas próximas al malecón que no pueden más que avanzar a paso de hombre.

Caminábamos junto al río, cuando vislumbré entre la gente a un extranjero sentado junto a un niño de cinco o seis años de edad. Conmocionado, le pedí a Dum y Tong que no se detuvieran. Le grité al

traductor que les ordenara que no se detuviesen. Avanzamos lentamente. Pasamos junto al hombre, que no se animó a mirarnos, pero que advirtió nuestra presencia.

Al final del malecón, junto a la puerta del casino flotante, le pregunté a los niños si lo conocían. Dum me dijo que el hombre «amaba a los niños», que todas las tardes venía a buscar a los que «amaba mucho», que les compraba comida y los acariciaba.

Lo que delataba al extranjero, un hombre obeso, calvo, de unos cincuenta años de edad, era la forma en que estaba sentado: dando la espalda a los transeúntes, envolviendo al niño con su cuerpo, como si pretendiese crear un espacio aparte del resto, un refugio ajeno a la presencia de los demás. Era esa postura la que ahora le impedía vernos, ya que nos habíamos detenido no muy lejos de él, pero a sus espaldas.

Dum y Tong hablaron. Yo aproveché, haciendo que los grababa a ellos, para capturar imágenes del hombre. Me temblaban las manos. Había pensado, ingenuamente, que la noticia de la condena a Berutti habría recorrido la ciudad y que los extranjeros que se dedicaban a tener relaciones con niños esperarían por lo menos algunos días antes de volver a actuar.

El traductor continuó: «Dice Dum que el hombre le pagó a su hermano cinco dólares para que fuera a su hotel. Y que a él mismo una tarde le dio doscientos riels [cinco céntimos de euro] para que le acariciara el pene».

El hombre miró por encima del hombro y, al comprobar que seguíamos allí, le dijo al niño que yacía a su lado que se fuera. Por un instante pensé en acercarme y explicarle que las cosas habían cambiado, que esa misma mañana un italiano había sido condenado a diez años de cárcel, pero no lo hice. «Vamos a buscar al niño», le dije al traductor. Al pasar por su lado, el extranjero no se animó a mirarnos.

El niño se perdió entre la gente, que a esa hora de la tarde aún no era demasiada. Dum y Tong corrieron tras él, y lo trajeron.Tal era la expresión de susto en su rostro, que me entristeció y sentí un imperioso deseo de protegerlo. Por suerte, Dum y Tong le hablaron. Trataron de inspirarle confianza.

Nos sentamos en el otro extremo del malecón. A pesar de la distancia, aún podíamos ver al extranjero que, por su camisa rosada y su piel blanca, resaltaba entre las familias que se congregaban junto al río.

El niño no comprendía las preguntas que le hacían Dum y Tong. Pequeño, descalzo, vestido con una camiseta gastada, sólo repetía una palabra: «Nam... nam...». Fue Dum, tan despierto como siempre, quien comprendió lo que estaba diciendo. «Nam... nam... ¡Vietnam!», me dijo sonriente. El niño venía de Vietnam y apenas hablaba camboyano.

Con nosotros estaba Cul, uno de los coordinadores del hogar, a quien le pedí, mientras los niños y el traductor trataban de hablar con el pequeño vietnamita, que fuera a llamar por teléfono a Vibol y le contara lo que acababa de suceder. Vibol, que había sido uno de los principales artífices del juicio al italiano, sabría de qué forma actuar en este caso.

Como toda la gente de su edad, que había vivido la ocupación vietnamita, el traductor conocía algunas palabras del idioma del país vecino. «Dice el niño que el hombre le compra comida», comenzó a traducirme cuando Dum y Tong ya se habían ganado la confianza del niño. Por propia experiencia, ellos sabían lo difícil que era estar en esa situación y trataban de ser amables para que se sintiera seguro. «Dice que el hombre le acaricia el pene y él se lo acaricia al hombre», siguió el traductor.

Mi mayor preocupación era que el niño no volviera junto al extranjero. Le pedí al traductor que le preguntara dónde vivía. Éste le dijo que al final del malecón. «¿Tiene madre o padre?», quise saber. «Sí, tiene madre, y está allí, al final de todo», me explicó el traductor, señalando el barrio de chabolas que se extendía tras el malecón.

Para mi sorpresa, otro niño, de diez años de edad, se sentó junto a Cul y le dijo que él también conocía al hombre. Llevaba una caja de madera con cepillos y pomadas para lustrar zapatos, iba descalzo y tenía un aspecto enternecedor, de personaje de cómic japonés, con grandes ojos negros de pestañas largas y el cabello peinado hacia un lado. El traductor habló con él.

De haber estado en cualquier otro país pobre, docenas de personas se habrían congregado a nuestro alrededor. En la India, no habrían faltado curiosos empujándose para ver al extranjero y los niños. Pero en Camboya existe una suerte de indiferencia que es muy difícil de encontrar en estas sociedades. La gente es cordial y educada, pero distante. Quizá como en ningún otro de los países pobres en los que he estado.

El coordinador del hogar volvió y me dijo que no se había podido comunicar con Vibol, pero que le había dejado un mensaje. Por mi parte, sabía que algo debía hacer, pero no estaba seguro de si tenía que retener al hombre para que no se escapase o si debía dirigirme a la policía para pedirle que lo detuviera. Estaba a punto de decirle al coordinador que fuera a llamar a Thierry cuando el hombre se puso de pie y, como si fuera un mero turista, partió con las manos en los bolsillos en dirección contraria a donde nosotros nos encontrábamos, hacia el centro de la ciudad.

El traductor, el coordinador y los niños conversaron durante un buen rato. Básicamente decían lo mismo: el hombre llegaba allí a primera hora de la tarde, se sentaba, y les compraba comida a cambio de que dejaran que los tocase. Algunos niños, de entre seis y nueve años de edad, iban por las

tardes a su hotel y pasaban las noches en su habitación.

Observando a los niños, comprendí que lo más terrible de aquella situación era que se trataba de jóvenes marginados, rechazados, a los que sus padres echaban a la calle y la sociedad era incapaz de cuidar. Niños descalzos, hambrientos, en harapos, que deben mendigar, lustrar zapatos, vender periódicos o buscar entre la basura para poder comer. Niños a los que sólo se acercan adultos que, a cambio de comida o de unos dólares, esperan que satisfagan sus deseos sexuales.

Me preocupaba irme, dejar a los niños allí, a merced de ese hombre o de los que pudieran venir. Pensé en ir a ver inmediatamente a Thierry y a Vibol, y volver esa misma noche o al día siguiente, y hacer algo por esos niños, hablar con sus familias, hacer la denuncia a la policía o llevarlos al hogar. Ahora que los conocía, que para mí tenían rostro y nombre, me sentía responsable de lo que les pudiera suceder.

Saqué unos dólares del bolsillo, los que quizá le hubiese dado el extranjero, y se los di al pequeño vietnamita. Tal vez no fuera la mejor idea, pero realmente no sabía qué hacer. A continuación, le pedí al traductor que le dijera: «No vuelvas más con ese hombre, está muy enfermo, aunque te compre cosas no vuelvas con él, no dejes que te toque». Como si estuviéramos haciendo un trato, le di la mano. El niño parecía perplejo. Estaba contento por el dinero, pero la situación había sido angustiosa.

Luego hice lo mismo con el otro niño, el limpiabotas. Le entregué diez dólares, y le pedí que me prometiera que no iba a sentarse más junto a ese hombre. Le di la mano. Y él me prometió que no lo haría más.

2. REGRESO A LA INFANCIA

Al día siguiente regresé con Thierry al malecón. Nos dirigimos al lugar donde había visto al extranjero, pero no estaba. Era muy probable que hubiese leído en los periódicos lo de la condena a Berutti, o que mi presencia lo hubiese asustado. Como no habíamos comido aún, nos dirigimos a la cafetería del hotel Cambodiana.

Thierry comprendía muy bien la sensación que yo había experimentado el día anterior, porque él la había vivido en 1995, cuando por primera vez fue a la piscina del Estadio Olímpico y vio cómo, sin el más mínimo reparo, los extranjeros conversaban con niños y adolescentes para luego llevarlos a los lugares donde mantenían relaciones.

En aquellos días, Thierry conoció a Vibol a través de un amigo, y juntos, durante varias semanas, se dedicaron a investigar a los pederastas. En moto, los aguardaban a las puertas del estadio, y cuando salían acompañados de niños, los seguían. Thierry, que tomaba apuntes de la información que conseguía, estima que en aquellos tiempos debía haber unos treinta pederastas que frecuentaban asiduamente la piscina del estadio.

Por las mañanas, Vibol trabajaba en Likhado, una ONG que se dedicaba a denunciar violaciones a los derechos humanos. Varias veces a la semana visitaba la cárcel de Phnom Penh, preocupándose por los menores que allí permanecían y que también eran víctimas de abusos por parte de los otros reclusos y de los guardias.

Vibol y Thierry dedicaron muchas horas a tratar de encontrar la forma de proteger a los niños de los extranjeros. Lo primero que necesitaban era un lugar donde llevar a los menores una vez que decidieran dejar las calles y cambiar de vida. Vieron varias casas en las afueras de la ciudad. Thierry recuerda una, de tres plantas y gran jardín, situada al final del bulevar Monivong, que estuvieron a punto de alquilar y que hubiese sido el lugar perfecto.

Además del hogar, necesitaban un equipo de investigadores y trabajadores sociales que recabase las pruebas contra los pederastas. Pruebas que luego llevarían a la policía.

Una vez que idearon este mecanismo de doble acción, brindando a los niños la posibilidad de un hogar digno y denunciando a los abusadores, Thierry y Vibol redactaron el proyecto: Centro de Acogida para Menores Víctimas de Abusos. Ahora sólo les faltaba conseguir los medios económicos que les permitiera hacerlo realidad.

Thierry habló con gente en Francia, lo envió a las principales ONG de Europa, pero no recibió respuesta positiva alguna. Puertas que debería haber encontrado abiertas estaban cerradas. Y en aquellos tiempos, hablar de abusos a menores en Camboya sonaba extraño. Para el mundo, Camboya era el país que despertaba de la pesadilla de los jemeres rojos, el país cubierto de minas.

Desilusionado por la falta de respuesta, Thierry regresó a Calcuta, donde continuaría con su labor por los niños de la calle.

No deja de fascinarme el hecho de que aquel mismo año, 1995, yo también estuviera en Camboya. Supongo que debemos de habernos cruzado en alguna avenida o en las escaleras del Foreing Correspondant Club (FCC). Seguramente yo me dirigía a realizar alguna entrevista, y él, a las puertas del Estadio Olímpico. En aquellos tiempos aún no nos conocíamos, pero nuestros caminos ya se comenzaban a encontrar.

En una de las experiencias más extraordinarias de mi vida, la segunda vez que viajé a Camboya, me sumé durante algunos días a la interminable hilera de monjes que partió de la capital para recorrer las zonas en guerra del país. Una marcha que se celebraba todos los años para fomentar la reconciliación entre hermanos y el fin de la violencia. Descalzos, repitiendo oraciones a cada paso, los monjes, que debían de ser más de mil, caminaban doce horas al día, recibiendo en cada pueblo las ofrendas y el aliento de la gente. El organizador de la marcha, Maha Gosananada, a pesar de su avanzada edad, marchaba al frente del grupo, bajo banderas blancas y amarillas que reclamaban justicia. De joven, había sido discípulo de Gandhi, de quien había aprendido los principios de la no violencia. En la caminata anterior, cuatro monjes habían perecido al avanzar entre el fuego cruzado de los soldados del ejército y los de la guerrilla. Sin embargo, la peregrinación continuó, convocando cada año a más monjes que no dudaban en caminar durante semanas para alcanzar la paz.

Tras abandonar Camboya, al igual que Thierry, yo también me dirigí a Calcuta.

Después de almorzar, volvimos al malecón y ahora sí, allí estaba, en el mismo lugar en que lo había encontrado el niño anterior, acompañado no por un niño, sino por cuatro. Desde la entrada al casino flotante, escondidos entre las plantas, lo observamos.

Thierry, que por su experiencia en Calcuta sabe mucho de niños, me dijo que el mayor debía de tener unos ocho años, después había dos de seis o siete, y una niña que no debía de pasar de los cinco. Todos vestían ropa sucia y gastada. Ellos, pantalones cortos y camiseta, y ella un vestido de colores atenuados por la mugre y el tiempo.

Con el zoom de la cámara pude capturar imágenes muy nítidas de los

niños y el hombre: una y otra vez les hacía caricias a los niños en la cabeza, les daba palmadas en el trasero.

—Siento ganas de vomitar —me dijo Thierry—. Había olvidado lo tremenda que es la sensación de ver esto. Porque una cosa es oír hablar de estas cosas, y otra verlas, sobre todo cuando se trata de niños tan pequeños.

Constantemente aparecían nuevos niños. Con bolsas de basura al hombro, descalzos, se detenían allí unos minutos, observaban al hombre, hablaban con los otros chicos y luego se iban. Los que permanecían allí todo el tiempo eran un niño de camiseta marrón y la niña pequeña.

El hombre llevaba el mismo pantalón color crema del día anterior, pero en lugar de la camisa rosa vestía una camiseta blanca. A su lado, sobre el malecón, había un pequeño paraguas plegable. Cuando se puso de pie y lo tomó, nosotros también nos pusimos de pie, ya que pensamos que se iba, y estábamos decididos a seguirlo. Una vez que tuviéramos su dirección, podríamos llevar las fotos a la policía y hacer la denuncia. Sin embargo, al llegar a uno de los quioscos del malecón, el hombre se detuvo, sacó unos billetes del bolsillo y compró un helado. Como si fuera un premio, llevándolo bien en alto, se lo entregó al niño de la camiseta marrón, que tan fielmente había permanecido a su lado, y se sentó. Aún no había mucha gente. Eran las cuatro de la tarde.

Varias semanas más tarde escucharía en la terraza del FCC un comentario que me irritaría muchísimo: «Al menos los pederastas se ocupan de los niños, les dan algo de dinero y les compran algo de comer». Lamentablemente, las palabras de esta turista americana, avaladas por un «he viajado por el mundo y sé de lo que estoy hablando», reflejaban la forma de pensar de muchas otras personas, tanto extranjeras como camboyanas.

Lo primero que le dije a esta mujer era que yo también había viajado mucho. Había realizado investigaciones y escrito artículos desde algunos de los lugares más pobres del planeta: las favelas de Río de Janeiro, las minas de Potosí, las chabolas del cementerio de El Cairo, el Canal Slum de Calcuta... Y, aunque en cada uno de esos lugares había experimentado una profunda desazón, nunca me había sentido tan triste como en las calles de Phnom Penh, ante los pederastas, ante su prepotencia e impunidad. El hambre es terrible, sin duda. Pero pasar hambre y padecer abusos sexuales es mucho peor aún. Para un niño de cinco años de edad significa una herida física y emocional que deberá acarrear durante el resto de su vida. Y lo peor de todo es que un helado, una bolsa de patatas fritas, no lo saca del hambre y la miseria. Violados, humillados, tratados como objetos, allí siguen, recogiendo basura, descalzos, sucios, famélicos, ante la desidia de

sus parientes y la terrible indiferencia de una sociedad que los ve como objetos, como bienes perdidos, o que se consuela diciendo: «Estos hombres los tocan, los molestan, pero al menos les dan de comer».

«¡Podría llevarlos a comer a un restaurante! —me dijo Thierry—. Un plato de arroz, un trozo de carne, algo que los ayude a vivir mejor.» Media hora más tarde, el hombre se había levantado a comprar unas patatas fritas para su niño favorito. Para nosotros resultaba evidente que se trataba de un elemento de coacción. Al niño que se porta bien, al que accede a sus juegos, le regalo un helado, unas patatas fritas. Mientras el niño de la camisa marrón se comía las patatas, otros, que merodeaban por allí, lo observaban en silencio. No nos cabía duda de que muchos de los niños que hoy no habían recibido helados o patatas fritas al día siguiente harían lo que fuera por lograrlo.

Al atardecer, se encendieron las farolas del paseo. Su reflejo ondulaba sobre las aguas del río, donde se encontraba con los tonos anaranjados y violáceos de la puesta del sol. Una vez más, el hombre cogió el paraguas, se puso de pie y caminó hasta el quiosco. Ya era mayor el número de personas que se habían acercado al malecón. Familias que comían sobre esterillas de yute, vendedores ambulantes, parejas de enamorados, mendigos. Desde la noria, que giraba con sus luces blancas al final del paseo, llegaba el latido de una música alegre, repetitiva, que me hablaba de la indiferencia del mundo, del ruido lejano de ese planeta que sigue dando vueltas, ausente, desbocado, mientras aquí los niños padecen lo que no deberían padecer.

Aprovechando que el hombre se había vuelto a ir, me puse de pie y estiré las piernas y los brazos. Los mosquitos, que planeaban en hordas sobre las aguas del río, me habían picado en los brazos, el cuello y los tobillos. Un guardia del casino flotante se acercó a preguntarnos qué hacíamos allí. Thierry le dijo que trabajábamos para la televisión francesa y que estábamos grabando la puesta del sol sobre el paseo. El guardia pareció dudar. Habló con otro guardia, volvió y nos dijo que sólo podíamos permanecer allí un rato más.

De regreso, otra vez con el premio para el niño bien en alto, el hombre comenzó una vez más a jugar con ellos. Eso era algo que me llamaba poderosamente la atención. Entre ellos parecía otro niño. Hacía muecas, balbuceaba palabras sin sentido, los hacía reír. Un niño, caprichoso, manipulador, dominante, pero un niño al fin.

Tras varias semanas en Camboya, habría algo que no lograría entender. Berutti, que me había dicho: «Lo hice para sentirme joven», se peinaba como un niño y pasaba tardes enteras con ellos. Lo mismo que el pederasta francés, Pierre Guynot, con quien luego tendría la oportunidad de hablar

durante cuatro horas.

La verdad es que me costaba comprender qué los movía a comportarse de esa manera. Se supone, según los especialistas, que la mayoría de los hombres que cometen abusos fueron a su vez víctimas de abusos de pequeños. ¿Por qué complejo mecanismo, entonces, se esfuerzan en regresar a la infancia, a ese momento de sus vidas en el que, teóricamente, fueron heridos y denigrados? ¿No tendría más sentido que no quisieran tener nada más que ver con el mundo de los niños, siendo un mundo que no les ha dado más que dolor?

Movido por estas dudas, al regresar a Europa, hablé con la psicóloga Analía Ungaro. Ella me dijo que muchos pederastas han sido víctimas de abusos en su infancia o en la pubertad. Y que todos, sin duda, han padecido durante la niñez acontecimientos muy traumáticos, que les han impedido evolucionar hacia la madurez psíquica. Acontecimientos externos que los sobrepasan y los dejan sin posibilidad de reacción, para luego instalarse profundamente en el inconsciente. Allí quedan fuera del alcance de la razón, aislados del resto de la dinámica del pensamiento, hasta que en su pugna permanente por aflorar lo logran tratando de recrear aquella situación de la que fueron víctimas. El episodio de repetición tiene una variante importante del original, hay un cambio de roles y el sujeto hace activamente aquello que sufrió de forma pasiva, ya sea abuso sexual o abuso psicológico, violencia verbal o psíquica, abandonos, humillaciones… todas ellas situaciones donde el individuo es relegado a la condición de objeto, con un grave daño en su autoestima e integridad emocional. Tal es el caso de los niños víctimas de abusos, que se convierten en el objeto de placer del adulto abusador.

El hecho traumático, que excede la posibilidad de ser asimilado por el aparato psíquico, es guardado en el inconsciente. El sujeto repite y no sabe por qué, ignora que el trauma tiene memoria y solamente dejará de ser repetido cuando, terapia mediante, pueda poner en palabras los efectos de aquellos sucesos tan dolorosos que le destruyeron la posibilidad de seguir creciendo. Es necesario recordar y hablar de ello, para no repetir. Hasta que esto no ocurra, la vida del individuo será una larga cadena de reiteraciones, separadas por tiempos difíciles de determinar. Llegando a la paradoja de que su pasado se convierta en su presente. En ese momento el tiempo deja de ser lineal para convertirse en circular, un espiral de reiteraciones.

Analía me explicó que se repite para no recordar al servicio de la enfermedad y se recuerda para no repetir al servicio de la reparación, tal como aseguraba Freud. Se insiste con la esencia del sufrimiento, no la acción en sí misma. Por ejemplo: el hijo de un padre alcohólico y maltratador no necesariamente se convierte en lo mismo, pero con seguridad tendrá una relación con sus hijos en la que predominará algún

tipo de violencia, aunque no esté vinculada al abuso del alcohol. Pero lo que sí se reiterará es un estilo violento de relación, con matices que van desde el abandono hasta la distancia afectiva, el rencor y la indiferencia.

No necesariamente el italiano, el francés o el hombre del malecón han sido víctimas de abusos cuando eran niños, pero sí han padecido acontecimientos traumáticos durante la niñez que los llevan a comportarse de la terrible forma en que lo hacen.

A medida que caía la noche, se congregaban más personas en el malecón. La luz de las farolas se reflejaba con nitidez sobre el agua, ahora parda, oscura, espejo de todo lo que pasaba en la superficie.

Llevábamos cuatro horas allí, y el hombre continuaba sentado con los niños, en especial junto al de la camiseta marrón, que era su preferido. Lo que también me parecía muy curioso era que el hombre casi no mirase a su alrededor. Tan imbuido estaba en sus juegos, en gesticular grotescamente para hacerlos reír, que parecía alejado de este mundo, inmerso en un íntimo universo de fantasías, como me sucedía a mí de pequeño, cuando me pasaba horas en un rincón de la habitación jugando con los rastrillos de plástico o con los soldaditos, hasta que aparecía mi madre y me llamaba para tomar el té. Aquel hombre estaba tan encerrado en su mundo de fantasías que daba la impresión de ser realmente un niño.

Acerca de este comportamiento me dio muy buenas explicaciones el doctor Javier Martín, con quien participé en un programa de televisión y luego coincidí en el avión que nos llevó de vuelta de Valencia a Madrid. «La conducta de ese hombre va por dos caminos —me dijo, mientras el avión a hélices de Air Nostrum luchaba contra los fuertes vientos del Levante—. Por un lado, ante los niños se muestra seguro, dominante, se siente como un héroe, un triunfador, y eso le da una gratificación psicológica. Por otra parte, está el componente erótico. La presencia de los niños y el papel que ante ellos representa, lo excitan, y está recogido en toda la literatura sobre este tema, que dice que el hombre termina masturbándose delante de los niños, o en ausencia de ellos, pero casi siempre delante, para que lo vean. El hombre vive con tanta pasión el delirio del momento, las fantasías que hay en su cabeza, que le resulta difícil percibir lo que en realidad está aconteciendo a su alrededor.»

Hubo un momento en que el hombre se metió las manos entre las piernas y comenzó a mecerse. Thierry me dijo: «Se está masturbando, no lo puedo creer». Parecía un niño autista, balanceándose acompasadamente. Thierry se acercó y, desde detrás de uno de los coches del aparcamiento, pudo verlo con claridad: ahora las caricias que hacía al niño eran más lentas, sentidas, le pasaba la mano por el rostro, el pecho y los genitales, mientras con la otra mano se tocaba a sí mismo entre las piernas.

A los pocos minutos, el hombre dejó de moverse, se puso de pie y, con el paraguas bajo el brazo, empezó a orinar sobre el río. Resultaba extraño ese apego al paraguas. Sin problemas se lo podía dejar a los niños, pero lo llevaba a todas partes. Esa también me resultó una actitud infantil, de excesivo afán de propiedad y protección.

Cuando terminó de orinar, el hombre volvió al malecón, le hizo una caricia en el rostro al niño de la camiseta marrón y se marchó. Thierry me dijo: «Voy a buscar la moto, espérame en la puerta del aparcamiento». Yo me puse de pie, resurgí de entre las plantas. Entumecido por las cinco horas de espera en cuclillas, irritado por las picaduras de los mosquitos, me sentí aliviado de poder salir de allí, aunque profundamente triste y perplejo por lo que acababa de presenciar.

Con suma inocencia, el día anterior había pensado que ya había visto lo peor que se podía ver. Ni siquiera por un instante imaginé que aquél era apenas el comienzo, la primera jornada de una investigación que día a día nos enfrentaría a situaciones aún más complejas y dolorosas.

3. RESTAURANTE INDIO Y HOTEL

El hombre avanza rápidamente, como quien recorre todos los días un mismo camino, sin nada nuevo que descubrir. De pie, exhibe un prominente abdomen y nos permite apreciar que en lugar de zapatos lleva un par de viejas y sucias sandalias que contrastan con la camiseta blanca y los pantalones. Pasa entre la gente sin mirar a los lados ni detenerse en detalle alguno. Parece inmerso aún en ese mundo de irrealidad, de oscuras fantasías, en el que ha pasado la tarde junto a los niños.

Para no perderle el rastro, Thierry lo sigue en la moto, desde la avenida, y yo a pie, tratando de no acercarme demasiado, y teniendo que dar pequeñas carreras para alcanzarlo, pues camina con asombrosa constancia y rapidez.

En su periplo de norte a sur de la ciudad, el hombre pasa primero frente al Palacio Real, y luego frente a los restaurantes de lujo: Globe, Riverside Bistro, Rendezvous. En esta zona el malecón está más cuidado. Banderas de Camboya, con el perfil de Angkor en el medio, y de los países de la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia, se agitan a varios metros por encima del agua. Hay niños que buscan en los cubos de basura, mendigos que tocan instrumentos o cantan, pero las familias allí no se sientan en el suelo a comer. Al final, un pequeño templo con luces de colores recibe a los fieles que queman incienso o liberan pájaros para atraer la buena suerte, y docenas de mesas se suceden junto al río, con mujeres que leen el tarot a la luz de las velas.

Pasado el templo, el hombre se desvía a la derecha. Su silueta se recorta a la luz de los faros y el humo de los motores, y se pierde en las oscuras callejuelas del centro. Por la destreza con que avanza entre el caótico tráfico, es evidente que los niños dicen la verdad: lleva tiempo en Camboya.

Thierry gira en la misma calle que él, y lo sigue. Por un momento puedo verlos en una misma línea, el hombre delante, caminando rápidamente, y mi amigo doscientos metros más atrás, maniobrando con la motocicleta para esquivar los innumerables baches que pueblan las calles del centro.

El hombre entra en un modesto restaurante indio. Thierry me deja la moto y entra tras él. Lo importante es que si sale no me vea, ya que podría reconocerme del día anterior. Escondido tras un árbol, espero a que terminen.

El barrio en el que está el restaurante carece de la belleza de otras

zonas de la ciudad, no tiene espléndidas casas coloniales ni templos, es sólo bloques de cemento de cuatro o cinco pisos, sucios, derruidos, que dan vida a pequeños negocios, tiendas de venta de repuestos de automóviles, casas de fotocopias y prostíbulos. En los balcones de muchos de estos pisos, pequeños y angostos como cajas de zapatos, docenas de jovencitas vestidas de negro y con la cara maquillada de blanco se exhiben a los clientes. El más famoso de estos locales es el Sharky, en una calle próxima al restaurante indio, que con sus mesas de billar, sus partidos de fútbol de la liga inglesa y su vasto menú de hamburguesas sirve de lugar de encuentro para prostitutas y extranjeros.

Como la espera se me hace larga, arranco la moto y paso por delante de la puerta del restaurante. Thierry se ha sentado en una mesa contigua a la del hombre. Al igual que él, come mientras ve la televisión, que está situada sobre una repisa, junto a un calendario de la diosa Kali. Los resultados de las Bolsas del mundo que se muestran en la CNN son todos negativos, flechas rojas que señalan hacia abajo. A pesar del miedo en los mercados, Bush insiste en atacar Irak, y los escándalos de la «contabilidad creativa» siguen asustando a los inversores.

El restaurante tiene un nombre de resonancias incaicas, Pacha Kala, pero que debe provenir del sur de la India. En el menú que han puesto en la puerta se anuncian, a muy buenos precios, *puris*, *dosas* y *tandooris*. Miro el reloj: son las diez de la noche. Ocho horas me separan del almuerzo en el hotel Cambodiana. Tengo hambre y sed.

El hombre sale. A los pocos segundos lo hace Thierry. Como en las calles del barrio hay poca gente, lo seguimos a mayor distancia. Mientras avanzamos, me comenta sus descubrimientos: no lleva anillo de boda, no lleva reloj, debe tener unos cincuenta y cinco años de edad y, aunque habló muy poco (apenas se dirigió al camarero para pedirle la comida), por el acento podría ser francés o belga.

Yo llevaba años trabajando con Thierry. En Calcuta nos habíamos enfrentado a más de un problema. Sin embargo, no conocía esa faceta de su personalidad. Nunca lo imaginé capaz de seguir a alguien en plena noche y de hacerlo de forma tan seria y eficiente. Era una grata sorpresa que incrementaba aún más la admiración que sentía por él.

A unas pocas manzanas del restaurante indio, el extranjero entra en una pensión de bastante mal aspecto, el Angkor Guest House. Otra de esas cajas de zapatos del barrio, con las paredes desconchadas, balaustradas sucias e incompletas, y los vidrios tintados de negro.

Thierry me dice: «Ten cuidado, ponte lejos por si llega a salir, voy a hablar con el recepcionista, a ver si nos puede dar más información». Yo le pido que ante cualquier problema no dude en llamarme, cojo el manubrio

de la moto y me parapeto tras otro árbol, a escasos metros de la única farola que ilumina la calle.

El barrio, con sus luces rojas en los balcones y la gente caminando en la penumbra, no me despierta mucha confianza. Es más, me recuerda al Phnom Penh que conocí en 1995, esa ciudad de calles oscuras y abarrotadas de baches por las que te recomendaban no salir de noche, ya que decían que los jemeres rojos aprovechaban la oscuridad para robar y tomar rehenes. Aquéllos eran tiempos mucho más complicados. Miles de hombres abandonaban las guerrillas insurgentes y volvían a las ciudades, sin casa ni profesión, demasiado acostumbrados a utilizar las armas para conseguir lo que querían. Casi a diario los periódicos daban noticias de secuestros extorsivos, de muertos en peleas o de robos a mano armada. En un viaje al norte del país que hice junto a una reportera americana, detuvieron nuestra camioneta en al menos quince ocasiones. Jóvenes armados con AK-47 y lanzagranadas, muchas veces descalzos y con un par de pantalones como única vestimenta, volaban una parte de la ruta, poniéndose de pie en el carril restante y obligando a cada vehículo que pasaba a darles algo de dinero. Los únicos que tenían luz verde a lo largo del camino eran los jeeps de Naciones Unidas, que hacían caso omiso de las advertencias y pasaban de largo.

La mayor parte de las veces, el conductor de la camioneta no hacía más que aminorar la velocidad y hacer asomar un billete de quinientos riels por la ventanilla, el equivalente a unos siete céntimos de euro, que soltaba al pasar junto a los guerrilleros. Casi llegando a Phnom Penh, cuando pensaba que aquel extenuante rosario de peajes ya iba a terminar, nos vimos obligados a detenernos una vez más. De pie, en medio de la ruta, dos jóvenes con AK-47 no nos dejaban pasar. Por lo que pude ver desde la parte trasera de la camioneta, tenían un problema con el conductor, a quien uno de ellos se acercó dando gritos, amenazándole con el arma. Quizá se trate de una vieja disputa, pensé, consecuencia de una deuda pendiente o de una pelea. Mientras tanto, el otro joven se acercó a la parte posterior de la camioneta, donde nosotros viajábamos, y, aprovechando el hueco entre las maderas de los asientos, le tocó el trasero a la periodista americana. Ella, que no pudo contenerse, comenzó a gritarle insultos con tanto odio que, aunque el joven no hablaba inglés, dejó de sonreír.

En el arcén, varios hombres, también armados, permanecían en hamacas junto al fuego de un improvisado campamento. Al oír los gritos de la mujer, se acercaron a la camioneta. El joven, ofendido, comenzó a amenazar a la periodista con el arma. Y yo me temí lo peor. Pensé que la iban a matar allí mismo, como ya habían hecho con varios extranjeros, o que, en el mejor de los casos, la llevarían como rehén. Entonces me puse de pie, bajé a la carretera y, uniendo las manos en señal de perdón y esbozando mi mejor sonrisa, me disculpé, les dije en francés que no le

hicieran caso, que estaba muy nerviosa.

El joven, furioso, me apuntó con el arma y me gritó a mí también. Al verlo de cerca descubrí que no debía de tener más de catorce años. Aunque sonreía y continuaba pidiéndole perdón, en el fondo sentía ganas de sacarle el arma y decirle que volviera a su aldea, a estudiar en la escuela y jugar con los búfalos, y que nos dejara en paz. Me parecía increíble que un niño de apenas catorce años nos tuviera a todos en vilo.

Lo que sirvió para aplacarlo fue que sacara dinero del bolsillo y se lo entregara, manteniendo una sonrisa complaciente en los labios. El joven sopesó el fajo de billetes, sin dejar de apuntarme, y se lo dio a uno de los hombres que estaba ahora a su lado. Al tiempo que lo contaba, le hizo al joven un gesto de desdén con la mano, como diciéndole que no valíamos el esfuerzo. Entonces me subí a la parte trasera de la camioneta y nos fuimos.

Lo más gracioso de todo fue que la americana estuvo lejos de darme las gracias. «¿Por qué les has dado dinero? Me han faltado al respeto, tienen que aprender una lección», me dijo. Por un instante pensé en preguntarle si no leía los periódicos, si no sabía que la vida en Camboya vale muy poco, si no comprendía que nada hay peor que el orgullo herido y la rabia ciega de un adolescente, si no sabía por qué razón los guerrilleros se los disputaban para sus causas.

Thierry tardaba tanto en dejar el hotel que comencé a impacientarme. Cuando lo vi salir experimenté un gran alivio.

—No he podido averiguar mucho —me dijo—. Para disimular, le dije al conserje que quería una habitación, y me llevó a ver una. Después le dije que estaba buscando a un amigo que era extranjero y se hospedaba allí, pero se hizo el tonto y me dijo que no entendía lo que le decía.

Nos costaba creer que el extranjero viviera en semejante lugar, así que aguardamos. Quizá se hospedara en un sitio mejor y allí sólo se encontrase con los niños. Dos horas más tarde, a eso de las doce de la noche, cansados de esperar, pasamos por una gasolinera. Finalmente compramos algo de comer y regresamos al hotel.

Solo en la habitación, descubrí lo que sería una constante durante las siguientes semanas: la euforia de la persecución se desvanecería en la soledad y el silencio, sin dejarme más opción que hacer frente a lo que aquella tarde había presenciado en el parque.

Dormí poco, a retazos, sumido en una profunda tristeza.

4. LA RESPUESTA DE LA POLICÍA

Antes de despedirnos, la noche anterior, habíamos repasado la información que teníamos acerca del hombre. Si los niños no se equivocaban y llevaba mucho tiempo allí, debía trabajar en algún lugar. Thierry especulaba con que fuese el pederasta de la embajada francesa sobre el que tanto había oído hablar, o que se tratase de un ejecutivo de alguna empresa extranjera. Vibol le comentó que sospechaban de un directivo de una compañía italiana que estaba haciendo obras de infraestructura en la ciudad.

A las siete de la mañana del día siguiente nos sentamos en la esquina de la calle del Angkor Guest House y nos dispusimos a esperar. En cuanto el hombre saliese, lo seguiríamos al lugar donde trabajase. Esa vez llevábamos encima cruasanes y bebidas, por si la espera se prolongaba demasiado.

La ciudad se levanta temprano. Ya al alba, docenas de motos avanzan por los bulevares, abriéndose paso a través de la densa niebla que flota entre los edificios, mientras los monjes budistas, descalzos y con un cuenco de metal en las manos, recorren las casas en busca de ofrendas.

En el parque que delimita el bulevar Sihanouk, a los pies del monumento a la Independencia, duermen numerosos niños de la calle que viven de lavar coches, recoger basura o relacionarse con extranjeros. A medida que el sol asciende a través de los arcos del monumento, ellos se levantan, hablan, fuman cigarrillos o caminan soñolientos hacia un grifo cercano en el que se lavan.

Mientras esperábamos la salida del extranjero, rememoramos nuestras primeras visitas a Camboya. En aquellos tiempos la ciudad era más pequeña, y gran parte de las actividades tenían lugar allí mismo, en esas calles que hoy están tomadas por pequeños negocios y prostitutas.

Entre los restaurantes, hoteles y bares de esa época había un lugar al que yo solía ir casi todas las noches. Se llamaba The Heart of Darkness. Tenía una mesa de *snooker* y una gramola, y cerraba al amanecer. Me habían llevado allí dos jóvenes ingleses que había conocido en la pensión de Narim, otro lugar mítico en aquellos días, famoso por sus patatas fritas y porque todas las noches, en la sala principal, ponían una versión descolorida de *Los gritos del silencio*, la película de Roland Joffe.

Tanto a Thierry como a mí nos había emocionado esta película y, en nuestro escaso conocimiento de Camboya, nos parecía que era bastante fiel a la realidad. Pero *La ciudad de la alegría*, obra del mismo autor que hablaba de otro lugar del mundo por el que sentíamos un gran afecto, nos

había resultado decepcionante.

Los dos jóvenes ingleses, un par de años mayores que yo, se dedicaban a repartir pizzas en Londres para poder ahorrar el dinero suficiente para irse de viaje. Gracias a este sistema, habían recorrido las costas de África, habían visitado buena parte de Europa y en este momento se encontraban en el sudeste de Asia. De los viajeros que he conocido en mi vida, eran sin duda los más salvajes. Y Camboya, sociedad escindida, mutilada, corrompida por décadas de guerra, les ofrecía como pocos lugares en el mundo la posibilidad de llevar a cabo sus fantasías más desquiciadas. A pesar de las advertencias acerca de la seguridad, ellos salían todas las noches. Desaparecían después de cenar y regresaban al alba, ebrios, en sus motos de *cross*, acompañados por chicas del Martini o de algún otro bar. Se suponía que no estaba permitido llevar prostitutas a la pensión, pero los jóvenes le caían bien a Narim, pues eran muy divertidos, siempre estaban de buen humor y haciendo bromas, jugando. La verdad es que creo que Narim sentía algo por el más alto de los dos, ya que sonreía al verlo, y, cuando podía, le regalaba frutas o le hacía una caricia en la cabeza: «Ay... qué bonito cabello tienes, qué bonito».

Una tarde, los jóvenes ingleses, con quienes de vez en cuando conversaba acerca de los viajes que había hecho por Asia, me invitaron a acompañarlos en una de sus excursiones fuera de la ciudad. Yo tenía una moto pequeña, urbana, y debía conducir a la máxima velocidad para no perderles el rastro, ya que, además de zigzaguear entre los coches, cuando había mucho tráfico avanzaban en sentido contrario. Nuestra primera parada fue el mercado próximo al Estadio Olímpico. Sabía por la guía de viajes que allí se podían conseguir drogas, animales en vías de extinción, rifles, lanzagranadas, ametralladoras y casi todos los repuestos y accesorios que un buen militar puede necesitar, incluyendo extras como insignias nazis y recambios para ruedas de tanque. Lo fascinante era que las armas se vendían con la misma naturalidad que el pescado o los vegetales, y esta convivencia tan extraña daba una idea precisa del caos y confusión que el país había vivido durante los últimos treinta años.

Tras haber comprado por diez dólares una bolsa de marihuana y dos cajas de municiones para AK-47 y M-16, cogimos nuestras motos y nos dirigimos a las afueras de la ciudad. Un par de kilómetros antes de llegar a los Campos de la Muerte, nos desviamos en una angosta calle que terminaba en una destartalada vivienda de madera. Rifles y ametralladoras colgaban de la pared de la vivienda y, fuera, en el patio trasero, latas, troncos, automóviles viejos y restos de helicópteros hacían de blancos. Por un dólar la hora, el dueño del lugar te dejaba disparar con el arma que quisieras, desde un lanzagranadas hasta una ametralladora. «Yo seré de los buenos, seré americano», dijo uno de los jóvenes, y cogió una AK-47. «Yo seré un comunista malo», exclamó el otro tomando una M-16. Se situaron

en el campo, se pusieron los guantes y, antes de disparar, se tomaron el resto de cocaína que llevaban en una lata de metal. Después apretaron el gatillo y comenzaron a gritar: «¡Ahhhhhhhhhhhhhhh!», «Esto sí que es bueno, sí», «Por el dueño de Pizza Hut, cabrón, hijo de puta».

Desde aquellos tiempos en que todo parecía posible, muchas cosas habían cambiado. Camboya era ahora un lugar más seguro y ordenado. Cientos de turistas abarrotaban los hoteles de cinco estrellas y las tiendas de souvenirs. Lo único que parecía haber quedado de esos tiempos eran los hombres que se paseaban por la piscina del Estadio Olímpico en busca de niños, y que ahora lo hacían por los malecones. Por alguna razón, no se habían resignado a desaparecer, como lo habían hecho las armas y las drogas en el mercado.

A las doce del mediodía, el hombre aún no había salido de la pensión y nosotros ya no sabíamos cómo sentarnos para que la espera se hiciese más llevadera. Habíamos visto entrar y salir a extranjeros con prostitutas, a varios hombres con cajas, e incluso a un camboyano con uniforme del ejército. Por la calle pasaban moto-taxis con cuatro o cinco personas en sus asientos, *cycle-rickshaws* con mujeres que volvían del mercado cargadas de bolsas, camionetas blancas de Naciones Unidas, Save the Children o la Cruz Roja, viejos carros de recogida de basura, mendigos que iban de puerta en puerta... La gente del barrio, que al principio nos había mirado con curiosidad, ahora lo hacía con desconfianza. Hasta el mismo conserje de la pensión salió en un par de ocasiones para ver si seguíamos allí.

Tal vez nos habíamos precipitado al llegar a la conclusión de que el hombre trabajaba en Camboya. Quizá fuera un mero turista, un pederasta ocasional, de paso, que deja su vida normal en Europa y viaja durante un breve período de tiempo en busca de relaciones con menores. O quizá fuera un pederasta crónico, de dedicación exclusiva, que vive sólo para los niños y no pierde tiempo en otras ocupaciones.

Varias semanas más tarde, conversando con el psicólogo estadounidense Mark Gold, que todos los años organiza en Camboya seminarios sobre la asistencia a niños víctimas de abusos, nos daría las principales características de los pedófilos:

«Débiles, inmaduros, solitarios, de fuertes convicciones religiosas, padres de familia en la mayoría de los casos que, aun después de haber sido descubiertos y condenados, vuelven a reincidir. El 90 por ciento son varones, y el 70 por ciento mayores de treinta y cinco años de edad».

También nos explicaría que hay tres clases de pedófilos. Los que no superan el umbral de las fantasías y se contentan con pasear por parques y observar los juegos de los niños. Los que van más allá y se acercan a los niños, y mantienen relaciones sexuales con ellos, para luego retornar al

sosiego y la contención de una vida en apariencia normal: trabajo, mujer e hijos. Y los que pierden el control absoluto de sus fronteras y viven única y exclusivamente para estar cerca de los niños. Según Mark, los pedófilos de esta última clase, a quienes llama crónicos, han caído, sin matices ni atenuantes, en la prisión de sus deseos más oscuros. Y es una terrible paradoja, pues estos prisioneros de sus instintos más desenfrenados y brutales abusan a su vez de niños prisioneros de la miseria y el hambre, transformando a Camboya en una gran trampa.

A las dos de la tarde, el hombre salió del hotel. Por suerte, en lugar de dirigirse hacia donde nosotros nos encontrábamos, avanzó en dirección al río. Y, como si en el mundo no existiese nada más que los niños, caminó hacia el casino flotante.

Tardamos poco en comprender que el mero hecho de seguir al hombre no nos aportaba nueva información. Otra vez se sentó en el malecón. Otra vez eligió a un niño y sólo a él le compró helados y patatas fritas. Por esta razón, a Thierry se le ocurrió la idea de mudarse al Angkor Guest House. Una vez allí, podría hacerse amigo del conserje y descubrir los datos que nos faltaban o, en el peor de los casos, podría copiarlos de los libros de la recepción.

Esa misma tarde cogió sus pertenencias del hotel Paradise, donde vivíamos en habitaciones contiguas, y se dirigió a la pensión. Durante el trayecto, hablamos de los problemas que podría enfrentar si el hombre o el personal del hotel descubrían cuáles eran sus verdaderas intenciones. Por eso decidimos que yo me quedaría en el hotel y que ante cualquier inconveniente me telefonearía.

Al día siguiente, lo primero que hice fue bajar a una tienda, comprarme un teléfono móvil y llamar a Thierry para darle el número. Por miedo a que el hombre pudiera entrar, había dormido con la televisión encendida y una silla apoyada contra la puerta. Sabía, porque la noche anterior se había quedado unas horas en la recepción hablando con el conserje, que el extranjero se alojaba en la habitación 202, pero no había podido averiguar nada más.

La buena noticia era que el conserje, que estaba tomando clases de inglés en una academia, le había pedido si por favor podía conversar con él, ya que necesitaba practicar. Y Thierry, que comprendió el valor de esa oportunidad, le dijo que sí, que lo harían a diario. Durante la conversación, simulando repasar el vocabulario necesario para trabajar en el hotel, le haría sutiles preguntas acerca de los huéspedes hasta conseguir la información que necesitábamos.

Le dije a Thierry que, si era necesario ofrecerle dinero a cambio de la información, lo hiciera. No había problema en darle el equivalente a uno o

dos meses de trabajo con tal de que nos ayudara a meter al extranjero en la cárcel.

Los niños nos habían dicho que el hombre tenía relaciones con ellos en el hotel. Nosotros lo sabíamos, pero inconscientemente no lo habíamos querido aceptar. Era demasiado terrible, demasiado duro, imaginarlo en la cama con niños de cinco o seis años de edad.

Cuando Thierry me telefoneó y me dijo que casi todos los días el hombre recibía a los niños en su habitación, sentí como si me hubieran dado un golpe. Me senté en la cama y le pregunté si estaba seguro. Y él me respondió que sí, que estaba seguro. Durante la clase de inglés, el conserje se lo había contado como si fuera lo más normal del mundo, pues creía que el extranjero velaba por el bienestar de los niños, pagaba su ropa, su comida y su educación, y sólo pasaba las noches o las mañanas con ellos como un abuelo que los quiere. En ningún momento se le había ocurrido pensar nada malo. Eran las propias madres de los niños quienes los llevaban allí a última hora de la noche o al alba.

Más allá de lo doloroso que resultaba aceptarlo, aquel descubrimiento había significado un importante paso adelante en la investigación. Pero también había sido un retroceso, ya que Thierry no se pudo contener y le dijo al conserje la verdad: el hombre era un pederasta que mantenía relaciones sexuales ese momento el conserje podría haberse puesto en el lugar de los niños, podría habernos ayudado, pero no, sintió miedo, y le dijo a Thierry que no sabía nada, que debía mantener a su abuela y a su madre con los sesenta dólares que le pagaban por trabajar en el hotel, y que sin ese dinero su familia no tendría qué comer. A tal nivel llegó la desazón del conserje que tuvieron que suspender la clase. Se había puesto pálido y afirmaba que no se sentía bien.

Thierry no culpaba al joven conserje por no querer perder el trabajo y tener miedo a la policía. Yo sí, estaba furioso. Quería ir y hablar con él. Quería dejarle bien claro que con su actitud estaba condenando a los niños a seguir padeciendo los abusos del pederasta.

Esa noche tendría la oportunidad de decirle eso y mucho más.

En el restaurante del hotel Paradise, un conjunto musical tocaba canciones tradicionales. A sus espaldas, en vastas peceras, nadaban las anguilas, doradas y carpas que los comensales seleccionaban para la cena. Por la recepción del hotel corrían niños que habían ido a comer con sus padres y que jugaban mientras se cocinaba el pescado. Era viernes por la noche y la ciudad bullía de actividad. Cientos de motos avanzaban por las avenidas, bajo las luces de colores de los restaurantes chinos, los vendedores

ambulantes y los karaokes.

Vibol, Thierry y yo nos sentamos en un rincón de la recepción. Vibol acababa de llegar de Sihanoukville, el pequeño pueblo costero donde tendría lugar el juicio al pederasta francés acusado de abusar de niños, sacarles fotos y venderlas en Internet. Había estado reunido con los testigos y con los fiscales, ultimando los detalles previos al proceso, que comenzaría en dos días.

Al escuchar los pormenores de la investigación que habíamos realizado durante los últimos días, Vibol se mostró contento. Era duro descubrir que el hombre llevaba niños al hotel, pero representaba un importante avance en la investigación.

Nosotros habíamos pensado en pedirle que nos acompañara al Angkor Guest House. Sin embargo, no tuvimos que hacerlo. Con su habitual entusiasmo, se puso de pie y dijo:

«Vamos a hablar con el conserje, vamos a pedirle información». Cogimos las motocicletas y, a través del denso tráfico nocturno, nos dirigimos hacia la pensión.

Sería una de esas discusiones que durante algún tiempo se instalan en una amistad para luego caer en el olvido. Cada vez que hablábamos del conserje, Thierry lo defendía: «Es un buen chico, no tiene la culpa». «No, Thierry —le respondía yo—, ésa es la peor gente, la masa, el pueblo, que se queda de brazos cruzados frente a la injusticia, que está demasiado adormecida como para preocuparse.» «Si tú estuvieras en el lugar del chico, vinieras de un barrio humilde y tuvieras que velar por tu familia, comprenderías el miedo que siente. La culpa es de los poderosos. Del dueño del hotel. De la policía. No del chico.» Por más que discutiéramos, Thierry exculpaba al joven, y yo lo consideraba el verdadero culpable de lo que estaba sucediendo, como a tantos millones de personas anónimas que, en lugar de rebelarse y luchar, aceptan los abusos del poder y asisten de brazos cruzados al espectáculo de un mundo que se está destruyendo.

Eso sí, al final siempre encontrábamos una suerte de equilibrio. No había jaque mate, sino tablas. Él admitía que el mundo sólo va a cambiar cuando la gente se comprometa de forma activa, y yo aceptaba que si la gente no se rebela es porque está sojuzgada y adormecida por los manejos del poder.

Thierry entró primero en la pensión, para ver si por las buenas el conserje le daba los datos del pederasta. Vibol y yo nos sentamos en la esquina a esperar. Por si había alguna emergencia, los teléfonos móviles estaban funcionando. Si recibíamos una llamada suya, aunque no hablase, sabríamos que tendríamos que entrar en la pensión.

Mientras aguardábamos en la esquina, un anciano se nos acercó: «Soy

francés, *vous les vous les vous*, ¡francés!». No estaba muy bien de la cabeza, y repetía una y otra vez la misma frase, con sus palabras inventadas que sonaban a francés. «Soy francés, *vous les vous les vous*, ¡francés!» Vestía ropa andrajosa, llevaba una bolsa de plástico en la mano y me miraba con absoluta fascinación.

Después se nos acercaron tres jóvenes. Venían del hospital que está en la esquina opuesta del bulevar Norodom. Acababan de vender su sangre y estaban totalmente fuera de sí por la heroína que habían fumado. Uno de ellos, que llevaba un sombrero al estilo americano, me miraba y me sonreía. Cada vez que yo caminaba hasta la esquina para ver si Thierry salía, él me acompañaba, riendo, imitando mis pasos como si fuera mi doble. Vibol me dijo: «No te preocupes, no te van a hacer nada». Y yo no hacía más que devolverle la sonrisa, esperando a que Thierry nos llamara.

Finalmente, cansado de esperar, le dije a Vibol que fuéramos a la recepción. No había duda de que Thierry estaría tratando aún de convencerlo, explicándole una y otra vez razones que ya le había explicado. Y así era: cuando entramos en la pensión, se encontraba apoyado en el mostrador, y el conserje detrás, sentado en un taburete, escuchándolo.

«Presiónalo, Vibol —le dije en francés—, explícale lo que sucede, convéncelo.»

Vibol habló con él. Flemático, persuasivo, le contó lo que el hombre le hacía a los niños y las consecuencias de sus actos sobre ellos. Le habló de su propia vida, de la labor que hacía a favor de los niños, de los juicios en los que había participado. Le mostró la tarjeta de Our Home, su ONG. Pero el conserje seguía impasible. Ahora no ya con miedo, sino con un orgullo desafiante que me irritó.

«Ésos son los niños de tu país. ¿Me entiendes? Son niños de Camboya. Son el futuro de tu país», le grité, tratando de ver si por la vía del nacionalismo, del amor a su tierra, lograba que nos diera la información que necesitábamos acerca del hombre. «Tienes que darnos el nombre y la nacionalidad del extranjero para hacer la denuncia a la policía. Para proteger a los niños de tu país, a estos niños a los que ese extranjero asqueroso se folla todas las noches.»

Vibol le traducía mis palabras, pero él seguía en silencio, negando con la cabeza. Habíamos tratado de convencerlo de su deber moral, le habíamos dado numerosos argumentos por los cuales debía ayudarnos, incluso le habíamos ofrecido dinero si era ése su problema, el miedo a no tener medios para ayudar a su familia. No aguanté más. Me apoyé en el mostrador y lo agarré por la camisa.

—Si no nos dices quién es, te juro que te vamos a acusar de complicidad en extorsión de menores, te lo juro, vas a ir a la cárcel y serás la vergüenza de tu familia —insistí gritando al límite de mis posibilidades,

mientras él me observa encogido por el miedo—, porque tú eres cómplice de este hombre, y eres peor que él, porque él está enfermo y tú eres un cobarde al que no le importa que se follen a los niños de tu país...

—Cálmate, vas a despertar a toda la pensión —me interrumpió Thierry, tomándome del brazo—. Déjalo, tiene miedo, no te va a decir nada.

Salimos de la recepción con una gran sensación de fracaso. Ni siquiera las amenazas, con lo desagradables que eran, habían funcionado. Era duro estar tan cerca de un objetivo y no alcanzarlo. O al menos eso pensaba, hasta que Vibol dijo:

—Mañana a las ocho vamos a la policía.

—Pero no tenemos ni el nombre ni la nacionalidad del pederasta.

—¿No tienes imágenes de él?

—Sí.

—Hacemos la denuncia a la policía, le dejamos las fotos, le decimos dónde vive y que vengan ellos a hablar con el conserje.

En ese momento amé a Vibol. Su parsimonia, su compromiso. Al igual que Thierry, era un hombre extraordinario. Le di un abrazo y le pedí disculpas por si lo había incomodado con los gritos en la recepción. «No te preocupes —me dijo—, entiendo lo que estabas tratando de hacer, sólo querías ayudar a los niños.»

Aunque varias hileras de alambres de espino cubrían los muros que flanqueaban la entrada, la comisaría de policía de Phnom Penh parecía un lugar agradable. La pintura blanca que cubría las paredes y las grandes ventanas le daban un aire mediterráneo, alegre.

En el patio, tras un cristal polvoriento y lleno de huellas de dedos, se exhibían las fotografías de los delincuentes detenidos en las últimas semanas: dos jóvenes heridos, vendados, de pie junto a la motocicleta que habían intentado robar; tres hombres y dos mujeres tras los televisores, vídeos y equipos de música que habían sustraído de distintas casas; un anciano desnudo, de cuclillas, con una pistola en la mano y el rostro deformado por los golpes que había recibido. Debajo de cada foto había un cartel en camboyano que explicaba la razón de la detención. En ese momento deseé que Vibol llegara pronto para poder explicarme qué había hecho el anciano, por qué aparecía desnudo en la foto y con un arma en la mano. Quería saber si lo habían arrestado por tratar de abusar de alguien o si, como hacían en la India, al encontrarlo robando los vecinos le habían arrancado la ropa y le habían dado una paliza antes de que llegase la policía.

Se suponía que las fotografías, también colocadas en una vitrina en la calle, debían servir para informar a los ciudadanos acerca de la identidad de los delincuentes que vivían en la ciudad. Sin embargo, a mí me parecía

más bien una suerte de linchamiento, de humillación en la plaza pública. La expresión de consternación en el rostro de los presuntos delincuentes me hacía sentir que era injusto exhibirlos de esa manera. Pero, sobre todo, un recuerdo me hacía sentir mal con respecto a esas imágenes: en el campo de concentración S21, no muy lejos de la comisaría de policía, los jemeres rojos habían sacado fotos de cada uno de los prisioneros políticos a los que luego torturaban y ejecutaban. Esas fotos estaban pegadas en la pared del recinto. Interminables hileras de hombres desnudos, golpeados, que se sabían a punto de pasar por una nueva sesión de terribles vejaciones o de ser asesinados. Acerca de lo sucedido en esa prisión, había leído antes de partir de Madrid el libro *Las voces del S21*, de David Chandler, autor de la primera biografía de Pol Pot, en el que narra en un tono serio y moderado (características poco habituales en esta clase de libros) las historias de quienes por allí pasaron.

Vibol llegó acompañado por Cul y, sin que me diese tiempo de pedirle que me tradujera lo que decía el cartel, saludó a Thierry y se dirigió a uno de los oficiales de policía que caminaban por el patio.

Yo me senté en un banco. Seguía pensando en las fotografías. ¿Me gustaría que el hombre de la pensión, el que abusaba de los niños y que ahora intentaríamos denunciar, fuera fotografiado y su imagen se exhibiera en las paredes de Phnom Penh? La verdad es que sí. Me gustaría que su fotografía fuera divulgada no sólo en Camboya, sino en todo el mundo. Me sentiría bien si quienes habían compartido su vida con él, quienes lo habían querido y quienes le habían temido, supieran qué hacía realmente en sus viajes por Asia. Es más: esa misma mañana, yo había tomado fotografías de la grabación en vídeo que había hecho desde el casino flotante y las había llevado a revelar, pagando el doble para que estuvieran a tiempo, para poder tenerlas ahora en bolsillo, listas para cuando Thierry y Vibol me las pidieran, y listas para el día en que alguien estuviera dispuesto a publicarlas en algún periódico. Supongo que no se puede medir la dimensión de la reprimenda o la venganza cuando se es la víctima, o cuando no se observa el asunto desde cerca.

El oficial al que se acercaron Thierry y Vibol no parecía dispuesto a tomarnos muy en serio y se fue. El estilo de Vibol, tan sutil, tan oriental, no dejaba de fascinarme. A pesar de la negativa, le había sonreído y le había dado las gracias. Si hubiese estado en su lugar, como buen occidental, yo habría protestado. Sin embargo, tres años en Calcuta y dos en China y el sudeste asiático me habían enseñado que en aquella parte del mundo de poco sirve enfadarse, gritar o pedir el libro de reclamaciones. Lo importante es, ante todo, ser respetuoso y esperar el momento adecuado.

Otro oficial pasó por el patio, y Thierry y Vibol se acercaron a él. Era un hombre alto, con el uniforme impoluto y el cabello perfectamente peinado. A primera vista parecía estar escuchándolos con mucho interés.

—Hernán, trae las fotos —me dijo Thierry.

Y yo, de un salto, me acerqué y se las di. En el patio había varios automóviles, dos de importación, unas cuantas motos y varias personas que permanecían indiferentes a nosotros.

El oficial observó con atención las fotos. Una a una. Mientras, Vibol le hablaba, intercalando palabras en inglés que yo llegaba a comprender: «casino flotante», «Angkor Guest House»... Cuando terminó de ver las fotos, con una disposición que me hizo vislumbrar que algo bueno podía llegar a ocurrir, hizo un gesto con la mano en dirección a uno de los edificios, invitándonos a pasar.

—No me lo puedo creer, nos van a tomar declaración y dicen que lo van a arrestar, ¡no me lo puedo creer! —me explicó Thierry mientras subíamos las escaleras del edificio.

A partir de ese momento, nos trataron con asombrosa deferencia. Nos condujeron a un despacho privado, nos ofrecieron té y trajeron dos butacas más para que los cuatro pudiéramos sentarnos.

Thierry estaba tan contento que parecía a punto de abrazarme de felicidad. Y cuando surgió la cuestión de a nombre de quién se haría la denuncia, él pidió ser el firmante, ya que Vibol dirigía los hogares para niños y yo estaba de paso.

—Lo primero que haré será sacar las cosas de esa pensión apestosa, mudarme al hotel Paradise y volver para esperar a que lo arresten. Quiero ver su cara cuando lo lleven a la comisaría. En nombre de todos los niños, quiero ver la expresión de sus ojos —me dijo Thierry.

El oficial nos dejó con dos agentes que le entregaron la hoja donde debía escribir la denuncia. «Yo, Thierry Darnaudet, ciudadano francés, declaro que a lo largo de la última semana he visto en varias ocasiones a un extranjero de unos cincuenta años de edad, de quien tengo pruebas fehacientes de que abusa de menores de edad...»

Mientras Thierry le leía la declaración a Vibol y éste se la traducía al camboyano a los agentes, que a su vez la transcribían, aproveché y salí del despacho para tomar un poco de aire. En la sala contigua había un televisor en el que pasaban una película china de guerreros medievales. Cruzados de brazos, fumando y tomando té, dos agentes miraban la película como si estuvieran en el salón de su casa. Debajo del televisor, que estaba flanqueado por un retrato del rey Sihanouk y por otro de su esposa, la princesa Monique, un hombre mayor, de nacionalidad francesa, intentaba explicar a un agente que quería redactar un documento por el que dejaba todos sus bienes a la joven que estaba a su lado, su futura mujer, una adolescente de no más de dieciocho años de edad, que permanecía en silencio, cabizbaja, mientras el hombre trataba de encontrar la forma de legarle sus pertenencias.

Al salir del despacho, Thierry me comentó sonriente: «Querían saber

qué quería que hicieran con el hombre... y yo les dije que quería que fueran a la pensión y lo arrestasen lo antes posible, para que no haga más daño a los niños... ¡Qué bueno! Me cuesta creer que lo hayamos logrado, estoy tan contento... Tal vez después haya corrupción, y el hombre salga libre, pero aquí estamos, hemos dado este paso, ¡la policía va a hacer algo!».

Una vez fuera de la comisaría de policía, caminamos bajo el sol, rumbo al río. No podíamos dejar de sonreír.

EL FRANCÉS

1. EL VIAJE A SIHANOUKVILLE

El chófer pasó a buscarme por el hotel y partimos rumbo a la casa de Vibol. Por suerte, conducía un coche moderno, en buenas condiciones y lo suficientemente grande como para que todos cupiésemos sin problemas en su interior.

Mientras avanzábamos en dirección a la casa de Vibol, recordé cuántos desvelos me había provocado siete años antes la carretera que ahora nos disponíamos a recorrer. En aquella ocasión había llegado a Camboya para escribir acerca de las minas antipersona, tema que lentamente se iba abriendo camino en la agenda internacional, y para conocer a una joven sudafricana sobre la que había leído en el suplemento dominical de un periódico inglés.

A los pocos días de estar en Camboya comprendí que escribir sobre las minas no sería complicado, pues las organizaciones que se encargaban de desactivarlas tenían sede allí mismo, en Phnom Penh, así como los centros dedicados a la rehabilitación de los mutilados. Pero la joven sudafricana estaba demasiado lejos; se encontraba en el otro extremo del país, al final de una ruta que el gobierno recomendaba no recorrer. Dos años antes, en ese mismo trayecto, tres jóvenes extranjeros habían sido asesinados. Uno de ellos, David Wilson, australiano, se había alojado en la misma pensión donde yo me hospedaba. Que su dueño, Narim, me contara con lujo de detalles cómo había sucedido todo no había sido exactamente un aliciente.

A pesar de las advertencias, hasta el último momento estuve a punto de alquilar un coche y partir hacia la ruta número cinco. Supongo que la atracción por quien me esperaba al sur de Camboya resultaba difícil de obviar, la atracción que ejercía sobre mí esa joven sudafricana de veintidós años de edad que trabajaba en un centro para niños mutilados por la guerra y que a través de la música intentaba ayudarlos a superar los duros momentos vividos.

Debo confesar que cuando vi las fotos en el dominical del periódico inglés me enamoré de ella. Era una joven de largo cabello rubio, facciones apenas esbozadas y manos lánguidas que trataba con evidente dulzura y cariño a los niños que aprendían a tocar el violín, alguien con quien deseaba profundamente encontrarme, aunque las probabilidades de fracasar en el intento fuesen numerosas.

Mi último recurso fue la embajada alemana. Allí hablé con el cónsul, que me dijo que, si tomaba la decisión de viajar hacia el sur, al menos me inscribiese en un registro que llevaban de los extranjeros que se

adentraban en las zonas en conflicto del país, gracias al cual, si mi ausencia se prolongaba, podrían avisar a las autoridades. Al día siguiente regresé y, sin poder reprimir cierta sensación de heroísmo, me inscribí en el registro con la intención de partir rumbo al pueblo donde vivía la joven sudafricana.

No recuerdo exactamente la razón, pero sí que al final la prudencia prevaleció sobre el heroísmo. En lugar de un coche hacia el sur de Camboya, tomé un avión a Bangkok y de allí me fui a escribir sobre las tribus productoras de opio del norte de Laos.

Durante algún tiempo me sentí culpable de no haber avisado a la embajada alemana de mi cambio de planes. Me decía: Escríbeles, llámalos, van a estar preocupados.

Vibol nos aguardaba en la puerta del hogar, junto a uno de los coordinadores y varias maletas. Los niños habían partido media hora antes para llegar más temprano a Sihanoukville y tener tiempo así de descansar un poco antes del juicio. Nuestro viaje, puesto que debíamos pasar a buscar a varios testigos, resultaría más largo.

En el interior del coche, ya en camino, Vibol sacó varias carpetas y comenzó a ordenarlas. A ambos lados de la carretera, las casas aparecían cada vez más esporádicamente, y campos y palmeras iban ganando el paisaje.

Vibol me pasó la carpeta con las fotos halladas en el ordenador de Pierre Guynot. Yo las había visto al segundo día de estar en Phnom Penh, cuando aún no conocía bien a los niños. Ahora sí los conocía, y no me resultaba difícil encontrarlos entre esos niños atados de pies y manos, con candados alrededor de los genitales. De los doce niños de los cuales Guynot había abusado, cuatro estaban en nuestro hogar. Los cuatro que habían partido media hora antes que nosotros y que, al día siguiente, declararían en el juicio.

Según la fiscalía, Guynot dirigía un portal en Internet que se ofertaba como «el mejor sitio de sadomasoquismo con niños». Por una suscripción anual de tres mil euros, los socios podían entrar a la reproducción virtual de las distintas estancias de la casa de Guynot. En el portal de acceso figuraba un plano de la casa en el que se mostraban las diversas opciones: la celda, la sala de torturas, la piscina, las habitaciones. En cada una de estas estancias había docenas de fotografías. En la piscina, niños bañándose desnudos, zambulléndose, nadando. En la cárcel, niños esposados, maniatados, encadenados. En la sala de torturas, niños flagelados, golpeados con porras de policía, penetrados con distintos objetos.

El archivo fotográfico de Guynot estaba compuesto por unas cincuenta

fotografías que los fiscales iban a presentar como prueba durante el juicio. Una constante en todas ellas: la expresión de indefensión y miedo en el rostro de los niños.

Vibol me dio una copia de las fotos que la policía tomó a Guynot el día de su arresto. En mangas de camisa y con pantalones cortos, parecía perplejo, confundido, pero, a diferencia de los niños, no parecía asustado. Con su barba sin bigote al estilo cuáquero americano y su extraño corte de pelo, resultaba un personaje atemporal, difícil de clasificar. Esa clase de ser que no tiene un sitio definido en la sociedad, que vive al margen, generando reacciones disímiles, encontradas: rechazo, lástima, extrañeza, desconfianza.

Resulta curioso que tanto Guynot como Berutti se peinaran de la misma forma: echando el cabello hacia delante para ocultar la calvicie, y creando así una suerte de flequillo corto y aniñado. También me parece llamativo que ambos se vistieran como adolescentes, en mangas de camisa y con pantalones cortos. Quizá lo que me dijo Berutti fuera cierto: en el fondo, lo que querían era volver a ser jóvenes.

Vibol me pasó una nueva tanda de fotografías y me dijo que estaba convencido de que a Guynot le iba a caer cadena perpetua. Su razonamiento era: si el italiano, por haber tenido relaciones en dos ocasiones con cuatro niños, había sido condenado a diez años de cárcel, Guynot, con todas las pruebas que había en su contra, permanecería en prisión el resto de su vida.

Llegué a la última fotografía del día del arresto de Guynot. Esposado, rodeado de policías, me observaba desde el asiento trasero de la camioneta en que lo llevarían a la comisaría.

—Seguro —me repitió Vibol mientras el coche avanzaba raudo hacia Sihanoukville—. Seguro que le va a caer cadena perpetua.

Cuando el vehículo abandonó definitivamente la periferia de Phnom Penh, y el campo, con sus vastos arrozales y sus colinas al fondo, nos acogió en su seno, me sentí tranquilo, protegido. Sólo entonces tomé plena conciencia de lo sórdida que había sido la estancia en Phnom Penh, asistiendo al juicio contra el italiano, siguiendo al hombre que habíamos descubierto frente al casino flotante, recopilando pruebas en su contra, declarando ante la policía.

No dejaba de ser paradójico que aquella ruta, que siete años antes tanto me había preocupado, tuviese ahora sobre mí un efecto casi liberador, y, avanzando un poco más en la comparación, que toda la situación se hubiese convertido en el negativo exacto de la anterior. En 1995, la ruta,

oscura y amenazante, comenzaba en la seguridad de Phnom Penh y terminaba en los brazos de la joven sudafricana. Ahora, la ruta comenzaba en la penumbra de una ciudad donde los pederastas actuaban con absoluta impunidad, avanzaba a través de un plácido paisaje de aldeas y campos, y terminaba en la oscuridad de Sihanoukville, el lugar donde, según la acusación del fiscal, durante siete años Guynot había abusado sistemáticamente de una docena de niños, sacándoles, para mayor daño y humillación, fotografías que había vendido en Internet.

Pierre Guynot trabajaba en la televisión pública francesa. Se encargaba de comprar cámaras y equipos de edición. Traducía los manuales del inglés al francés. Distribuía los equipos entre los técnicos de la cadena.

Tras varios viajes por Asia, Guynot decidió que lo dejaba todo y partía rumbo a Camboya. Compró un terreno de diez hectáreas junto al mar y dio vida a un negocio de *karts* destinado a los primeros turistas que se aventuraban en la región tras décadas de guerra civil y dominación extranjera. Para los habitantes del humilde barrio de agricultores próximo a la casa de Guynot, su llegada fue providencial, ya que desde el primer día se mostró deseoso de dar trabajo a sus vecinos. En especial a los niños.

En la acusación presentada al juez, el fiscal afirma que Guynot dejó que sus apetitos crecieran hasta extremos difíciles de imaginar. Primero tuvo relaciones con ellos, hasta que decidió ir más lejos aún, y comenzó a vestirlos con ropas de cuero, a pegarles con látigos y a ponerles candados en los genitales. Luego empezó a sacarles fotos.

La idea de crear una página web donde vender las imágenes de sadomasoquismo con niños fue consecuencia de las necesidades económicas de Guynot. Los conflictos internos de Camboya en 1997 frenaron la incipiente llegada de turistas. Guynot se había gastado más de medio millón de euros en comprar el terreno y construir la casa y el circuito de *karts*, y ahora se encontraba sin medios para mantener la inversión realizada.

Guynot, que tenía experiencia en manuales en inglés, creó la página web oficial de Sihanoukville. En ella, además de su propio negocio, recomendaba hoteles, restaurantes y algunos de los bares, como el Sharks o el Martini, donde los extranjeros contactan con las prostitutas al llegar a Phnom Penh para luego llevarlas de «vacaciones» a la playa. Aunque, a raíz del juicio, Guynot sacó de la página web estas últimas recomendaciones, y puso en la misma un cartel que rezaba «Las relaciones sexuales con menores atentan contra ley de Camboya», en su momento no dudó en utilizar la opción sexual como reclamo para los turistas occidentales.

Según el fiscal, con la experiencia obtenida al crear la página web de Sihanoukville, Guynot creó luego el portal de Internet donde vendía las fotos de los niños. Ahora, el desafío de la fiscalía era demostrar todo lo que

había hecho Guynot. En una primera instancia, la corte pidió a los abogados que recopilaran más evidencias, y les dio seis meses para hacerlo.

A ciento veinte kilómetros de Phnom Penh, siguiendo las instrucciones de Vibol, el coche abandona la carretera principal y se pierde en un angosto camino de tierra. Para evitar el polvo, cerramos inmediatamente las ventanillas. Desde los arrozales, encorvados sobre los cultivos, trémulos en el reflejo del agua, hombres y mujeres nos observan con curiosidad.

El coche se detiene delante de un antiguo templo budista. Vibol se baja y le pregunta a unos jóvenes monjes de hábito anaranjado y cabeza rapada si saben dónde se encuentra la casa de Ny, la mujer a la que hemos venido a buscar. Detrás de los monjes, espléndido y decadente, se levanta el templo con sus paredes de ladrillo, sus cornisas de estuco y su estupa de madera.

Vibol regresa, sube al coche y le pide al conductor que siga recto.

—Cuando el campo se inunda, la gente viene a vivir aquí

—me explica—. Ésta es nuestra red de seguridad social; si no fuera por los monjes, todo el mundo estaría malviviendo en las ciudades.

Del templo en adelante, la ruta está flanqueada por una sucesión de frágiles casas construidas con trozos irregulares de madera, alejadas del suelo por lánguidos troncos de eucalipto y precedidas por grandes tinajas de barro en las que se almacena el agua para beber.

Tras cruzar un puente que cruje a nuestro paso, Vibol baja a preguntar otra vez. Una mujer señala una de las casas cercanas, que destaca del resto por parecer todavía más frágil. Delante de ella nos detenemos. Bajamos del coche, golpeamos la puerta y aguardamos a que nos abran. Un vecino, vestido apenas con un trozo de tela atada a la cintura, nos explica que la mujer que vive en la casa partió al alba a trabajar en el campo. Vibol le dice que necesitamos hallarla con urgencia. Y el hombre envía a uno de sus hijos a buscarla.

La gente se congrega a nuestro alrededor. Mujeres que llevan *sarongs* de seda muy gastados pero aún deslumbrantes por sus colores. Hombres que conservan en la vestimenta algún recuerdo de la guerra: pantalones de camuflaje, chaquetas militares o botas de combate. Docenas de niños sucios y desnudos que, entre las gallinas y los perros escuálidos, corren, ríen, juegan.

Un suave viento hace cabecear las copas de los árboles. El conductor parece incómodo. Le dice algo a Vibol que no logro comprender. Y éste le sonríe, le hace un gesto con las manos. Parece decirle que se tranquilice, que no hay problema.

La mujer avanza a través de las aguas que inundan el campo. La vemos a lo lejos, desde la ruta. Lleva sobre la cabeza un aparatoso fardo de brotes de arroz. Los niños del pueblo le gritan que se apure, que la estamos esperando. Entre ellos hay una niña que me llama la atención porque lleva una camiseta vieja y apolillada con un dibujo de Picachu.

Vibol ayuda a la mujer a subir a la carretera. Ella sabía que la íbamos a venir a buscar, pero no recordaba cuándo. Vibol le dice que se cambie, que debemos partir rumbo a Sihanoukville. Y la mujer, acompañada por una amiga que lleva bajo el brazo una tinaja de metal y una muda de ropa, sale corriendo hacia la bomba de agua en la que habitualmente se baña.

La casa de la mujer me recuerda las chabolas de Calcuta. De un lado, la cama, desnuda, hecha con tablas de madera colocadas sobre piedras, bajo un apolillado mosquitero; y del otro, una pequeña estufa, una olla de latón renegrido y varias botellas plásticas de Sprite rellenas de agua. Cocina, comedor y habitación en tres metros cuadrados, sin ventanas, inmersos en la cálida luz que se cuela por los paneles de bambú que conforman el techo y las paredes.

Ya vestida, la mujer regresa. Se pone un viejo par de zapatos de cuero que saca con sumo cuidado de una de las bolsas de plástico que cuelgan del techo. Y, delante de un espejo con la luna rota, se peina rápidamente para no hacernos esperar. A pesar de la extrema pobreza en la que vive, se ha puesto sus mejores ropas, se ha peinado: ha intentado arreglarse para el viaje.

Vibol me cuenta que la mujer tiene cinco hijos: uno que está en la cárcel, otro que entregó a una familia amiga al nacer, una niña que se encuentra en un orfanato, y los dos niños que, tras vivir en la calle y padecer los abusos de Guynot, hoy forman parte de nuestro hogar.

Una vez que ha terminado de prepararse, entro en la casa y converso con ella. Vibol nos traduce.

—¿Cuál es su nombre completo?

Sentada en la cama, con las manos unidas sobre el regazo, la mujer responde a mi pregunta.

—Se llama Nail Sompon —traduce Vibol—. Pero todos la conocen como Ny.

—¿Qué siente cuando piensa en lo que le ha sucedido a sus hijos?

Algunos de los niños del barrio se meten en la habitación. Los vecinos observan desde la puerta. La mujer habla con parsimonia. Le faltan varios dientes y tiene la piel arrugada, curtida por el sol.

—Antes tenía una vida normal —me dice Vibol—. Vivía en la ciudad, en un barrio de chabolas, con su marido y sus hijos. Trabajaba como empleada en una casa de gente rica. Pero un día los comunistas enviaron a su marido a la frontera con Vietnam y allí se quitó la vida. Contrajo la

malaria y, como no podía dormir, se suicidó. Entonces ella se quedó sola con sus cinco hijos y sin nada que darles de comer. Y ella se vino aquí, porque aquí vive su amiga, y ahora se dedica a coger arroz del campo y a venderlo en el mercado del pueblo. Y hay muchos días en los que no puede comer.

Sin darme tiempo a hacer otra pregunta, la amiga de Ny empieza a hablar. Le explica a Vibol lo duro que ha sido para Ny volver a empezar, construir por sí misma la casa en ese terreno que no le pertenece.

Aturdida, lejana, dando la impresión de haber superado el umbral del sufrimiento que una persona es capaz de asimilar, Ny me habla. Vibol va traduciendo palabra a palabra:

—Soy una buena madre, quiero a mis hijos, pero no los puedo cuidar, no les puedo dar de comer. La vida para mí ha sido muy difícil, y por eso ellos se fueron, para no morirse de hambre. Lo que yo más quiero es que vuelvan, que las cosas mejoren y que volvamos a ser una familia.

Al salir de la casa de Ny, descubrimos que el coche no está. Los vecinos nos dicen que se fue en la dirección por la que hemos venido. El coordinador del hogar, la mujer, Vibol y yo caminamos rápidamente hacia la carretera. Quizá hayan asaltado al conductor, obligándolo a partir con el coche. O quizá él mismo, cansado de esperar o seducido por las pertenencias que hemos dejado en el maletero, ha decidido irse y dejarnos allí. Vibol me dice que no tiene idea de qué puede haber sucedido.

Encontramos el coche unos metros más adelante, a la sombra de un árbol. El conductor, recostado en el asiento trasero, duerme profundamente.

El viaje continuó sin problemas. Ny en el asiento delantero, junto al chófer, y el resto detrás, un poco apretados, pero contentos de estar nuevamente en camino. El cielo se cubrió de nubes. Las primeras gotas de lluvia abrieron irregulares senderos en el polvo que cubría el parabrisas.

Media hora más tarde, nos detuvimos en uno de los restaurantes donde paran a comer los conductores que transportan mercancías desde el puerto, en Sihanoukville, hacia la capital. Vibol pidió varios platos del menú: insectos fritos, arroz con vegetales, sopa, pescado.

Mientras esperábamos, Vibol le habló a la mujer acerca del juicio. Le explicó cómo iba a ser, qué iban a declarar sus hijos, cómo debía hablar en caso de que el juez le hiciera alguna pregunta. Vibol tiene experiencia en procesos a pederastas. Viajó con cuatro testigos al juicio que se celebró en Australia contra su ex embajador en Camboya, declaró en el caso del italiano y preparó a conciencia los alegatos contra el francés. En el hogar, los días anteriores a la partida, una y otra vez repasó con los niños lo que iban a decir durante el proceso, cómo lo iban a decir y qué tipo de

presiones recibirían por parte de la defensa. Era tal su compromiso, su deseo de terminar con el abuso de menores en Camboya, que no quería dejar flancos al descubierto.

El caso del embajador australiano fue uno de los más sonados del país y puso a la comunidad internacional en alerta sobre la situación de los niños en Camboya. Residente en Phnom Penh desde el regreso de la democracia, fue descubierto teniendo relaciones con varios niños. Según me explicó Vibol, el juicio, que se celebró en Sidney, estuvo lejos de ser imparcial. Los abogados de la defensa se ensañaron con los niños, rebatieron sus testimonios, los acusaron de haber sido manipulados por los miembros de las ONG. «¿Qué comiste ayer?», le preguntó el abogado a uno de los niños. Y éste, nervioso por el viaje, el cambio de cultura, la presión de los medios de comunicación, no supo contestarle. «Si no puedes decirme qué comiste ayer, ¿cómo recuerdas con tantos detalles lo que sucedió hace dos años?» Para Vibol, que pasó meses reuniendo pruebas, que pagó de su propio bolsillo el pasaje a Australia, la absolución del embajador fue un duro revés.

Durante la Segunda Conferencia de Naciones Unidas sobre la Explotación y el Comercio Sexual de Menores, que tuvo lugar en Japón a finales del año 2001, las ONG participantes utilizaron el caso del embajador australiano como ejemplo de la falta de voluntad política para terminar con la prostitución infantil, como otra demostración de la indiferencia ante el abuso flagrante de los ciudadanos de los países en vías de desarrollo por parte de los ciudadanos de países ricos, considerados, no de derecho, pero sí de hecho, por la comunidad internacional como seres por cuya seguridad no es tan prioritario velar.

Las ONG asistentes a la conferencia de Japón coincidieron en señalar el momento histórico que la humanidad estaba dejando pasar, ya que la globalización, basada en la revolución de los medios de comunicación, permite más que nunca intercambiar ideas y recursos en pos de un mundo más justo. Y, sin embargo, está siendo utilizada —Internet, vuelos baratos, agencias que organizan vacaciones de turismo sexual— para que los países ricos sigan exportando sus miserias a los pobres. Las ONG hicieron un llamamiento a los gobiernos de las naciones prósperas para que se hagan responsables del comportamiento de sus ciudadanos en países como Brasil, Filipinas, Nepal o Sri Lanka.

La camarera del restaurante trajo, antes que cualquier otro plato, los insectos voladores fritos pedidos por Vibol, a los que todos se entregaron con entusiasmo, cogiéndolos con las puntas de los dedos, arrancándoles las alas y comiéndoselos de un bocado. Por mi parte, parapetado tras la excusa del vegetarianismo, preferí esperar a que llegara mi ración de *kuoy teav*, la sopa de fideos tradicional de la cultura jemer.

De regreso en el coche, Vibol se quedó dormido. Por lo que pude ver a

través del espejo retrovisor, la mujer también. Él llevaba una semana de mucho ajetreo, preparando a los niños para el juicio, organizando el viaje, ayudándonos a reunir las pruebas contra el francés. Ella se había levantado a las tres de la mañana para salir a trabajar al campo. En menos de una hora volvería a encontrarse, tras dos años de separación, con sus hijos.

2. LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS

Sihanoukville sigue siendo una incógnita para mí. La pensión que reservó Vibol estaba en las afueras, así como el recinto donde tendría lugar el juicio. De las arenas blancas de la playa de Ochbeuteal, de las cálidas y transparentes aguas del golfo de Tailandia, apenas percibí un lejano eco en los turistas que caminaban con sus gafas y pareos y que pasaban sonrientes en sus motos de alquiler.

Para ser honesto, hubo un momento en que los envidié, en que deseé poder ver Camboya con sus ojos. Ver sólo la belleza de la naturaleza, la amabilidad de la gente, las noches junto al mar. Desconocer la sordidez de la prostitución infantil y el turismo sexual. Pero fue un sentimiento pasajero.

En la pensión nos aguardaban los niños del hogar. El reencuentro entre Ny y sus dos hijos careció de evidentes demostraciones de afecto. Los niños estaban en una habitación, sentados sobre la cama, viendo la televisión. Ella entró y, sin decir palabra, se sentó entre ellos. El menor le dijo algo y le ofreció un chicle. El mayor permaneció inmóvil, dándole la espalda, con la vista fija en la televisión.

Se trataba, sin duda, de una familia que había padecido profundas heridas: la muerte del padre, el hambre, los niños que, huyendo de la miseria, encontraron refugio en un hombre que al principio parecía querer ayudarles, pero que luego abusó de ellos.

Ny apoyó la mano en la espalda de su hijo mayor y le preguntó si estaba estudiando. Y él, sin darse vuelta, le respondió que sí y comenzó a decirle el abecedario en inglés: a, b, c, d, e...

En la televisión, varios guerreros chinos luchaban aparatosamente, con sables y lanzas, dando saltos por el aire, gritando, sangrando a borbotones.

Vibol habló unos minutos con los demás niños, que estaban en la habitación contigua. Les preguntó si se sentían bien, si necesitaban algo. Los niños parecían tranquilos. Estaban viendo la misma película de guerreros ancestrales. Nos despedimos de ellos y partimos en busca de los otros testigos. Nos dirigimos al barrio de chabolas que rodea la casa de Guynot, donde vivían aún algunos de los niños que declararían en su contra. Mientras el coche se alejaba de la ciudad, Vibol me dijo: «Con un poco de suerte, nos encontramos con Guynot, está siempre por ahí». Siendo absolutamente franco, debo confesar que la perspectiva de encontrarme

con el francés no me seducía demasiado. Es más, pedí interiormente que nuestros caminos no se cruzasen.

Durante las semanas previas al juicio fue mucho lo que escuché acerca de Guynot. Phnom Penh, aunque ciudad capital, es aún en espíritu un pequeño pueblo en el que las noticias corren velozmente de boca en boca, muchas veces transformándose en el camino, sobredimensionándose, tergiversándose. Recuerdo que, en mi primera visita a Camboya, no pasaba un día sin que llegaran noticias de un posible ataque de los jemeres rojos. Narim, el dueño de la pensión, me contó que un amigo le había contado que había visto tanques de los guerrilleros en la carretera a Siem Reap. Sin embargo, los guerrilleros, como tales, nunca volvieron a entrar a la ciudad.

Sobre Pierre Guynot me llegó incluso la afirmación de que había matado a varios niños, a los que había enterrado en el jardín de su casa. Como es lógico, hubo un momento en el que comencé a preguntarme qué era cierto y qué no de todo lo que escuchaba. Tenía dos pruebas irrefutables: las fotografías encontradas en su ordenador y el testimonio de los niños. Lo demás escapaba a mi control.

Una tarde, en el hogar, conversé con uno de los niños que había vivido en casa del francés. Se llamaba Sokha, tenía doce años y llevaba tres meses con nosotros. En más de una ocasión me había llamado la atención por lo serio y maduro que parecía en comparación con los otros niños.

Vibol nos tradujo.

—¿Cómo llegaste a la casa de Guynot?

—Un niño de la aldea me dijo que trabajaba para un francés que tenía mucho dinero, así que fui a ver si a mí también me podía dar trabajo, porque mi familia es muy pobre y muchos días no tenemos para comer. Primero me dijo que no, pero después me mandó llamar.

—¿Qué trabajo hacías en su casa?

—Cuidaba los coches que usaban los turistas. Los lavaba, les ponía aceite, los empujaba cuando se quedaban sin gasolina.

—¿Cuántos niños trabajaban en casa de Guynot?

—Éramos siete.

—¿Antes de ir sabías que Guynot tenía relaciones sexuales con los niños?

—Nadie en la aldea lo sabía. Yo pensaba que era un hombre bueno, porque parecía muy bueno y amable. Pensaba que nos quería ayudar, que por eso nos daba trabajo.

Desde la habitación contigua llegaban las voces de los niños respondiendo al profesor. Varias veces tuve que pedirle a

Vibol que me repitiera lo que me acababa de decir.

—¿Qué era lo que sucedía en la casa de Guynot?

—Practicaba el sexo con los niños. Conmigo y con mis amigos. Y hay muchos más niños con los que tuvo relaciones pero que no se animan a denunciarlo, porque les dio dinero a sus familias para que se callen.

—¿Les hacía fotos también?

—A otros niños les hacía fotos, les pegaba, los ataba, pero a mí no, a mí...

Un coordinador entró en la habitación. No sabía que estábamos allí. Se disculpó y cerró la puerta.

—¿Qué fue lo que te hizo Guynot?

—Me llamó una noche a su habitación y me dijo que me metiera en la cama. Entonces me tocó el pene. Yo me hice el dormido, porque no sabía qué hacer. La noche siguiente también me mandó llamar, me metió en su cama, me puso una especie de aceite y me penetró. Yo no sabía que el sexo era eso. Después los chicos me lo dijeron. Tampoco sabía que eso se podía hacer entre hombres, pensaba que era sólo entre hombres y mujeres. Me dolió mucho, y sentí como que tenía que ir al baño.

—¿Después de eso te quedaste?

—Dos meses.

—¿Por qué?

—Para dar de comer a mi familia.

—¿Cuánto te pagó?

—Me prometió un dólar al día, pero sólo me dio treinta dólares, quizá porque yo no dejaba que me tocara más, no me gustaba, me ponía muy triste y me dolía.

—Sabes que ahora lo van a llevar a juicio, ¿tú qué esperas del juicio?

—Quiero que el juez haga justicia, que lo meta en la cárcel y que los otros pederastas vean lo que pasa, para que nunca le hagan a otro niño lo que me hicieron a mí.

—¿A veces tienes pesadillas?

—No, pero sí me siento triste sin saber por qué, me dan ganas de llorar.

Vibol le pasó la mano por la cabeza. El niño había respondido a las preguntas con valentía y seguridad. «Vino a nosotros porque lo amenazaron en la aldea —me explicó Vibol—, para que no declarara contra Guynot. Entonces fue a pedir ayuda a una ONG, y esa ONG nos lo envió a nosotros. Ahora va a la escuela, estudia, es uno de los mejores alumnos. Cuando sea mayor quiere tener un negocio. Espero que todas las cosas terribles que le han sucedido en casa de Guynot sirvan al menos para que se le hayan abierto las puertas de una nueva vida, de otra oportunidad.»

La verdad es que me resultó difícil hacerle preguntas tan directas. Pero fue importante. Ahora tenía pruebas irrefutables de lo que le habían hecho. Pruebas que podría presentar al mundo para tratar de evitar que a otros niños les suceda lo mismo.

Nos detuvimos a la entrada del barrio de chabolas. Al final de la carretera estaba la casa de Guynot y, a sus espaldas, el mar. Construida sobre pilares, imponente en comparación a las viviendas que la rodeaban, parecía la morada de un señor feudal, severo y amenazante desde las alturas de su fortaleza.

Bajamos del coche y caminamos entre las casetas de madera en busca de dos jóvenes que habían sido víctimas de los abusos del francés. Vibol preguntó a unos vecinos, luego a otros, hasta que dimos con la casa; una habitación de forma irregular, sin ventanas, construida con láminas de eucalipto y cañas de bambú.

La madre de los jóvenes nos recibió con calidez. Nos invitó a pasar al interior de la vivienda y nos ofreció té. Otra mujer sola, de escasos recursos, al frente de varios hijos. Décadas de intervención extranjera, de guerra civil, habían terminado con varias generaciones de hombres, y eran ahora las mujeres y los niños, indefensos y mutilados, quienes pagaban las consecuencias de los grandes juegos del poder. Primero fueron los franceses, que, a finales del siglo XIX, colonizaron la península para conseguir, como lo había hecho Inglaterra, las materias primas que les permitieran llevar adelante su propia revolución industrial. Luego, tras la descolonización, fueron los soviéticos, los chinos y los estadounidenses quienes movieron sus fichas en la región, obsesionados por repartirse el mundo parapetados tras la excusa de la Guerra Fría. El rey Sihanouk, quien diera nombre a la ciudad en que ahora nos encontrábamos, tras echar a los franceses, se puso a favor de Vietnam del Norte, pues se oponía a la injerencia de Estados Unidos en la región. Aunque era un hombre muy excéntrico —esposo de cinco mujeres, padre de trece hijos, coleccionista de coches antiguos, clarinetista de jazz, compositor de canciones populares, director de pésimas películas de cine, actor de teatro, dramaturgo y consumidor compulsivo de paté y caviar—, apostó por apoyar al comunismo por considerarlo un mal menor. Como consecuencia, y sin una previa declaración de guerra, Estados Unidos dejó caer en Camboya, un pequeño país de siete millones de habitantes, cuatro veces más bombas que durante toda la Segunda Guerra Mundial. En venganza, al igual que el rey, los campesinos se volcaron masivamente en favor de los jóvenes combatientes de la guerrilla comunista, los jemeres rojos. Hasta cierto punto, la actuación de Estados Unidos dio apoyo popular y legitimidad a esos insurgentes que, tras llegar al poder en 1975, perpetrarían el mayor genocidio de la segunda mitad del siglo XX: un millón de muertos.

Quizá fuera casualidad, pero todos los niños que habían sufrido los abusos de Guynot provenían de familias escindidas, fragmentadas. Tal vez

los había escogido de forma consciente, para evitar la posible venganza de un padre furioso. Quienes lo conocían, coincidían en que Guynot no era como el italiano: era astuto y calculador, sabía lo que hacía.

Vibol le habló a la madre acerca del juicio. Le explicó cómo debería dirigirse a los abogados, ya que ella también declararía, al igual que las madres de todos los jóvenes involucrados. Después le pidió a los jóvenes, dos hermanos de doce y trece años de edad, que se cambiasen. Iban a pasar la noche en la pensión, con los otros niños. El parecido entre los jóvenes resultaba extraordinario. Eran casi idénticos, sonrientes, tímidos, delgados, de pelo rizado. Su historia no había sido muy distinta a la de los niños que nos aguardaban en la pensión. Captados por los asistentes camboyanos de Guynot, fueron a trabajar a la casa cuando tenían nueve y diez años de edad. Se suponía que el mayor se encargaría de limpiar los coches del negocio para los turistas y que el menor ayudaría en la cocina. Como les sucedió a los otros niños, Guynot no tardó en exigir, además del trabajo, que complaciesen sus deseos sexuales. Y, una vez más, utilizó la ilusión de los niños por conseguir el dinero que les permitiría ayudar a sus familiares para lograr que accedieran a sus demandas. Supongo que, una vez que partieron rumbo a la casa del extranjero rico, les resultó sumamente difícil volver atrás, renunciar a la posibilidad, más cercana que nunca, de terminar con las penurias de sus seres queridos.

De regreso en el coche, Vibol me propuso pasar unos minutos por la casa del francés. «¿Por qué te preocupas? —me dijo—. Es él quien ha hecho algo terrible y debería esconderse, no nosotros.» Hacía once horas que había partido de Phnom Penh y no cejaba en su entusiasmo, no dejaba de explicar una y otra vez a los testigos cómo sería el juicio, no paraba de alentar a los niños, de escucharlos, de protegerlos. Pocas personas había conocido tan comprometidas y motivadas. Era un privilegio estar a su lado.

La casa fue creciendo en tamaño, avanzando sobre nosotros, lóbrega, amenazante, como si aún reverberase el dolor que se había causado en su interior. A unos doscientos metros de la entrada, nos detuvimos. «¿Ves ese contenedor pintado de rojo? —me preguntó Vibol—. Allí es donde encerraba a los niños.» Junto a la casa, había un contenedor con el número veintidós pintado en uno de los costados, que Guynot había acondicionado como depósito. «Ahí, detrás del corral, está la piscina. El francés obligaba a los niños a bañarse desnudos, y aquella ventana corresponde a la sala de torturas.»

Un joven salió de la casa con un palo en la mano y avanzó hacia nosotros. Sin decir palabra, nos dimos la vuelta y regresamos al coche. Una vez en su interior, camino a la ciudad, Vibol afirmó: «Es uno de los asistentes de Guynot. Ya lo verás mañana en el juicio».

De regreso en la pensión, Vibol y los coordinadores comenzaron a preparar los últimos detalles del juicio. Una de las preocupaciones de Vibol era que la prensa sacase fotos de los niños, ya que en Camboya no existen leyes que obliguen a respetar su identidad. Por esta razón, tras hablar con el juez, decidió que irían a la audiencia dos horas antes del comienzo, en una camioneta que los dejaría en la puerta misma de la sala, desde donde seguirían el juicio. Tras ver la sala, uno de los coordinadores dijo que era demasiado pequeña y que pasarían calor. Así que se pusieron todos en campaña para conseguir ventiladores. Hablaron con el dueño de la pensión, recorrieron varias tiendas, hasta que al final compraron dos. Por otra parte, aún no se había puesto de acuerdo en cómo irían vestidos los niños. No sabían si se pondrían sus mejores ropas o si irían como visten habitualmente. Al final, decidieron que usarían la misma vestimenta que usaban todos los días, para dar constancia de su origen humilde, para ser lo más honestos posible en todos los aspectos del testimonio que iban a dar.

A eso de las ocho de la tarde, Vibol reunió a todos los niños en una habitación y les habló del juicio. Les dijo qué clase de preguntas les iban a hacer, en qué tono. Les pidió que se mantuvieran tranquilos, que dijeran sólo la verdad y que tratasen de hablar alto y claro. Los niños que conocía del hogar estaban menos comunicativos que de costumbre. Al acercarse la hora del juicio, como es comprensible, comenzaban a ponerse nerviosos.

En lugar de en la pensión, para dejar más espacio a los niños y a Vibol en la preparación del juicio, decidí alojarme en un hotel vecino. A eso de las diez de la noche terminé de comer y me acosté. Aunque los turistas no dejaban de pasar con sus motos, me quedé dormido. Había sido un día largo: la partida al alba de Phnom Penh, la carretera a Sihanoukville, el encuentro con Ny, la visita a la casa de Guynot.

Una música estruendosa, que hacía temblar las paredes, me despertó una hora más tarde. En la primera planta del hotel debía de haber un bar o una discoteca. Desvelado, comencé a pensar en Guynot. La verdad es que me producía una profunda desazón. ¿Por qué un pederasta genera semejantes sentimientos? ¿Por qué me habían temblado las manos delante del hombre del malecón? ¿Por qué ahora no podía dormir?

Durante varias horas traté de encontrar respuesta a esta pregunta. Quizá el abuso de menores resulte tan oscuro y terrible porque significa destruir de lleno, sin miramiento alguno, lo más puro, lo más vulnerable de la especie humana: la infancia. Un golpe violento, tremendo, despiadado, contra algo tierno, indefenso. Un grito salvaje, primitivo, de regreso a los tiempos más oscuros de la vida del hombre.

A las cinco de la mañana la música terminó. Por el ruido que escuché durante la noche en los pasillos, comprendí que se trataba más bien de un

hotel de paso, quizá para prostitutas y clientes, que un alojamiento formal. Desde la calle llegaban las voces de los turistas. Algunos cantaban, otros daban gritos, borrachos, tambaleándose, ya de camino a casa.

3. EL JUICIO A GUYNOT

Estaba allí cuando llegamos. Solo, fumando un cigarrillo, de espaldas al patio del juzgado. Al pasar por su lado, los niños no pudieron evitar un instante de vacilación. Ni ellos ni Vibol esperaban encontrarlo tan temprano.

Dentro de la sala, nos dirigimos a la pequeña habitación desde la que los niños seguirían el juicio. Conseguimos sillas y tomamos el té que los coordinadores habían traído en un termo. Los niños permanecían en silencio, sentados en círculo, aguardando a que empezara el proceso. El inesperado encuentro con el francés no había sido muy agradable.

Cuando regresé al patio, la silueta de Guynot se recortaba en la bruma matinal junto a la de otro hombre, Tepirith Nou, su abogado. Un prestigioso profesor de derecho penal de la Universidad de Phnom Penh que hasta ahora había llevado la defensa con muy buenos resultados: había logrado posponer seis meses el primer juicio y había conseguido, presentando informes médicos, que su cliente aguardara el nuevo proceso en su casa y no en la cárcel. Según el alegato de la defensa, en 1998 Pierre Guynot padeció un infarto de miocardio. De regreso en Francia le practicaron una operación a corazón abierto. Por esa razón, no estaba en condiciones de permanecer en la cárcel. Las ONG no sólo se sentían defraudadas por la laxitud del sistema penitenciario, sino porque el médico de la embajada de Francia había escrito una carta al juez pidiéndole que tuviera en cuenta la precaria salud de Guynot. Un par de veces escuché quejarse a Vibol: «En la embajada francesa se preocupan mucho por Pierre, lo vienen a ver, escriben cartas a su favor, pero por los niños ni siquiera han preguntado, nunca han venido a verme para saber cómo están».

Al poco tiempo llegaron al patio del juzgado los primeros medios de comunicación, rostros que recordaba del proceso contra el italiano y del restaurante del FCC: el corresponsal de Associated Press, un reportero del *Cambodia Daily*, y una joven australiana, Bronwyn Sloan, que desde hacía dos meses cubría en la región noticias para EFE, la agencia española de noticias. El periodista de AP se acercó a Guynot para hacerle unas preguntas, pero éste lo apartó con un gesto de desdén. Fue su abogado quien le explicó que al final del juicio daría una conferencia de prensa, pero sólo para aquellos medios que no lo habían difamado.

La naturalidad del periodista de AP, un joven camboyano que había estudiado en Estados Unidos, me alentó. Respiré hondo, me acerqué a Guynot y le dije: «Sé que no va a hablar hasta el final del juicio. Sólo

quiero decirle que vengo de España, que estoy haciendo una investigación sobre el turismo sexual y que me gustaría conversar con usted para que me cuente su versión de lo que ha sucedido. Le dejo mi tarjeta a su abogado». Por primera vez, Pierre Guynot se dio la vuelta. Me miró fijamente. Era alto, más alto que yo. Debía de medir un metro noventa. Llevaba la misma barba sin bigote que en las fotos y el pelo echado hacia delante. Permaneció en silencio. Parecía lejano, ausente. «Muchas gracias», le dije, y me fui.

Mientras aguardaban el comienzo del juicio, los periodistas intercambiaban pronósticos acerca del veredicto. Para mi sorpresa, todos coincidían en que Guynot saldría libre. Corría el rumor de que los magistrados habían sido comprados. David Shaffel, el reportero del *Cambodia Daily*, parecía ser el más convencido: «Este hombre es capaz de todo. Estuve en su casa entrevistándolo y no tiene remordimientos. ¿Por qué te crees que ha venido tan temprano? Para intimidar a los niños, para que recuerden qué les hizo y sientan miedo. Es un sádico. Y lo peor de todo es que va a salir libre. Estoy seguro».

El juez entró en la sala, avanzó hasta el escritorio desde donde guiaría el proceso y nos pidió que tomáramos asiento. Guynot, que parecía conocer bien el procedimiento, permaneció de pie, ya que la acusación iba a leer los cargos que había presentado en su contra. Yo estaba en una de las últimas filas, junto al traductor que Vibol me había conseguido para que pudiera seguir el juicio.

A diferencia del juzgado de Phnom Penh, donde había sido procesado el italiano, éste se encontraba limpio y en orden. El juez, con su toga negra, sus anillos de diamante y su reloj de oro, pidió a los periodistas que salieran de la sala. Daba la impresión de ser un hombre de carácter fuerte. Lo único que desentonaba en la sala era una motocicleta que, por alguna extraña razón, había sido dejada en un rincón.

Los fiscales hablaron durante casi una hora, describiendo con sumo detalle los delitos cometidos por Guynot. Dieron lugar y fecha de todo lo acontecido. Uno de ellos, que había sido alumno del abogado defensor, trabajaba de oficio; el otro había sido contratado por un grupo de ONG. A pesar de su juventud, ambos hablaron con firmeza, en alocuciones que me parecieron sentidas, precisas y bien construidas.

Además de Guynot, estaban acusados sus tres ayudantes camboyanos, a quienes hacía llamar «sus hijos». La fiscalía consideraba que habían intimidado a los niños para que accedieran a los deseos del francés. El mayor de estos jóvenes, de veintidós años de edad, era considerado culpable de haber encerrado en el contenedor durante dos días a uno de los niños.

Una vez que los fiscales terminaron de exponer su versión de los hechos, comenzó el turno del abogado defensor. Como era de esperar, denunció que su cliente se encontraba allí porque había sido víctima de una confabulación. Los niños estaban siendo utilizados por personas sin escrúpulos que, por diversos motivos, querían dañar a Pierre Guynot.

Mientras hablaba el abogado de la defensa, me di la vuelta para ver a Vibol. Estaba de pie junto a la puerta de la habitación donde aguardaban los niños. A través de los cristales de la puerta, ellos seguían el juicio. Como no había suficiente espacio, se turnaban para poder ver lo que estaba sucediendo. Vibol me miró un instante y, sin perder la seriedad, me hizo un gesto positivo con la mano. Todo iba a salir bien.

El gobierno de los jemeres rojos llegó a su fin con la invasión del ejército vietnamita. Pensando que contaba con el apoyo incondicional de China, Pol Pot, líder de los jemeres rojos, provocó deliberadamente a Vietnam. El gobierno de Vietnam, confiado en su capacidad militar tras haber derrotado a la nación más poderosa del planeta, no dudó en atacar a las fuerzas de los guerrilleros maoístas, obligándolas a buscar refugio en las zonas rurales del país.

Trece años más tarde, en el seno de Naciones Unidas se promovieron las primeras elecciones democráticas en Camboya. Los albores de la democracia fueron difíciles. Los distintos factores de poder debían encontrar un equilibrio, un reparto inteligente de las responsabilidades que podían ejercer en el nuevo sistema. Durante algunos años, los únicos extranjeros que llegaban a Camboya eran diplomáticos, periodistas o miembros de agencias de ayuda multilateral que intentaban colaborar en el proceso de reconstrucción del país. Pero cuando la situación comenzó a estabilizarse, los turistas comenzaron a llegar en masa, atraídos por la deslumbrante belleza de Angkor Wat. El punto de inflexión en este proceso fue 1998, año en que, superadas las últimas tensiones internas, el gobierno abrió de par en par las puertas a los visitantes.

Resulta curioso que ya entre estos primeros extranjeros llegasen hombres dispuestos a tener relaciones con menores. Thierry y Vibol no dejan de recordar que, en 1995, había docenas de hombres en Phnom Penh que daban dinero a niños a cambio de sexo. Como me contó Thierry en el hotel Cambodiana, el lugar de encuentro era la piscina del Estadio Olímpico, frente al juzgado número uno de Phnom Penh, donde, ironías de la vida, fue juzgado Alain Berutti.

En Camboya tuvo lugar, como se suele decir en estos días, una suerte de efecto llamada. El país llevaba apenas tres años de vida en democracia y ya el gran entramado del comercio sexual estaba en marcha, como lo había estado en los momentos culminantes de la guerra de Vietnam,

cuando miles de soldados occidentales viajaban a Phnom Penh en busca de distracción. Sería interesante saber de qué manera funcionó ese efecto llamada. ¿Cómo llegó a oídos de esos hombres que en 1995 iban a diario a la piscina del Estadio Olímpico a buscar niños que luego llevaban a sus hoteles, la noticia de que Camboya era un país abierto a la pederastia? ¿Fue acaso por su proximidad a Tailandia que los pederastas dieron por supuesto que podrían hacer lo que quisieran? ¿Fue acaso el recuerdo de aquellos años en que las tropas norteamericanas transformaron Phnom Penh, Manila y Bangkok en grandes burdeles?

Thierry afirma que hay diplomáticos y miembros de agencias internacionales de cooperación que eligen destinos como Camboya porque saben que en ellos pueden dar rienda suelta a sus perversiones. Hombres que viven sólo para su trabajo y que viajan de país en país, llegando a perder, hasta cierto punto, las referencias que puede tener quien se integra de lleno en una sociedad, echa allí raíces y debe responder a normas más concretas. Algo parecido, me explica, le sucede a los sacerdotes católicos, que no crean una familia ni se establecen definitivamente en un lugar, viviendo así un poco al margen de las reglas que condicionan a otros hombres, careciendo de los frenos que puede tener quien siente el deseo de tener relaciones sexuales con niños pero forma parte de un medio en el que debe reprimirlos. Para Thierry, son estos hombres quienes comienzan el ciclo de la corrupción porque pagan a un niño, y luego a otro, hasta crear una oferta entre las familias pobres, que ven en ese negocio una forma de mitigar la miseria. Después, llegan los visitantes. En primer lugar, hombres de negocios que viajan regularmente al país. Y luego, turistas que llegan cuando ya se sabe abiertamente en todo el mundo que Camboya es complaciente con los pederastas. Las acusaciones contra el embajador australiano en Camboya, y los comentarios relacionados con varios diplomáticos franceses, corroboran en buena medida la teoría de Thierry.

Buscando en los periódicos de la época, encontré una estadística reveladora: cuando las fuerzas de Naciones Unidas llegan a Camboya en 1991, unas seis mil prostitutas trabajan en Phnom Penh. Al año siguiente, el número de trabajadoras sexuales se triplica. Los veintidós mil civiles y militares que llegan del brazo de Naciones Unidas, en su mayoría hombres, poseen una moneda fuerte, con la que parece que se puede comprar cualquier cosa, y han llegado sin sus familias, pues Camboya es aún un país poco seguro. El fenómeno que tuvo lugar durante la guerra de Vietnam se repite. El oficial extenuado, bajo una gran presión, compra sexo para evadirse, para mitigar la soledad. Seguramente, entre todos esos hombres estaban quienes se acercaron por primera vez a la piscina del Estadio Olímpico para hacerse amigos de los niños que allí nadaban.

De las consecuencias de aquellas primeras elecciones organizadas por la Autoridad Provisional de Naciones Unidas para Camboya (APRONUC) da

un lúcido testimonio el escritor italiano Tiziano Terzani en su libro *Un adivino me dijo*. En esta obra, Terzani critica que los grandes poderes internacionales hayan tratado a Camboya como si fuera un tablero de ajedrez, como lo habían hecho durante la Guerra Fría, ya que en vez de encontrar una salida justa a los problemas del país, acordaron una vía intermedia negociada que, ante todo, no molestase a las miembros del Consejo de Seguridad. Como ejemplo menciona la falta de voluntad para procesar a los miembros de los jemeres rojos, pues China, que los había respaldado desde el principio, no quería que fueran llevados a juicio.

Otro de los errores de la actuación de la comunidad internacional que Terzani describe es que abriera las fronteras del país sin restricciones, sin dar tiempo a los camboyanos a prepararse, a sanar sus heridas, y dejándolos así a merced de los inversores internacionales, que rápidamente hicieron de Camboya una nación de ricos y pobres, elevando el nivel de vida de los políticos corruptos y de la burguesía urbana, y degradando aún más a los campesinos a la explotación y el fracaso. Para Terzani, la llegada masiva de extranjeros asestó un duro golpe a la cultura jemer, que, tras salir del control vietnamita, no tuvo la oportunidad de encontrarse a sí misma, no tuvo tiempo de tomar conciencia de sus propias virtudes y poder negociar de igual a igual con quienes venían de fuera.

Hay un dato que ofrece Terzani y que es terrible: cada uno de los hombres que llegaron con Naciones Unidas a Camboya tenía a su disposición 150 dólares para gastar al día, más de lo que un camboyano gana en un año. Dinero suficiente para comprar lo que se quiera en un país vencido, arrodillado, degradado.

Para el psicólogo estadounidense Mark Gold, una vez abierto el camino por los soldados de Naciones Unidas, los pederastas llegaron tan rápidamente a Phnom Penh porque están en constante búsqueda de nuevos lugares, atentos a los sitios pobres que, de repente, abren sus fronteras, ya sea porque salen de dictaduras o porque se liberan del yugo colonial. Así, me explica, en una época iban a Sri Lanka o a las playas de la India, luego a Tailandia, Brasil y Filipinas, y ahora se desplazan de forma masiva a Camboya, Bali y Nepal. Los pederastas son aves migratorias que llegan a un lugar, producen un tremendo daño y, cuando la sociedad reacciona, buscan otro destino.

El perfil de Pierre Guynot, quien, tras viajar por varios países de Asia, fijó su residencia en el sur de Camboya, creando un feudo con reglas propias, ajeno a los ojos del mundo, se ajusta en cierta medida a las descripciones hechas por Mark, Thierry y Vibol.

El primero de los niños en declarar fue Sokha, a quien la fiscalía seguramente eligió por su madurez. Como decisión era muy buena, ya que

a los otros niños les daría confianza ver a su amigo prestar testimonio sin miedo.

Ante los tres jueces que dominaban la sala, de pie, a pocos centímetros de Guynot, Sokha explicó con claridad lo que había vivido desde que aquel amigo en la escuela le comentara que trabajaba en casa de un extranjero que le pagaba muy bien. Aunque ya había escuchado su testimonio en el hogar, no pude dejar de conmoverme, sobre todo porque una de las mujeres que estaba delante de mí era su madre.

Tras responder a las preguntas de la fiscalía, que fueron pocas, porque Sokha hablaba con decisión, llegó el turno de la defensa. Tal vez fuera por la preparación que le dio Vibol o por su propia inteligencia y recursos, pero fue eludiendo una a una las preguntas del abogado, sin caer en dudas ni contradicciones.

Una vez que la defensa hubo terminado, el juez principal interrogó a Guynot. Sin mirar ni siquiera un instante al niño que estaba a su lado, respondió al principio en jemer, acentuando tonos e inflexiones, y luego, quizá por una cuestión de nervios o de conocimiento insuficiente del idioma, en francés. Según su versión, el niño había trabajado en su hogar, eso era todo, nada de abusos ni favores sexuales. Sokha, que apenas le llegaba a los hombros, lo miraba fijamente, pero Guynot no le hacía ni caso, como había hecho cuando todos llegaron al juzgado. Durante las once horas restantes, hasta el momento del veredicto, Guynot lucharía por no mirar a los niños. Sus ojos iban de los fiscales al traductor, y de éste a los jueces. Tanto buscaba Guynot evitar a los niños, que, cuando estaban a su lado declarando, se abstenía de mirar a su propio abogado, pues estaba situado junto a ellos. La verdad es que no me quedaba claro si era una forma de mostrarles que se sentía molesto por lo que le estaban haciendo, como suponía David Shaffel, o si era una cuestión de culpa, incomodidad o vergüenza.

En cada una de las declaraciones el juez aplicaría el mismo sistema: ante cualquier duda formularía preguntas a Guynot, a sus hijos, a las madres de los niños o al mismo Vibol. De este modo, el proceso se hacía bastante lento, ya que la participación de un niño iba acompañada por numerosas preguntas a otras personas.

Una vez que Sokha terminó de dar su testimonio, regresó al final de la sala y entró en la habitación en la que estaban los demás niños. Al pasar a su lado, Vibol le dio una palmada en la espalda.

El siguiente niño en subir al estrado fue el menor de los hijos de Ny. Descalzo, como siempre solía ir, con pantalones cortos, se detuvo junto a Guynot y dijo en voz alta su nombre.

El juez lo observó con curiosidad, levantándose las gafas. Siguiendo el procedimiento habitual, el fiscal se puso de pie y explicó que el niño no sólo había sido víctima de abusos por parte de Pierre Guynot en varias

ocasiones, sino que había permanecido encerrado contra su voluntad en un contenedor de la casa. En este delito de privación ilegítima de la libertad participaron también los asistentes de Guynot, en especial el mayor de ellos, que fue quien cogió al niño del cabello, lo arrastró a través del patio de la casa y lo metió en el contenedor. Mientras el fiscal hablaba, su compañero acercó a los magistrados las fotos en que se veía el contenedor.

El hijo menor de Ny narró su versión de lo ocurrido y respondió a las preguntas de los jueces. Luego fue el hijo mayor de Guynot quien subió al estrado y declaró que había encerrado al niño para darle una lección porque lo había encontrado robando una gallina. Según explicó, lo dejó encerrado apenas veinte minutos, para asustarlo, y no dos días, como afirmaba el niño. A continuación, Guynot corroboró la versión de su asistente y los jueces volvieron a interrogar al hijo de Ny.

Finalmente, como las versiones de lo sucedido seguían enfrentadas, el juez ordenó que los jóvenes fuesen llevados a jurar ante la estatua de Buda que habían dicho la verdad. Yo salí con ellos. Quería ver en qué consistía aquella ceremonia y, de paso, fumar una pipa, ya que llevaba más de dos horas en el interior del juzgado.

La bruma se había desvanecido. El cielo se abría diáfano, profundo. Aturdidos por la luz del sol, los jóvenes se arrodillaron ante la estatua de Buda situada en una esquina del patio, mientras el guardia que los acompañaba se llevaba las manos a los bolsillos como si buscara algo que no lograba encontrar. Al verme con la pipa, se acercó y me preguntó si podía dejarle el mechero. De regreso en el pequeño templo, encendió dos delgadas barras de incienso que dio a los niños para que las sostuvieran entre las manos mientras juraban que habían dicho la verdad.

Tras la declaración de otros dos niños, que sirvieron para acentuar aún más el peso de las evidencias contra Guynot, el juez anunció un receso de dos horas para almorzar.

El chófer dormía en el asiento trasero del automóvil. Golpeamos la ventanilla para despertarlo y pedirle que nos llevara a comprar comida y bebida para los niños, que se quedarían en el juzgado a fin de evitar el encuentro con los periodistas. Durante el trayecto, Vibol me comentó que se sentía muy orgulloso de ellos. Hasta el momento lo estaban haciendo muy bien, con mucho valor y decisión. No era fácil, para niños de un origen tan humilde, hablar delante de tantas personas. Si todo seguía así, me aseguró Vibol, el juicio estaba ganado.

Una vez que dejé a Vibol, me dirigí al restaurante situado frente al juzgado, donde, al pasar con el coche, vi que estaban comiendo algunos de los periodistas.

Cuando me senté a la mesa estaban hablando, como no podía ser de

otra manera, de los pederastas. Bronwyn Sloan había entrevistado a Alain Filippo Berutti en los días previos al juicio. Tanta lástima había sentido por él que, una vez condenado a diez años de cárcel, había comenzado a visitarlo regularmente. Le llevaba periódicos, chocolate, ropa. «Es un buen chico, el problema es que tuvo una infancia muy dura, con muchos problemas.»

Todos coincidían en que el italiano había pagado por muchos otros que llevaban años abusando de niños en las calles. Había sido lo suficientemente torpe para dejar que lo cogieran in fraganti y carecía del dinero o los contactos necesarios para presionar a las autoridades. Sin duda, era la antítesis de Guynot, que no había dudado en contratar al mejor abogado de Camboya, hacer huelga de hambre y realizar todas las llamadas necesarias para quedar en libertad. Uno de los periodistas dijo que el padre de Guynot era senador en París, de ahí el apoyo de la embajada. David le dijo que, según la información que tenía, el padre de Guynot había sido directivo de Elf durante el gobierno de Mitterrand. A tal punto llegaba la astucia de Guynot que había logrado que en el legajo apareciera sólo su primer apellido. De este modo, era más difícil saber realmente de dónde venía. (Su segundo apellido lo sabríamos más tarde: De Boismenu.)

Todos coincidían en que la condena al italiano era un hecho sin precedentes que enviaba un mensaje claro a quienes acariciaban la idea de viajar a Camboya en busca de relaciones sexuales con niños. Si el juez llegaba a condenar a Guynot, hecho que todos consideraban poco probable, el mensaje sería más contundente aún.

Lo que yo no sabía era algo que comentó David: en Battambang, al norte del país, sería juzgado pocos días después Luigi Falchi, un italiano al que habían encontrado manteniendo relaciones sexuales con varias niñas. La versión que me dio David es que se trataba de un joven de treinta años de edad, con serios problemas mentales, al que había venido a acompañar durante el juicio un hermano gemelo que también medía dos metros de estatura y padecía problemas mentales.

El periodista de la DPA recordó el caso de John Keeler, un profesor de inglés de un colegio de Phnom Penh que había sido encontrado en las afueras de la ciudad haciendo fotos pornográficas a niñas de entre nueve y once años de edad. Según el corresponsal de la agencia de noticias alemana, el verdadero punto de inflexión en la conducta de las autoridades camboyanas había sido ése. Cuando el juez anunció a Keeler, que llevaba un año en la cárcel, que había sido condenado a tres años más de encierro, éste arrojó la silla en que estaba sentado y comenzó a gritar que lo habían engañado, que había pagado cinco mil dólares por salir libre. A los guardias que se acercaron para controlarlo les dijo a viva voz: «¡Vais a tener que matarme, porque sólo voy a volver a ese agujero muerto!

¡Muerto!».

Ciudadano británico, residente en Camboya desde hacía dos años, fue el primero en ser condenado, de la treintena de extranjeros detenidos por abusos a menores, a algo más que una multa o una breve estadía en la cárcel.

El juicio volvió a comenzar a las tres de la tarde. La fiscalía llamó a declarar al niño que más había padecido los abusos de Guynot. Había llegado la hora de hablar también de las fotografías y de la página web.

Phre fue el primer joven del barrio en trabajar para Guynot. A los nueve años llegó a la enorme casa situada al final del camino con unos pantalones y una camisa como únicas pertenencias. Durante cuarenta meses lavó los coches, sirvió la comida y padeció las perversiones del francés. Como no era un niño muy despierto ni de personalidad fuerte, permitió que hiciera con él lo que quisiese. En prolongadas sesiones fotográficas, lo ataba de manos, lo penetraba con distintos objetos, le pegaba con un látigo. Hasta que un día Phre no aguantó tanto dolor, escapó de la casa y, por azares de la vida, llegó a Phnom Penh, donde la ONG Friends, que desarrolla proyectos para menores de escasos recursos, lo acogió en su hogar del centro de la ciudad. Sebastien Marot, su director, a quien recientemente el gobierno australiano entregó la cruz de honor por su labor en favor de la infancia camboyana, sufrió una gran conmoción al descubrir no sólo las heridas que Phre tenía en la espalda, sino el candado que desde hacía semanas llevaba alrededor de los genitales. Para poder librar al niño del candado (que, según la interpretación de los psicólogos, Guynot colocaba a las víctimas como símbolo de propiedad sobre sus cuerpos), Sebastien tuvo que llamar a un cerrajero. Al día siguiente, con las fotografías y una declaración firmada por Phre en la que contaba todo lo que el francés le había hecho, los miembros de Friends se dirigieron a la policía de Phnom Penh.

Vibol trabajó durante años junto a Sebastien en Friends, hasta que un día decidió crear su propio proyecto, Our Home, y fue entonces cuando se puso en contacto con Thierry, y éste a su vez conmigo. A pesar de esta separación profesional, Vibol y Sebastien continúan trabajando juntos. En una reunión de las principales ONG de Phnom Penh se decidió que, antes de entablar una demanda formal, se trataría de recabar la mayor cantidad posible de pruebas. Fue así como, haciéndose pasar por un hombre de negocios, Vibol llamó un día a la puerta de la casa de Pierre Guynot.

Lo que encontró dentro de la casa corroboraba las afirmaciones de Phre. Unos cinco niños trabajaban en aquel momento cuidando los coches, limpiando, haciendo la comida. La excusa con la que Vibol se presentó era la posibilidad de enviar un grupo de niños de una ONG de Phnom Penh a

pasar unos días junto al mar en la casa de Guynot. En esta irónica representación, Vibol hacía de adinerado filántropo que quería hacer algo por los jóvenes pobres de su país.

Cuando Vibol me narró la visita a la casa de Guynot, además de una profunda admiración por lo que había hecho, experimenté una gran sorpresa. Tan amable en sus maneras, tan sosegado, había vivido más aventuras que cualquiera de las personas que conocía. En este mundo en el que tanta gente alardea de lo que hace y de lo que tiene, en el que todos parecemos tener algo que vender, es un privilegio estar junto a alguien que trabaja en silencio. Los meses que pasé a su lado fueron de constantes descubrimientos. Llegué pensando que se trataba de un tímido director de proyectos, y me fui de Camboya considerándolo uno de los seres más notables que he conocido jamás, así como una de las personas más coherentes y comprometidas con las que he tenido la suerte de trabajar.

Phre daba evidentes muestras de no ser un joven excesivamente lúcido. Con la boca entornada, los brazos colgando inertes a los costados y vestido a la última moda, se detuvo a pocos centímetros de Guynot y asintió lentamente cuando el juez leyó su nombre de la lista de testigos. Hacía ya varios meses que había abandonado el hogar de la ONG y había partido en busca de su familia. Era la primera vez que Vibol lo veía en mucho tiempo.

El fiscal explicó lo que le había ocurrido en casa de Guynot, pero cuando le preguntó qué recordaba de aquellos días, Phre le dijo que no mucho.

—¿El señor Guynot abusó de ti? —insistió el fiscal.

—No lo sé, no me acuerdo —respondió mirando al suelo.

—¿Cómo explicas estas fotografías, entonces? —le preguntó el otro fiscal poniéndose de pie y mostrándole una imagen en la que Phre aparecía con un candado alrededor de los genitales.

El juez se levantó:

—¿Sabes que por mentir puedes ir a la cárcel? Es mejor que digas la verdad, sea lo que sea lo que haya pasado.

Phre permaneció en silencio.

El abogado de la defensa intervino:

—Este niño no sabe ni leer ni escribir; cuando se fue a Phnom Penh le hicieron firmar algo que no comprendía y que son todo mentiras. Este niño estaba enfadado con mi cliente por una pelea doméstica, como sucede en muchas casas, por eso habló mal de él, pero ahora se arrepiente.

—Te repito que si levantas falso testimonio irás a la cárcel

—insistió el juez.

Phre rompió a llorar. Desconsoladamente, con la cabeza gacha y las manos a la espalda. El abogado defensor levantó el papel firmado por el

niño y dijo:

—Lo habéis obligado a firmar como habéis obligado a los otros niños. No tenéis más pruebas que el testimonio de estos niños manipulados a los que habéis prometido dinero a cambio de que vengan aquí a difamar a mi cliente.

Los fiscales se pusieron de pie y lo acusaron de haber intimidado al testigo. El juez hizo una señal a un guardia para que se llevara al joven, que no paraba de llorar.

Yo me di vuelta y observé a Vibol. Por la expresión de su rostro comprendí que lo que acababa de suceder no tendría muy buenas consecuencias sobre el veredicto. Los abogados discutían a viva voz.

A partir de ese momento, el desarrollo del juicio se volvió lento, complicado. El juez interrogó a varias personas. Intentó reconstruir la vida de Phre, su huida de la casa de Guynot y su llegada a la ONG. Cuando varios testigos hablaban al mismo tiempo o los abogados se enfrentaban en otra discusión, al traductor le costaba explicarme qué estaba sucediendo.

El juicio quedó visto para sentencia a las ocho de la tarde. Tras el testimonio de Phre, declararon tres niños más, entre ellos el hijo mayor de Ny, que subió también descalzo al estrado y respondió con menos convicción que su hermano. Hubo un momento, incluso, en que el juez le preguntó si sabía hablar jemer, provocando una sucesión de risas en la sala. Debo confesar que me dolió su falta de sensibilidad, su incapacidad para comprender lo difícil que es para cualquier niño, y más aún para un niño marginado, narrar ante docenas de personas cómo y por qué ha mantenido relaciones sexuales con un adulto. A medida que avanzaba el proceso, el juez, con sus anillos de diamante y su reloj de oro, su actitud autoritaria y sus comentarios irónicos, me parecía un personaje demasiado temperamental y consciente de sí mismo para administrar justicia.

En el patio del juzgado, con el sol ya ocultándose tras las palmeras que se alzaban contra el paredón del fondo, coincidimos todas las partes de esta historia, como en esas novelas policíacas cuyos personajes se reúnen antes del desenlace final, en los momentos previos a que el detective anuncie quién es el asesino. En un rincón se encontraban Guynot, su abogado y los tres jóvenes asistentes. En el centro del patio estaban los periodistas, y en la otra esquina, los fiscales, Vibol y varios miembros de ONG.

Aprovechando la compañía del traductor, me acerqué a hablar con uno de los fiscales. Le pregunté cómo había visto el juicio, y me contestó que no demasiado bien. El inesperado cambio de declaración de Phre había perjudicado a la acusación. Hasta cierto punto, era su principal testigo, el que aparecía en más fotos, el que había dado origen a la denuncia y la

encarcelación de Guynot. Al haber logrado que modificara su declaración, la defensa había creado un grado razonable de duda, tras el cual los jueces podrían ampararse para dictaminar un veredicto favorable al francés. Además, al haber afirmado la defensa que Phre había declarado bajo presión, podía presumirse que el resto de los niños también lo había hecho.

Resulta paradójico que esa misma noche, al mostrar las imágenes de Phre llorando, la televisión francesa afirmase «Al recordar los horrores vividos, una de las víctimas de Pierre Guynot no aguanta la tensión y rompe a llorar», cuando, en realidad, esas lágrimas no hicieron más que acercar a Guynot a la absolución.

En algún momento se especuló con que los jueces necesitarían un día más para estudiar el caso, pero no fue así: once horas de proceso les resultaron suficientes para evaluar si los hechos denunciados, que involucraban al menos a quince personas y que se habían desarrollado a lo largo de diez años, eran ciertos o no. Para lo que sí se tomaron su tiempo fue para dar el veredicto. Eran las nueve, llevaban una hora deliberando, y ya la noche había caído, poblada de trémulas estrellas, sobre nosotros.

El cansancio se manifestaba en la laxitud de las formas. Al principio del juicio todo había sido orden y corrección. Ahora los niños vagaban por la sala, inquietos, fatigados, con ganas de volver a casa. Unos periodistas locales, de pie junto a la mesa del juez, cogían la pistola encontrada en el domicilio de Guynot y hacían como que disparaban a los niños. Sobre ese mismo escritorio, y al alcance de cualquiera, estaban los archivos con las fotos.

Mientras tanto, afuera, en la oscuridad de la noche, los periodistas extranjeros, aún en corrillo, no dejaban de hablar, y Guynot, todavía en el rincón junto a su equipo, no dejaba de fumar un cigarrillo tras otro.

Al fondo del patio parpadeaba la luz del cubículo de cemento que hacía de baño. Ese baño que a lo largo del día había acogido en su interior, como una suerte de lugar neutral, a jueces, abogados, madres, niños y acusados. Pequeñas ironías de la vida, en su puerta se habían cruzado los personajes más antagónicos de esta obra que, a medida que pasaban las horas, a mayor distancia sentía de mí. Hubo un momento, minutos antes de la lectura del veredicto, en el que me crucé con Guynot en la puerta. «Disculpe que insista, pero me gustaría conversar con usted, me gustaría sentarme y que me cuente su versión de los hechos», le dije. «Estoy muy cansado», me respondió educadamente, y, sin darme la oportunidad de seguir, se dirigió hacia donde estaba su abogado.

El juicio había dado comienzo rodeado por una densa bruma matinal,

había progresado entre los incómodos resplandores de un sol implacable, y llegaba a su fin sitiado por el canto de los grillos, inmerso en la profundidad de la noche. El magistrado entró en la sala. Otra vez nos sentamos todos menos Guynot, que permaneció de pie. Rígido, firme, ensimismado, como si se encontrase lejos de allí.

El juez comenzó a leer el veredicto, un documento que debía tener al menos una treintena de folios. Por primera vez en todo el día reparé en que sobre su mesa había un retrato del rey Sihanouk. Cansado física y emocionalmente, recuerdo que le dije: «Querido rey, si en lugar de tocar tanto el clarinete te hubieses dedicado a cuidar de tu gente, yo podría estar paseando por la playa».

A medida que se acercaba al final, el juez apuraba la lectura. Ya eran las diez de la noche, habíamos llegado a las siete de la mañana, y aún seguíamos allí. También extenuado, el traductor describía vagamente lo que el magistrado iba leyendo:

«Ahora está hablando del arma encontrada en casa de Guynot... por su posesión ilegal lo condenan a seis meses de prisión». Pasaron varias páginas. «Acaba de condenar a tres años de cárcel al mayor de los jóvenes por haber encerrado al pequeño durante dos días en el contenedor.» Pasaron dos páginas más. El traductor pareció despertarse. Un murmullo recorrió la sala. «Lo acaban de dejar en libertad por falta de evidencias; queda libre, ni siquiera tiene que indemnizar a los niños ni pagar las costas. ¡Libre!»

Tras leer las últimas palabras, el magistrado salió rápidamente de la sala. Guynot, que parecía no haber asimilado aún la información que acababa de recibir, permaneció firme, rígido, como si el juicio aún continuase. El cámara de Reuters se paró delante de él y comenzó a filmarlo. Los periodistas, que seguían la lectura desde la puerta, se acercaron a los fiscales, a los testigos, a Vibol. El abogado le dio la mano a Guynot y

éste, como si acabara de despertarse, sonrió. Se dio media vuelta y le tendió la mano a los dos jóvenes fiscales, saludándolos en inglés. Los niños, que habían seguido la lectura del veredicto desde la sala, salieron, guiados por los coordinadores, por una puerta lateral. Vibol daba la impresión de haber recibido un duro golpe.

Un periodista local se acercó a Guynot, que con lágrimas en los ojos le dijo que en su vida había tenido dos resurrecciones, una el día en que lo salvaron del infarto, y otra ese mismo día, pues había llegado al final del calvario que vivía desde hacía catorce meses. Uno de los coordinadores de la ONG que había acogido a Phre me dijo en francés: «Es la corrupción, hasta que no deje de haber corrupción estos hombres podrán seguir haciendo lo que quieran a nuestros niños. No entiendo cómo nuestros gobernantes no lo entienden. Éstos son niños camboyanos, son el futuro de

nuestro país».

Como ya había pasado seis meses en la cárcel, Guynot no debía cumplir condena por la tenencia ilegal del arma. Abandonó la sala junto a su abogado y dos de sus jóvenes ayudantes. El tercero, que había sido condenado por encerrar al menor de los hijos de Ny, había huido antes de la lectura del veredicto y permanecería prófugo durante meses. En la puerta del juzgado, varios periodistas se acercaron a Guynot acompañados por sus cámaras y equipos. Al ver a David Shaffel, Guynot le preguntó:

—¿Tú de qué medio vienes?

—Soy del *Cambodia Daily*, tome mi tarjeta —le dijo David. Guynot tomó la tarjeta, la leyó y, con un gesto que me pareció sumamente teatral, la rompió en varios trozos.

—Tú eres una escoria, has venido a mi casa y has escrito todo lo que has querido. Eres un mentiroso, una basura. —Y, dirigiéndose a los otros periodistas, añadió—: Íbamos a dar una rueda de prensa para cobraros cien dólares a cada uno, a ver si de esta manera me devolvéis un poco del dinero que me habéis hecho gastar con vuestras mentiras. Pero nos vamos, no quiero hablar con vosotros, y digáis lo que digáis, en Camboya hay justicia, y hoy ha quedado demostrado.

Guynot y los suyos caminaron por la calle del juzgado rumbo al lugar donde habían dejado el coche. Yo me acerqué. Cuando estaba a punto de hablarle, sonó un teléfono móvil. Era su madre, desde Francia, que quería saber cómo le había ido. «Muy bien, madre, estoy en libertad, soy libre, ya terminó la pesadilla, soy libre...» Durante unos minutos habló con ella. Otra vez comenzó a llorar.

Yo me aparté para que pudiera hablar en privado. Cuando terminó me acerqué.

—Disculpe, señor Guynot —le dije, y apreté el paso hasta alcanzarlo—. Me gustaría entrevistarlo, por favor, no es para una crónica para mañana ni para el mes que viene, es para una investigación profunda sobre el tema. Creo que su declaración puede ser muy importante, hasta ahora todo el mundo ha hablado menos usted.

—¿Eres de Madrid? —me preguntó.

—Soy argentino, pero trabajo en Madrid desde hace cuatro años.

—Si me traes las preguntas por escrito, te las responderé junto a mi abogado. Los periodistas ya me han causado bastante daño. Especialmente ese imbécil del *Cambodia Daily*... —A mitad de la frase se interrumpió, como si estuviera recapacitando—. Mira, mejor no, no tengo nada que decir, la justicia ya lo ha dicho todo. La justicia existe en este país.

—Por favor —insistí—. Sólo cinco preguntas, junto a su abogado, me parece muy bien, si quiere se las mando por fax esta noche, y así las

estudia.

—Cinco preguntas, por escrito, nada más —me dijo—. Y no vengas antes de las diez de la mañana, necesito descansar.

—¿En su casa?

—Sí, en mi casa.

4. REGRESO A PHNOM PENH

Aunque estaba exhausto y tenía ganas de dormir, hice un esfuerzo, me bañé y bajé a la calle a buscar algo de comer. A pocos metros del hotel, descubrí el Angkor Arms, un restaurante para turistas cuyas mesas en la terraza estaban vacías.

Mientras recorría el menú debatiéndome entre varias opciones, encendí el móvil y llamé a Vibol. Sabía que debía sentirse triste, abatido, y que le vendría bien un poco de compañía. Tras meses de trabajo, esfuerzo y compromiso emocional, no era fácil aceptar un resultado tan adverso.

El camarero apuntó mi pedido y desapareció en la cocina. Desde dentro del restaurante llegaba el clamor de los turistas. Jugaban a los dardos, bebían, bailaban. De fondo se escuchaban las noticias de la CNN.

Vibol llegó cuando me traían el primer plato. Se acababa de bañar y, por primera vez en mucho tiempo, en lugar de camisa llevaba una camiseta.

—Confiaron en mí. Creyeron que si luchaban... —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Y por mi culpa los han tratado como a perros.

—Vamos, Vibol, has hecho todo lo que podías. No es tu culpa que el sistema esté podrido. Hayan salido como hayan salido las cosas, tú les has demostrado que hay gente honesta, que se preocupa por ellos, que los quiere. Y eso es lo importante, no lo que opine un juez corrupto...

El camarero volvió con las patatas fritas que acompañaban al sándwich que segundos antes me había traído. Le preguntó a Vibol si quería alguna cosa. Yo le aconsejé que pidiera algo de comer, que le iba a venir bien. Pero no tenía hambre. Sólo quería una cerveza. Aunque nunca bebo, pedí una para acompañarlo.

—Durante el gobierno de Pol Pot todos sufrimos mucho

—me dijo—. Yo sufrí mucho, perdí a mi familia. Por eso no entiendo que se sigan cometiendo injusticias, que se siga creando más y más dolor cuando ya todos hemos sufrido tanto... No sé si habrá corrupción. Pero el juez vio las fotos encontradas por la policía. Las tenía encima de su mesa. Escuchó a los niños. Vio que eran los mismos que en las fotos, que estaban en la casa de Guynot… Si yo fuera el juez no aceptaría ese dinero. Es dinero sucio, manchado. Todo el mundo necesita dinero para vivir. Es muy importante. Pero esa clase de dinero está manchado con la vida de los niños…

El camarero trajo las cervezas. Vibol, que levantó la mirada para darle las gracias, tenía los ojos irritados. Supuse que había estado llorando.

—No sé cómo el juez ha podido actuar así. No lo sé —me dijo, tomó un trago y se quedó pensativo, ensimismado.

Parecía incapaz de comprender cómo alguien puede cometer deliberadamente un acto semejante. Por una parte, pensé que era extraño que alguien que trabaja en continuo contacto con lo más abyecto de la condición humana tuviera aún la capacidad de sentirse perplejo ante una injusticia. Por otra parte, vislumbro que ése es el secreto de Vibol, la razón que explica su férreo compromiso, su inalterable voluntad: por más decepciones que sufra, por más golpes y contratiempos, no deja de creer en la bondad de las personas; no deja de ver, ante todo, el lado positivo de nuestra especie, la compasión, el amor, la solidaridad.

—Supongo que vive en un nivel muy distinto al nuestro

—le dije—. Supongo que vive en su mundo de tramas de poder y que sólo ve a los niños como objetos y no como personas.

Varios turistas llegaron con motos a la puerta del restaurante, las aparcaron y entraron. Iban acompañados por jóvenes camboyanas.

—Si el juez comprendiera lo que los niños vivieron no habría actuado de esa manera —afirmó—. Yo sí lo comprendo. Sé muy bien lo que han pasado, por eso me duele tanto que las cosas hayan salido tan mal...

Noté que necesitaba contarme algo importante. En silencio, esperé a que continuara.

—Cuando los vietnamitas me enviaron a la selva, un oficial de su ejército me llamó por la noche a su oficina y me violó. Yo tenía dieciséis años; ahora tengo treinta y siete, y no pasa un día sin que piense en eso. Es terrible el daño que te hacen en el cuerpo, pero sobre todo en la mente. No puedes dejar de pensar. Y cada vez que piensas en eso te sientes triste. Tengo mujer y dos hijas, y aún recuerdo lo que me pasó, y recuerdo que lo más triste fue que estuve solo, que nadie me ayudó. Por eso hago este trabajo, para ayudar a los niños que pasan por lo mismo, para que al menos tengan alguien que los escuche, que los proteja.

Thierry me había comentado que Vibol había pasado momentos muy duros en su vida, pero pensé que se refería a la ejecución de sus padres por parte de los jemeres rojos; no sabía que había sido víctima de abusos. En ese momento recordé a Urmi Basu, la directora de un proyecto para hijos de prostitutas en Calcuta, que con tanto fervor lucha para sacar a los niños de las calles y darles protección. Ella también me había te años uno de sus tíos la había tocado por las noches, sin que sus padres se enteraran— y que ahora trabajaba para que ningún otro niño tuviera que pasar por lo mismo.

Semanas más tarde, de regreso en Madrid, escribí un artículo acerca de lo que había vivido en Camboya. A raíz de esta crónica, publicada en *El Mundo*, mucha gente se puso en contacto conmigo. Querían ayudar a Vibol, enviarle dinero, manifestarle su apoyo y admiración. Una mujer de Valencia, con quien hablé durante horas por teléfono, me confesó que de

niña había padecido abusos y que por eso quería hacer algo para alentar a Vibol. En una de las conversaciones que mantuvimos, me dijo algo que fui descubriendo como absolutamente cierto: «Muchos más niños de los que te imaginas son víctimas de abusos. Pero nadie habla de eso. Es un tabú, algo que nuestra sociedad no quiere afrontar. Te sorprendería descubrir cuántas personas de quienes te rodean han sufrido abusos».

El camarero nos trajo la cuenta. Por ley, a la una de la mañana el Angkor Arms tenía que cerrar. Del interior del restaurante salían extranjeros en traje de baño, en camiseta, acompañados por sus novias, por sus amigos, por jóvenes prostitutas de Phnom Penh. Se subían en motos de alquiler, caminaban hacia la discoteca del hotel. Es extraño cómo estando en un mismo lugar se puede tener una percepción tan distinta de lo que sucede. Seguramente, Vibol y yo recordaremos Sihanoukville con amargura; los turistas que avanzaban sonrientes a nuestro alrededor, sin embargo, como el escenario de unas buenas vacaciones.

—Vibol, siento mucho todo lo que has pasado —le dije mientras cruzábamos la calle—. Y si hasta ahora te he admirado, sólo puedo darte las gracias por todo lo que haces. No sólo les has dado a ellos razones para creer que es posible un mundo mejor, sino también a mí.

Al despedirnos, me hubiese gustado darle un abrazo, pero por desconocimiento de su cultura no me animé. Le di la mano, con mucho afecto, y me despedí. Envueltos en una estela de algarabía, los turistas entraban en la discoteca.

En la recepción me detuve, giré sobre mí mismo y vi a Vibol alejarse. Tenue y desdibujada, su silueta se recortaba bajo la luz de las farolas que flanqueaban la calle. Sentí que estaba solo en su lucha.

Como la noche anterior, la música hacía temblar las paredes. En la penumbra, una lagartija de piel apergaminada se colaba bajo los muebles, trepaba por los azulejos del baño, avanzaba entre las grietas del techo. Al igual que mis pensamientos, parecía incapaz de detenerse.

Cada vez que intentaba conciliar el sueño, el encuentro que me esperaba al final de la noche tiraba de mí y me devolvía a la vigilia. Una y otra vez me quedaba dormido para, a los pocos minutos, volver a imaginarme sentado frente a Guynot, en las entrañas de su casa, rodeado por sus asistentes, haciéndole preguntas.

Pobladas de sueños cortos y fragmentados, las horas pasaron, y cuando el despertador sonó por fin yo estaba con los ojos abiertos, maldiciendo el momento en que había puesto pie en Camboya.

Los niños estaban viendo la televisión. Habían desayunado, se habían

cambiado y se encontraban listos para regresar a Phnom Penh. La verdad es que los veía tranquilos, descansados. De algún modo, habían superado una dura prueba. Fuera cual fuese el veredicto, el difícil momento de declarar, de enfrentarse otra vez a Guynot, había pasado.

Vibol me dio también la impresión de estar mejor. Llevaba nuevamente una camisa y, junto a uno de los coordinadores, redactaba el texto de la apelación que esa misma mañana presentaría en el juzgado.

Me senté con los niños. En el canal de televisión vietnamita emitían ahora un programa en el que, sobre un escenario abarrotado de malas publicidades, los concursantes se sucedían rivalizando en la interpretación de canciones tradicionales.

Le pedí a uno de los coordinadores que estaba sentado junto a los niños que les preguntara qué opinaban de todo lo que había pasado.

Varios niños hablaron al mismo tiempo, pero Sokha, como siempre, fue el que continuó.

—No hay justicia porque somos pobres. Ellos tienen dinero y hacen lo que quieren. Te dicen: «Te doy mil dólares si no declaras», «Te doy dos mil dólares si le dices a la policía que no recuerdas lo que pasó». Hacen lo que quieren porque tienen dinero.

El hijo menor de Ny agregó:

—Las personas no tienen respeto por los niños pobres. Nos pegan, nos insultan, nos tocan, porque vivimos en casas de madera, porque no tenemos comida y andamos descalzos.

No sabía hasta qué punto conocían las causas de lo que había ocurrido el día anterior. Al escuchar sus respuestas, me di cuenta de que comprendían mejor que nadie lo que había sucedido. Después de todo, habían sido marginados desde el día en que nacieron; una y otra vez habían experimentado el rechazo, la injusticia, la exclusión. Es curioso, y no sé por qué me sucede, pero a veces pienso que la gente humilde no es absolutamente consciente de su condición.

Sokha y el hijo de Ny comenzaron a conversar. Le pedí al coordinador que les preguntara qué sintieron al subir al estrado y declarar ante los jueces.

—Es difícil hablar de cosas tan privadas con gente que no conoces. Contar a todas esas personas lo que el extranjero nos ha hecho —contestó otra vez Sokha. El niño del que se había burlado el juez bajó la cabeza. Los otros miraban al televisor, pero era evidente que estaban escuchando—. No es fácil hablar de estas cosas con personas que no conoces. Por eso hablamos todos en voz baja, porque cuesta mucho decir con voz fuerte las cosas que el extranjero nos hizo.

—¿Y qué sentisteis ayer al estar tan cerca de Guynot? —les pregunté—. ¿Lo odiasteis? ¿Le tuvisteis miedo?

Otra vez varios niños hablaron al mismo tiempo. Creo que el

coordinador tradujo la opinión del otro pequeño que aparecía en las fotografías con un candado alrededor de los genitales.

—El extranjero no es el culpable. Culpable es la gente que lo deja en libertad, que le permite que ahora haga a otros niños lo que nos hizo a nosotros.

Vibol entró en la habitación. Venía a buscarlos para ir al juzgado a presentar la apelación antes de partir rumbo a Phnom Penh.

—Esperamos que lo metan en la cárcel aquí y que después lo metan en la cárcel en su país —dijo Sokha—. Y esperamos que el gobierno de Camboya, y que los gobiernos de todos los países del mundo, protejan a sus niños, aunque sean pobres como nosotros.

Mientras el coche avanzaba por la carretera, me pregunté qué pensarían los niños si supieran que tras hablar con ellos me había sentado en una mesa a conversar con Guynot. Tuve muchas dudas. ¿Por qué dar voz a una persona que había causado semejante daño? ¿Qué tendría de enriquecedor su testimonio?

No sé si fue por miedo a hacer daño a los niños, que tanto habían confiado en mí, o por el temor que me producía el enfrentarme a Guynot, pero en aquel momento albergué serias dudas (tanto es así que en varias ocasiones estuve a punto de pedirle al chófer que diera la vuelta). Dudas que, tras publicar el artículo en *El Mundo*, comenzaron a despejarse. En una de las largas conversaciones que mantuvimos, la mujer de Valencia me había dicho: «Falta información, falta diálogo, hay que hablar del tema para que la gente tome conciencia de lo que les está pasando a los niños. Habría que escribir muchos más artículos como el que tú has escrito».

De regreso a Madrid, descubrí cuán poca información existe sobre los abusos a menores. No superan la docena los estudios e investigaciones que se han publicado en los últimos años, ya sean periodísticos, literarios o científicos. Paradójicamente, un problema que afecta a dos millones de niños en Asia, a más de quinientos mil en América del Norte y que de forma periódica asoma su perfil en los medios de comunicación pero sin encontrar el espacio adecuado para provocar el indispensable debate que debería tener lugar en nuestras sociedades.

La obra que en los últimos tiempos se anunció como «el gran libro sobre el turismo sexual» fue *Plataforma*, de Michel Houellebecq, aunque creo que se trató de una estrategia comercial, ajena al autor, ya que el libro no profundiza en este problema, más bien se limita a tratar de conmocionar a la apática burguesía europea, como ya lo hiciera Houellebecq en sus anteriores obras: recuperando el tono narrativo de Louis-Ferdinand Céline, recreando su hastío vital y su rabioso sentido común.

Al encontrar el cartel que, con el torpe retrato de un corredor de fórmula uno en su coche, indicaba el desvío a la casa de Guynot, doblamos a la derecha y nos adentramos en el camino de tierra que conducía primero al barrio de chabolas y luego al hogar del francés.

Guynot intentó cumplir con lo que se había prometido a sí mismo, pero no pudo. Fue incapaz de dejar que el abogado respondiera a mis preguntas. Eso sí, hablamos en inglés para que pudiera entendernos.

—Ayer, durante el juicio, se cuestionó que usted sólo contratara a niños para trabajar en su negocio. El fiscal dijo que era la prueba de su culpabilidad, que un hombre normal no habría contratado sólo a niños.

El abogado intentó hablar, pero él lo interrumpió. Se notaba que tenía un temperamento fuerte.

—¿Qué quieren? ¿Que contrate lindas chicas para que trabajen en un negocio de *karts*? ¿Para que empujen los coches y reparen los motores? No, para eso necesitas muchachos. ¿Y por qué tan pequeños? Porque en esta cultura se debe respeto a las personas más mayores que uno, y yo no podría ser el jefe de alguien mayor que yo. Además, la gente de cincuenta o cuarenta años no tiene las mismas habilidades que la gente menor de treinta. Tenía un muy buen jefe de mecánicos, de veinticuatro años, y necesitaba que los empleados fueran más jóvenes que él. Así que estaba condicionado por su edad. Si contrataba empleados mayores no lo iban a respetar, así que necesitaba chicos menores de veinticuatro años. Yo hice todo esto con él. Seguramente conoce este lugar mejor que yo, y lo necesito como mi mano derecha. Así que debo tener gente más joven que él. Gente de veintitrés, veintidós, veintiuno...

Estábamos sentados en el primer piso, a la única mesa de la sala. Él descalzo, con pantalones cortos, dejando que el cigarrillo que sostenía en la mano se consumiera sin darle una calada. Yo me sentía menos intranquilo, pues, más allá del énfasis con que hablaba, me había tratado con suma amabilidad.

Rodeada de vastos cristales que se extendían del suelo al techo, la habitación parecía la torre de control de un aeropuerto. Al frente se veían la pista de *karts*, los tejados del barrio de chabolas y la carretera; a un lado, el contenedor con el número 22 en el que fue encerrado el hijo de Ny durante dos días, y al fondo la piscina, el campo y el mar. Un paisaje de lánguidas ondulaciones verdes. Un lugar de gran belleza.

—Ayer se mostraron fotos tremendas, de niños torturados.

¿Qué tiene que decir acerca de estas acusaciones?

—¿Tortura? Ningún niño se quejó de tortura. Sólo la historia de los candados. Dicen que les puse candados para que no se fueran. Pero, si lo piensas realmente, si hubiesen querido escapar, lo habrían hecho a la

comisaría de policía que hay allí, a dos kilómetros de distancia, o a la comisaría central de policía que está a tres kilómetros y medio de aquí. ¿Por qué fueron a Phnom Penh? ¿Cómo llegaron a las manos de la ONG que presentó la denuncia a la policía?

—¿Y cuál es la historia de las fotos? Porque las fotos existen, yo las vi, y en ellas aparecen muchos de los niños que trabajaban para usted.

—En la del candado sale la cabeza de uno de los niños, el que lloró ayer en el juicio, pero el cuerpo no es suyo, es de otro niño. Esa foto es un montaje. Y me contó mi abogado que en mi primer legajo en Phnom Penh había fotos de otro juicio. Pero todo ha sido así, desde el principio mi caso estuvo lleno de irregularidades y mentiras en la acusación. Y los niños comenzaron diciendo que yo los había sodomizado. Y ahora dicen que sólo fue sexo oral. Cuando estás marcado por un hecho así, no te olvidas ni te equivocas, piensas en eso todos los días, y vas agregando detalles, uno tras otro, vas recuperando recuerdos. Pero es siempre la misma historia. Los niños declararon cuatro veces y las cuatro veces contaron una historia distinta.

—Los niños viven desnudos hasta que les sale la barba, doce, trece, catorce años… algunos tardan mucho en convertirse en adultos. Nosotros nos fijamos en los músculos y las facciones. Había un joven de dieciocho años que parecía mucho menor, que nadaba desnudo con los niños de cinco y seis… Es un problema de dinero. No podemos darle el bañador gratis. Es dinero, jabón para lavarlo, agua caliente. No podíamos darles bañadores a todos por una cuestión de presupuesto. Entonces les dijimos:

«Báñate con tu bañador». Pero no tenían bañador. Sólo los pantalones sin bañador. Y nadaban desnudos. Dicen que yo les decía que se bañaran desnudos para poder sacarles fotografías. Pero yo sólo hice fotografías de los clientes, para no tener que contar, para saber quiénes se meten en la piscina. Al principio no hicimos la piscina para los niños. La hicimos para crear un hotel a su alrededor. Y para eso tuvimos que hacerla antes. Por una cuestión de plan de construcción. Y si cobro a los camboyanos por usar la piscina es porque si no les cobras no la valoran. Así son. Y por eso no valoran la ayuda internacional. Y por eso les cobro. Y a los que tienen menos dinero les digo

«Está bien, págame lo que puedas, pero no te doy bañador», y es así cómo se bañan desnudos. Solían bañarse desnudos en el río, y así se bañan en la piscina. En el estilo de vida camboyano no hay problema en estar desnudo.

Este último argumento no me convenció. La teoría de la conspiración de las ONG, en la que luego insistiría, podía ser posible, así como la de contratar jóvenes porque son mejores para el trabajo, pero afirmar que la desnudez es natural en Camboya me parecía demasiado arriesgado. Cualquiera que haya estado en Asia sabe lo pudorosa que es la gente.

A esa altura comenzaba a darme cuenta que Guynot tenía una explicación para todo. Supongo que seis meses en la cárcel le habían dado tiempo para pensar una y mil veces las respuestas que daría para justificar su inocencia.

—Entonces, si usted es inocente, ¿cómo comienzan las acusaciones?

—Porque hay un niño que es amigo de otro niño que tuvo problemas aquí y se fue a una ONG a Phnom Penh para causarme problemas a mí. Aquí no hubo problema de abusos sexuales ni torturas. Aquí sí tuvimos problemas entre los empleados. Y uno de los empleados quiso traerme problemas como venganza. Él se lo dijo a la gente: «Voy a traer problemas».

—Y la declaración de los otros niños, ¿cómo es posible que todos los niños que trabajaron para usted afirmen que fueron víctimas de abusos?

—No sé quién está detrás de esta historia. No lo sé, por eso no lo puedo decir. Supongo que es alguien con mucho poder. Alguien cercano a Francia, con conexiones en los medios, con buenas relaciones. Esto es como la mafia. Puedes saber quién está en el tercer nivel, quizá quién está en el segundo nivel, pero nunca sabes quién es el cabecilla del movimiento.

Guynot hablaba apasionadamente, dando largos rodeos antes de llegar a la idea central. Su abogado, tras comprobar que no era de gran utilidad y que su cliente iba a decir lo que quisiese, se puso de pie y salió al jardín con su hijo, que debía tener cinco o seis años. Nos quedamos solos en la sala.

—Pero el problema es más grande que yo —continuó—. Destruyeron el honor y la reputación de Camboya. Mi vida no me importa, va a ser corta, porque el trasplante de corazón da una vida corta. Tal vez tenga cuatro o cinco años más de vida. Por eso, mi destino no me importa. Voy a la cárcel, no me importa. Igual voy a morir. Debes saber que hay un buen ejemplo de esto, su nombre es Bill Gates. Quienes, como él y yo, morimos y volvimos a la vida, sabemos qué camino tomar, conocemos el camino. No tenemos miedo. Sabemos qué debemos hacer al morir para alcanzar el cielo. Porque sólo hay nos importa. Pero me importa Camboya. Me importa este pueblo, esta ciudad. Me avergüenza que se ensucie el nombre de un lugar tan maravilloso como éste. Un lugar que puede ofrecer tantas cosas buenas para los que necesitan paz para sus vacaciones. Quizá sea demasiado tranquilo para algunos turistas, los que van a Phuket, Pattaya, Mónaco… Pero sé que hay muchos otros que querrían venir, y que tienen miedo por las falsas noticias que da la prensa. Aquí necesitamos inversiones para que los negocios prosperen. Para construir hoteles, para crear negocios para la salud…

Me pareció muy interesante ese lado místico, fatalista, que estaba mostrando. El hombre al que los médicos resucitan tras haber muerto

durante unos instantes. El hombre que se sabe tan cerca del fin que deja de interesarse por las consecuencias de sus actos. Como había hablado de su vida privada, aproveché para seguir preguntando en esa dirección, ya que con respecto a las acusaciones de la fiscalía no hacía más que repetir argumentos que tenía preparados.

—¿Qué le sucede en el corazón?

—Tuve una cardiomiopatía. Las fibras del corazón se vuelven lánguidas y débiles. Y el corazón pierde la facultad de bombear.

Yo sabía que en 1998 había tenido que abandonar Camboya por problemas en el corazón, y que en París le habían hecho un trasplante.

—¿Y le pusieron un corazón nuevo?

—Primero me conectaron durante cinco meses a una máquina, una bomba. Tenía un tubo, que iba a una bolsita, que iba a un ordenador, que estaba enchufado en la pared. Estaba viviendo como una nevera, como un televisor al que si lo desconectas se muere. La primera vez que desconectaron la batería, la máquina se detuvo y necesitaron tres segundos para volver a conectarla. Y cinco meses más tarde, el veinticinco de diciembre, me trasplantaron un corazón de alguien que murió. Es un regalo de Navidad muy especial. Todos los años pienso en la familia de la persona que murió… Esas personas decidieron el veinticuatro de diciembre dar la vida a otra persona… Tuvieron el valor para hacerlo, para dar el consentimiento y firmar...

En ese momento, para mi más absoluta sorpresa, comenzó a emocionarse. En unas pocas preguntas había pasado del enfado y la vehemencia a las lágrimas.

—Y yo fui el ganador de esta historia… Ahora lo que me entristece es que digan que Camboya es corrupta, porque está mal y no es bueno para Camboya. Es mentira. Camboya es un país honesto, limpio. Hay errores, hay puntos de corrupción. Pero ¿no los hay acaso en España, en Francia, en Inglaterra? Si fuera sólo por mí, lo aceptaría. No me importa lo que me suceda. Pero me importa lo que se diga de este país.

Guynot se puso de pie y cogió un pañuelo de la barra. En ese momento entró en la sala Phre, el joven que el día anterior había cambiado su declaración durante el juicio. Al verme se sorprendió. Sin duda, su presencia allí reforzaba las afirmaciones del fiscal de que el francés le había pagado para que modificara su testimonio. Pero preferí no hacerle preguntas acerca de él. Por alguna razón, Guynot se estaba abriendo. Y me estaba dando claves muy importantes acerca de quién era. Cuando regresó dejé que siguiera hablando.

—No es fácil comprender la libertad que da el haber muerto antes. Te da la libertad para vivir, para pensar, para volver al cielo… A mí no me importa. Ayer, cuando oía al abogado de las organizaciones de derechos humanos hablando de explotación de niños, tortura de niños, secuestro de

niños, fotografías de niños en Internet… Todos saben que hacer una página web con fotos de niños es imposible. En Estados Unidos hay un espacio donde se puede hacer pornografía, incluso con niños. Pero fuera es imposible. Hay suficiente policía en todo el mundo que investiga en Internet todos los días. Si yo hubiese creado una página web, me habrían llevado a la cárcel los australianos, los belgas, los franceses, los holandeses, los americanos, los canadienses. No el Ministerio del Interior de aquí. Incluso la CIA me hubiese atrapado. Gente mucho más grande que cualquier ONG hubiese venido a secuestrarme porque no les gusta ese negocio. Así que eso es imposible. Cuando oí decir que yo había creado una página web, le dije a Dios «Ha llegado el momento, llévame contigo», que es lo que le escribí a mis padres en una carta el otro día. Quizá ése no era el momento. Tenía que llegar al veredicto, y ahora la apelación. No sé qué va a pasar con mi vida. Y no me importa. Las ONG, la CIA, la Interpol, no me importan porque no he hecho nada malo. Estuve muerto antes. No estoy vivo como vosotros. Tengo una perspectiva distinta.

—Su vida cambió para siempre tras el problema de corazón.

—Yo no tengo vida —me respondió con gravedad, lejos ya de las lágrimas—. Yo soy un fantasma. Con ropa y cuerpo, pero un fantasma. Yo siempre supe que iba a tener una vida corta, pero por alguna razón las cosas salieron mal y sigo aquí. Yo pensaba que iba a morir y resucitar sin acordarme de mi vida anterior. Pero el cielo quiso que yo resucitara, acordándome de mi vida anterior. No sé… No creo que haya una voluntad en el cielo. El cielo está mejor equilibrado que el mundo. No hay voluntad. El cielo es el lugar donde no hay nada y donde todo es posible. En francés se dice *vacuité*...

—Vacío.

—Sí, vacío. El cielo está vacío, pero al mismo tiempo está lleno de todo, ése es un principio budista… He leído mucho. Y ahora lo comprendo. Es una experiencia fantástica… Pero esto viene de antes. De niño tenía pesadillas que no eran pesadillas pero lo parecían. Porque de niño vi el cielo. Podía ir y venir, ir y venir, de la tierra al cielo. Y cuando morí la primera vez tuve esa misma pesadilla. Y luego comencé a ser como cuando era niño. Podía ir y venir al cielo. Antes de la cárcel, tenía un libro de filosofía, que no podía comprender. Pero tras la cárcel y la huelga de hambre que hice para protestar por mi encierro, comencé a comprender lo que ese libro decía, y ya pude conectarlo todo, mi infancia, la filosofía, el cielo… Quizá somos como un ordenador. Quizá tengamos dentro de nosotros una memoria RAM a la que no sabemos llegar… No es improbable. Quizá en Europa la gente corre tanto que no tienen tiempo para conectarse con esta memoria. Yo tardé diez años en dejar Europa, tranquilizarme y conectarme con esta parte de mí. Por eso es importante que la gente venga a Camboya y se pase tres semanas caminando por aquí.

La insistencia en que había muerto y resucitado, y que ahora era una persona al borde de la muerte, para mí tenía dos lecturas. Por una parte, podría ser una forma de inspirar lástima, ya que se siente menos reprobación por una persona enferma que por una sana. Y él sabía que, aunque el juez lo absolviera de los principales cargos, todo el mundo lo consideraba culpable. Por otra parte, podría marcar un punto de inflexión en su vida. Antes del ataque al corazón, residía en Camboya y abusaba esporádicamente de los niños. Pero después, al tener la certeza de que no tenía mucho tiempo de vida, decidió que haría realidad sus fantasías y comenzó a torturar a los niños y a sacarles fotos. Pues, como él decía, ya nada le importaba. Estaba más allá del bien y del mal.

Aprovechando la mención a Europa, le pregunté cómo era su vida allí.

—En Europa no hay mucho que aprender. Era el primero en radio en Francia. Era el primero en televisión. Podría haber sido el mejor en Internet, pero me vine aquí. Soy muy curioso. En Francia tenía mucho dinero, pero si trabajas todo el día ya no tienes tiempo para aprender. Aquí puedo aprender acerca de los vegetales, acerca del clima, de la cultura. Y con la televisión por satélite, puedo también ver el mundo. Aquí estás lejos del movimiento del mundo, pero muy cerca.

—¿Tenía mujer en Francia?

—Estuve casado, pero no me quedé con ella porque no nos llevábamos muy bien, y yo sabía que le iba a causar un montón de problemas y que ella no me daría la felicidad. Ella quería tener hijos, pero yo sabía que si teníamos hijos los íbamos a hacer infelices a ellos también. Así que a los seis meses comencé a decir: «No, tenemos que separarnos». La dejé; estuvo muy triste, pero se volvió a casar y tuvo hijos.

—Durante el juicio, el fiscal también le preguntó cómo podía vivir sin mujer.

—Desde el día en que fui arrestado por la policía hasta hoy han pasado catorce meses. Durante estos catorce meses no he practicado el sexo. Entonces, ¿por qué no iba a vivir sin sexo durante los tres años anteriores, o cinco, o diez? Ésa es la idea… Si yo fuera un cura católico, no podría resistir. Pero yo tengo la libertad para ir a cualquier prostíbulo y tener relaciones. Quizá, como tengo la libertad, no pienso en ello. Si no la tuviera, quizá pensaría en eso todo el día. Entre nosotros, si estoy alterado camino, nado, me ayudo con la mano. —Por primera vez desde que estoy con él, se ríe—. En Francia, escuché hablar de un nuevo grupo sexual. La primera vez que lo escuché me pareció muy ingenioso. Este hombre decía que era *monosexual*. Creo que es hermoso.

En lo que llevábamos de conversación había pasado del enfado a las lágrimas y ahora a la risa. De algo estaba seguro: se trataba de un hombre sumamente inestable, con cambios repentinos de humor, pero no por eso era descortés. La verdad es que me trató con mucho respeto. Me invitó a

un vaso de agua. Me ofreció un cigarrillo. Incluso, después de haber dicho lo de *monosexual*, se disculpó por si había sido grosero. Sin duda, se trataba de un hombre complejo, escindido, difícil de descifrar.

—¿Y cómo llegó aquí? ¿No es mejor Tailandia para invertir?

—Estuve en toda la región antes de establecerme aquí. Antes de partir de Europa pesaba noventa y cinco kilos. Cada vez que venía a Asia perdía cinco o seis kilos de grasa. Sentía que mi vida era mejor en Asia que en Europa. Físicamente, estaba mejor aquí. Quería vivir en Asia. Fui a Indonesia, Malasia, Tailandia. Llegué a Camboya por equivocación, en los años noventa. La primera vez que salí del hotel en Phnom Penh era todo oscuridad. El fin del mundo. Se cortaba la luz a las seis. Era espléndido y horroroso al mismo tiempo. Conocí gente. Me enseñaron el camboyano. Yo les enseñé francés. Y poco a poco fue surgiendo la idea de quedarme aquí.

—¿Y cómo fueron los primeros tiempos en Camboya?

—Éste es un pequeño país en el que todo se sabe. Más que en Suiza y quizá igual que en Andorra. Entonces, cuando toman una decisión, la toman por consenso. Antes de que me dejaran establecerme aquí, tuve muchas reuniones. Me observaron durante un año, antes de permitirme comenzar a trabajar. Tardé cinco años e invertí medio millón de dólares para conseguir todo lo que ves aquí.

—¿Y no le interesa, ya que ha invertido tanto dinero, cerrar las puertas a los pederastas, que espantan al turismo?

—Llevo años oyendo historias de pederastas. Dicen que unos alemanes llegaron de vacaciones con dos niños que apadrinaban, y que unos ingleses los escucharon gemir desde fuera de la habitación, y les dieron una paliza. Pero ¿cómo sabían que eran pederastas? He oído cientos de historias de pederastas junto al río Mekong en Phnom Penh. He ido varias veces en los últimos años y nunca he visto un solo pederasta. Quizá no tenga ojo para verlos. Quizá hace falta tener buen ojo para verlos. A veces, cuando algún extranjero llega con un niño y me dice que es su padrino en una ONG, y que lo trae a la playa para regalarle unas vacaciones, me fijo en los niños, si parecen felices, libres, equilibrados, o no. Si percibo algo malo o no. Por estar con niños, ¿tengo derecho a asumir que son pederastas? En nuestra ley, nuestra ley civilizada, eres inocente hasta que no se demuestre lo contrario. Estos hombres parecían inocentes. ¿Por qué tengo que llamar a la policía? ¿Por qué puedo sospechar que son pederastas? ¿Y si realmente son los padrinos de los niños, y les mandan dinero para que vayan a la escuela? Se necesitan pruebas para acusar a alguien.

Vibol me llamó al teléfono móvil. Había terminado, me estaba esperando. Le dije a Guynot que debía irme.

—Entonces, para terminar, ¿cómo explica usted todo este problema?

—Creo que alguien poderoso dio la orden para quedarse con todo lo que tengo aquí. He invertido medio millón de dólares. Lo más caro ha sido

el tiempo perdido: aguardar a que me diesen las autorizaciones, aguardar a que pase el monzón, poner publicidad y esperar la llegada de los turistas. Tuve que esperar un año y medio antes de que el negocio comenzara a funcionar. Mucho tiempo. Así que tienes que tener mucho dinero para poder esperar tanto tiempo. Y yo lo tuve, y lo invertí y luego el negocio comenzó a funcionar y alguien se lo quiso quedar.

—¿Esa persona fue la que organizó a los niños?

—Se lo expliqué al periodista del *Cambodia Daily*, pero me engañó, me dijo que me quería ayudar y escribió en su periódico lo contrario de lo que le dije. Le dije que no estoy enfadado con la gente, porque aquellos con los que debería estar enfadado no sé quiénes son. Y no es la gente que puso la denuncia. Esa gente recibió dinero, pero no tuvieron ellos mismos la idea. Fue otra gente la que les dio la idea y le explicó la forma en que tenían que hacer la denuncia. Lo sé, por eso no puedo estar en contra de esa gente. Es gente humilde, sin educación, pobre en dinero, en formación y en conocimientos. Por eso, otra gente les trajo la idea de ganar en un día el salario de dos años. ¿Y quién se puede resistir a eso? En este país, dicen, es un extranjero, no tiene problemas de dinero, no importa. Ellos no saben que yo he invertido medio millón de dólares aquí, y que el juicio me ha dejado en la ruina.

Me puse de pie, guardé la cámara y me dirigí hacia la puerta. Él siguió hablando:

—Pero esto no es típico de Camboya. Esta historia no es una historia de Camboya. He pasado ocho meses en arresto domiciliario. Si hubiese querido, me podría haber escapado. No es imposible. Pero yo me quiero quedar aquí. Aquí lo tengo todo: mi negocio, mi casa, mi dinero. La única razón para volver a Europa es mi familia… Durante esos ocho meses sabía que me podían caer entre diez y veinte años de cárcel. Pero no me escapé porque yo me quiero quedar aquí. Quiero que me incineren en ese templo de allí. A partir de ayer, para los camboyanos soy inocente, pero las ONG insisten y tienen el respaldo de los medios de comunicación.

Mientras caminaba por el jardín hacia el coche, insistió varias veces en que me quedara a comer: «Tengo una pasta muy buena, que mi madre me envió la semana pasada». Le expliqué que esa misma tarde tenía que volver a Phnom Penh. Le di las gracias por todo y me subí al coche.

Por haber creado ese lugar perdido en el mundo, ese universo regido por sus propias leyes, había pagado un precio muy alto. Parecía encontrarse muy solo.

De regreso a la capital, Vibol durmió. Estaba exhausto. Mientras yo hablaba con Guynot, él había coordinado la apelación de los niños, además de organizar, por seguridad, el traslado de algunos de ellos a Phnom Penh.

Limpia de jemeres rojos, minas y ladrones, esa ruta, que en su momento tantos desvelos me provocó, ahora me resultaba extremadamente bella: las colinas, los arrozales, los niños jugando en los pueblos. Si Camboya había podido superar tantas adversidades, sin duda podría remontar una más. Aún había esperanzas.

EL AUSTRÍACO

1. UN MALENTENDIDO

Si el pederasta al que habíamos denunciado iba a ser llevado a la cárcel, entonces deberíamos reunir pruebas y testimonios para un posible juicio. La tarde en que llegamos de Sihanoukville nos encontramos con Thierry, le dimos las malas noticias acerca del juicio al francés y partimos en busca de niños que pudieran declarar en contra del hombre que vivía en el Angkor Guest House. Como ya habíamos hecho en tantas ocasiones, cogimos las motos y nos dirigimos a las inmediaciones del casino flotante.

Aunque el viaje había resultado extenuante, me alegraba estar nuevamente trabajando, pues era una forma de superar la decepción que significaba la absolución del francés. Seguir adelante a pesar de todo.

Sobre el malecón caía una débil llovizna. La brisa del río hacía cabecear los juncos que se agolpaban en sus orillas. Pero a la gente no parecía importarle. Los comensales continuaban allí sobre sus esterillas, los vendedores ambulantes en sus puestos de pescado frito, los mendigos guiados por sus lazarillos, y también los niños, que, con sus bolsas de arpillera al hombro, buscaban botellas.

En casa de Vibol, Thierry nos había comentado que el hombre no había sido arrestado aún, así que debíamos ir con cuidado, ya que podía estar en el malecón. Al no verlo, pensamos que quizá la lluvia lo había amedrentado. Aunque también consideramos la posibilidad de que el conserje le hubiese dicho algo. Pero Thierry lo defendió: si no nos había dicho nada a nosotros, tampoco se lo diría al hombre. Lo único que el chico quería era no meterse en problemas.

A quien sí vimos fue a un hombre de unos sesenta años de edad, con pantalones cortos, borceguíes de escalar y un peculiar sombrero gris al estilo cazador, que bajo una farola hablaba con varios niños. «No sabía que estaba de vuelta —nos dijo Vibol—. Es un americano al que ya denunciamos una vez. Va a Vietnam y viene. Se acuesta con niños, no tan pequeños como los del otro. De diez y once años de edad. Pensé que tras la denuncia no iba a regresar.» Al descubrir que lo estábamos observando, el americano se puso de pie y se marchó.

—Cómo odio este país —me dijoThierry—. Cómo lo odio… Encontrar a los niños de los que el extranjero había abusado fue mucho más sencillo de lo que suponíamos. Como si lo estuvieran esperando, permanecían allí, en el mismo trozo de malecón donde solían pasar las tardes a su lado. Vibol

les preguntó si habían visto al pederasta. Y los niños le preguntaron a cuál de los pederastas. O, para ser más exacto, a cuál de los «papás» o «tíos» como los llaman. Estaba el papá que vivía en el hotel grande, el papá que venía en el coche negro, el tío que vivía cerca del palacio. Saqué las fotografías del hombre que habíamos denunciado y se las mostré. Los cinco niños habían estado con él, cuatro allí mismo a cambio de un dólar, de un helado o de unas galletas, y otro en el hotel, llevado por su madre. Me resultó muy duro ver el gesto que este último niño hizo con la mano de la clase de caricias que el hombre le obligaba a realizarle en el pene.

Protegiéndose de la llovizna bajo un paraguas, Vibol tomó nota de los nombres de los niños y de los hombres de los que habían hablado. Más adelante, si el extranjero era detenido y la causa en su contra prosperaba, iríamos a ver a sus padres para que llevaran a los niños a declarar al juzgado. El que más nos interesaba era el niño al que su madre había acompañado hasta el Angkor Guest House.

Una vez anotada la información, nos subimos a las motos y partimos en busca de más testimonios a la otra parte del malecón. Cuantos más testigos tuviéramos, mejor sería, ya que seguramente algunos padres se negarían a dejar que sus hijos declarasen.

El sol, apenas visible tras las nubes, se estaba ocultando a espaldas del monumento a la Independencia. El roce de las ruedas contra el suelo mojado producía una suerte de siseo acompasado que marcaba el lento ritmo de nuestra marcha. Las luces de las farolas, restaurantes y tiendas comenzaban a encenderse, reflejándose en los charcos de agua que cubrían el empedrado.

Phnom Penh es una ciudad de extraordinaria belleza. Los palacios construidos por los franceses para realzar la autoridad del rey, los bulevares y los templos hacen de cada encuentro con las calles del centro un viaje en el tiempo. Pero también es una ciudad de tremenda sordidez. No sólo por los abusos a los niños, el americano del sombrero y el hombre que se sienta frente al casino flotante, sino por los burdeles, los karaokes y el multitudinario negocio que se mueve alrededor del sexo y que se encuentra en cada esquina, en cada calle, como los antiguos caserones coloniales y los templos.

Hay una estrategia de venta de las empresas que me resulta especialmente perturbadora. En todos los bares y en todos los karaokes hay varias chicas que tienen como objetivo inducir a los clientes a que consuman determinada marca de cerveza. Suelen ser chicas jóvenes, de rasgos refinados, que, exageradamente maquilladas, con minifalda y una banda al estilo concurso de belleza pero con el nombre de la cerveza cruzada sobre el pecho, van de mesa en mesa hablando con los hombres, que se ríen de ellas y las toquetean mientras tratan de hacerlos elegir la marca que promocionan, pues cobran en función de cuántas botellas de

cerveza se hayan consumido. Media ciudad está poblada de niñas con los colores de San Miguel, Heineken o Angkor, las cervezas que más se venden.

En su relato *Bailando en Camboya*, Amitav Gosh narra el viaje que el rey Sisowath y su ballet realizaron a principios de siglo a Francia. Y describe, como resultado de un exhaustivo trabajo de investigación, las reacciones que esta visita suscitó en la sociedad francesa, y en especial la del escultor Rodin, que experimentó una profunda fascinación al ver a las jóvenes del ballet real, al descubrir la gracia de sus movimientos y la extraordinaria hermosura de sus rasgos. Rodin pidió permiso al rey de Camboya para ir a visitarlas a sus recámaras y realizó varios dibujos de ellas hasta que se le acabó el papel. Dijo que nadie como las jóvenes bailarinas llevaba a tal extremo de perfección la naturaleza humana. Esas mismas chicas que hoy, sin haber perdido un ápice de esa belleza, de ese refinamiento, son utilizadas para incrementar las ventas de una marca de cerveza. A veces tengo la impresión de que sólo lo peor de nuestras sociedades llega a los países en vías de desarrollo. El respeto a los derechos de los niños y la libertad de expresión aún no han encontrado suelo fértil en Camboya. Pero sí lo ha hecho la estúpida noción de que el mercado, y su perversa lógica, debe prevalecer sobre la belleza y la sensibilidad.

En el segundo tramo del malecón, junto al templo y las mujeres que leen el tarot, encontramos a Thy, un joven de unos catorce años de edad que vive de tener relaciones con extranjeros. Sus lánguidas manos, sus rasgos afilados, tenían algo clásico, algo intemporal, y me hicieron pensar en lo acertado que había estado Rodin. Eso sí, dolía verlo vestido en harapos, sucio y descalzo, bajo la fina lluvia, sentado en el malecón a la espera de algún cliente.

Vibol le habló del hombre que habíamos denunciado, el que todas las tardes se sentaba frente al casino flotante. Y Thy le dijo que lo conocía. En una ocasión había mantenido relaciones con él. Lo había llevado a una casa, no muy lejos del monumento a la Independencia, lo había lavado, había mantenido relaciones sexuales con él y, a cambio, le había dado un dólar.

Nos pareció un hallazgo muy importante. No sólo mantenía relaciones en la pensión, sino también en una casa. Vibol le preguntó a Thy si se animaba a llevarnos hasta ella. Y Thy le dijo que sí.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana pasamos a buscarle para que nos guiara a la casa. Pero Thy no estaba. Así que tuvimos que recorrer en varias ocasiones el malecón hasta dar con él.

El día había amanecido despejado de nubes, y Thy se encontraba junto a varios niños de la calle jugando a las cartas a orillas del río, en un recodo que los ocultaba de la vista de los transeúntes. El sol se reflejaba en el agua iluminando el rostro de los niños que, sentados en círculo, apostaban billetes de cien riels mientras uno de ellos repartía la baraja.

Vibol, tan respetuoso como siempre, lo saludó y le dijo que cuando terminara viniera a buscarnos al FCC, a donde íbamos a desayunar. Una hora más tarde, Thy apareció. Según nos explicó Vibol, los niños de la calle tienen sus tiempos, no es bueno presionarlos, ya que se pueden asustar. Pasan hambre, padecen abusos, humillaciones. Lo único que tienen es su independencia, su libertad. Al igual que en Calcuta, son niños que se han enfrentado a graves problemas —palizas de padres alcohólicos, enfermedades, violencia comunal, hambre— y han puesto fin a esos problemas huyendo a las calles, escapando. Ahora sufren, es imposible negarlo, pero al menos tienen la libertad para salir corriendo cuando quieran, pues han aprendido que de esa forma pueden dejar atrás los problemas. Así que si algo tienen los niños de la calle, tanto en India como en Brasil, Kenia o Camboya, es esa maltrecha libertad. Y, como bien saben Thierry y Vibol, para ganarse su confianza, ante todo hay que respetar esa libertad.

Thy se subió en la moto junto a Cul, el coordinador del hogar, y partimos los cinco rumbo al barrio donde estaba la casa donde el extranjero había mantenido relaciones con él. Para nuestra sorpresa, se trataba de un barrio muy humilde en el que vivían prostitutas, vendedores ambulantes y desempleados. Gente, en su mayoría, llegada del campo, esa gente a la que, como con tanta inteligencia había percibido Tiziano Terzani, el sistema que las Naciones Unidas había impuesto en Camboya había hecho aún más pobre y marginada.

La casa estaba compuesta por varios paneles de bambú y una puerta de chapa cerrada con una cadena y un candado. Era una más de las muchas viviendas destartaladas que se sucedían en la manzana. Formaba parte de un barrio pobre, pero que por su proximidad al centro de la ciudad tenía cloacas y luz eléctrica.

Frente a la casa, Vibol le hizo varias preguntas a Thy, de las que tomaba nota en su libreta. El extranjero lo había llevado allí por la mañana. No había utilizado preservativo. A las dos horas lo había dejado marchar.

De los días en que trabajaba en la cárcel para la ONG Likhado, Vibol conocía a un hombre que vivía en el mismo barrio, no muy lejos de la casa donde el extranjero había estado con Thy. Cuando llegamos a la puerta, varios niños y una mujer comían arroz, y el hombre que conocía Vibol, con los brazos cubiertos de descoloridos tatuajes, dormía en una suerte de entrepiso hecho con tablas de madera. La mujer lo despertó, y el hombre,

en calzoncillos, salió a la calle a saludar a Vibol. Al fondo de la casa había encendido un enorme televisor en blanco y negro.

Vibol le mostró las fotos al hombre y le preguntó de qué país era ese extranjero, el que vivía en el barrio. El hombre miró las fotos y le dijo: «Éste no es el que vive en el barrio. A éste no lo conozco».

Entonces se las mostró a Thy. Pero Thy tampoco lo conocía. Nos explicó que con quien él se había acostado era uno que tenía los labios muy grandes, y frunció la boca tratando de imitar la fisonomía del extranjero.

El hombre nos dijo que quien vivía allí desde hacía mucho tiempo era un austríaco que todos sabían que llevaba niños a la casa y que ya había tenido problemas con algunos de los chicos del barrio. Un hombre que, como había dicho Thy, tenía los labios grandes. Y también él hizo un gesto con los labios.

Ni siquiera por un instante habíamos sospechado que estábamos siguiendo al extranjero equivocado. Thy había afirmado tan convencido que conocía al hombre que estábamos buscando que no le habíamos mostrado las fotos, y ahora nos encontrábamos frente a otro caso. Debo confesar que nos sentimos un poco torpes. Torpes pero afortunados.

2. UN NUEVO INTEGRANTE EN EL HOGAR

Al regresar de Sihanoukville, Vibol trajo consigo a varios niños por miedo a que Guynot tomara represalias. Habían perdido el juicio, pero al menos ahora tendrían la oportunidad de comenzar una nueva vida. Ir a la escuela, estudiar, aspirar a tener un buen empleo cuando fuesen mayores. El único problema era que en el hogar no había suficiente espacio. Había superado el número previsto de integrantes, incluso antes de que yo llegase a Camboya.

A Vibol se le ocurrió una idea. Envió a un coordinador a comprar cemento y ladrillos. Cerrarían la terraza del segundo piso, ganando así una habitación para los niños recién llegados. Todos los habitantes del hogar pusieron manos a la obra, y en tres días la habitación estuvo terminada. Resultaba conmovedor ver a los niños ayudar a los coordinadores, con sus palas, sus espátulas y sus gorros hechos con periódicos.

A esas alturas, era evidente que a mi regreso a Madrid tendría que ponerme en campaña para conseguir fondos para un nuevo centro de acogida. Thierry me comentó que estaba disponible la casa ubicada al final de bulevar Monivong, aquella que había visto con Vibol en 1995. Una vivienda fantástica, de tres plantas, con un gran jardín.

Tras haber descubierto, gracias a Thy, la casa del austríaco, le ofrecimos la posibilidad de que viniera al hogar. Parecía un joven sensible e inteligente. En el fondo, poca diferencia había entre carecer de suficiente espacio para cinco niños y carecer de espacio para seis, así que no dudamos en darle la posibilidad de probar por unos días. Thy, que se mostró un poco dubitativo ante nuestra propuesta, al final aceptó.

Los niños del hogar recibieron con mucho afecto a míster Thy, como lo llamaba cariñosamente Thierry. Dum le mostró dónde estaban las duchas, ya que lo primero que debía hacer era sacarse la ropa harapienta que llevaba y darse un buen baño. Sokha le dio jabón y una toalla.

Si hay un momento especial en el trabajo junto a estos niños es cuando dejan las calles y comienzan una nueva vida. Es un momento muy emotivo, reconfortante, pero también de gran incertidumbre. La vida que les ofrecemos es sin duda mejor, les abre las puertas de un futuro próspero, de una casa y una familia. El problema es que a muchos niños les da miedo

el cambio. No se creen capaces de conseguirlo. La sociedad los ha despreciado e ignorado tanto, que tienen un concepto muy bajo de sí mismos. Si a una persona se la trata desde que nace como a algo inferior, periférico, prescindible, es lógico que al final lo crea como cierto. Muchos de los niños que padecen hambre, marginación o abusos se consideran culpables de lo que les sucede. Y por eso, en ocasiones, cuando les ofreces la posibilidad de un cambio, la rechazan.

Vibol y los coordinadores del hogar trabajan mucho para mejorar la autoestima de los niños. Los escuchan. Los tratan con sumo respeto. Les dan pequeñas responsabilidades que poco a poco van cumpliendo, demostrándose así que son capaces de hacerlo.

Otra cuestión importante es la libertad. Cuando un niño entra en un hogar siente que está perdiendo eso que tan caro ha pagado, pero que al menos le ha ayudado a dejar atrás una situación de gran dolor. En este sentido, también Vibol y su gente trabajan para hacer que los niños se sientan protegidos, seguros. Es cierto que pierden parte de su libertad. Deben ir a la escuela. Hacer los deberes. Participar en talleres de formación profesional. Pero lo importante es que sepan que esa independencia no les es tan necesaria como antes, pues ya no se encuentran solos, abandonados a su suerte, en la calle. Están protegidos. Si tienen un problema, no hace falta que salgan corriendo. Lo pueden hablar con Vibol o con alguno de los coordinadores, que harán algo para buscar una solución. Quizá la clave del éxito de un hogar para niños de la calle radique en hacer que se sientan escuchados y protegidos.

Para poner en marcha el hogar, Thierry y Vibol alquilaron una casa en las afueras de Phnom Penh, en el barrio al que todos llaman *le quartier japonaise*, porque fue edificado con dinero donado por el gobierno de Tokio. Construida con madera, la casa tiene dos pisos, un sótano y varias ventanas protegidas por oscuras celosías, y está flanqueada por dos patios en los que los niños pueden jugar o hacer los deberes. En la planta baja se encuentran el comedor, la cocina y los baños, y en la primera planta están las habitaciones, la sala de informática y el aula para las clases de apoyo. La madera, de color oscuro, le da calidez al hogar, así como los maceteros con flores que la rodean.

Por las mañanas los niños se bañan, desayunan y parten rumbo a la escuela. Al mediodía regresan, toman el almuerzo, descansan. Y por la tarde hacen los deberes o asisten a los talleres de formación profesional en carpintería, albañilería y reparación de coches, que tienen dos o tres veces por semana. Sus nos, y terminan temprano, a eso de las nueve o diez de la noche. Cenan, leen o ven la televisión, y se van a dormir.

Los sábados juegan al fútbol y al voleibol en el patio, cantan y bailan

bajo la galería, permanecen en la primera planta jugando con los ordenadores y dibujando. Los domingos se van de excursión a las afueras de la ciudad, pues es su premio, el día en que pueden hacer lo que quieran. Los pocos niños que tienen familia suelen aprovechar para ir a ver a sus padres.

La elección de la casa es fundamental en esta clase de proyectos, pues si los niños no se sienten cómodos y a gusto, resulta más difícil que se queden. También es muy importante la elección del personal. En este sentido, Vibol ha hecho una gran labor. Cul, el coordinador principal, es sumamente amable con los niños y sabe, al igual que Vibol, ganarse su confianza, respetar sus tiempos y decisiones. La mujer encargada de hacer la comida, Nally, parece también una elección muy acertada. Siempre la he visto tratar a los niños con mucho cariño y esforzarse en prepararles comidas sabrosas y nutritivas.

La escuela a la que asisten ha sido también una buena decisión. Dirigida por monjes budistas, se encuentra cerca del hogar y tiene muy buena reputación. En Camboya, como en cualquier otro lugar del mundo, haber recibido una buena educación ayuda a encontrar trabajo una vez terminados los estudios.

En el hogar hay tres jóvenes que ayudan a los niños a hacer los deberes y repasar las lecciones que en clase no llegaron a aprender. Se trata de estudiantes universitarios que dedican sus tardes a los niños para ganar el dinero que les permita pagarse los gastos de la carrera. Vibol habla con ellos para que comprendan que están enseñando a alumnos especiales, niños a los que les cuesta un poco más sentarse, prestar atención, comprender la recompensa del trabajo intelectual, pero que, cuando ya están en marcha, suelen ser los mejores de su clase porque poseen una rapidez mental, a consecuencia de la vida en las calles, de haber tenido que emplear al máximo la inteligencia día a día para sobrevivir, insólita en jóvenes de su edad.

Parece lógico que un hogar para niños cuente con un personal amable y cualificado. Sin embargo, en los años que llevo trabajando en este campo he visto muchos centros de acogida en los que se trata a los niños con desdén, como si, por el hecho de ser pobres, no mereciesen un edificio bonito, en buenas condiciones, y una comida sabrosa, rica en elementos que los ayuden a recuperar los nutrientes perdidos. He visitado hogares, sobre todo en la India, en los que a los niños se les impone una disciplina prusiana, cruel, ausente de diálogo, que apenas sirve para devolverles la confianza en sí mismos, ya que tienen la misma responsabilidad que tendrían en una cárcel: obedecer en silencio, sin cuestionar las decisiones de quienes están al cargo. Cuando entras en uno de esos hogares encuentras miradas apagadas, perdidas, de niños introvertidos, taciturnos, a los que se está ayudando en lo material —imposible negarlo—, pero por

los que se hace poco en el plano más importante, el emocional.

Una vez que terminó de bañarse, Thy fue conducido al comedor, donde Nally le sirvió un suculento plato de fideos con pescado frito. En ese momento varios niños desayunaban, vestidos con sus uniformes de pantalón gris, camisa blanca y corbata, herencia del pasado colonial de Camboya. Apenas terminaron de comer, partieron rumbo a la escuela. Aunque llegaban tarde, se despidieron de Thy. Le hablaron. Todos sabían lo complicado que es ese momento. Todos habían pasado por lo mismo: de estar en las calles jugando a las cartas con otros niños, nadando en el río, buscando algo de comer en los cubos de basura o accediendo a las demandas de los extranjeros, a encontrarse allí, en un lugar limpio, ordenado, donde todo parece muy diferente y extraño.

Además de instrumentos de música, bicicletas, balones de fútbol y de voleibol, juegos electrónicos y ordenadores, los niños del hogar tienen un cachorro de largas orejas marrones y hocico negro al que han bautizado con el original nombre de

«Perro»; cruce de pastor alemán y raza autóctona que podrá quejarse de cualquier cosa menos de no recibir cariño. Cuando un niño no le hace caricias, otro lo lleva a pasear por el jardín, y otro, en una entrañable tortura, lo coge del lomo y lo sacude por los aires como si pudiera volar.

A primera vista, los niños parecen alegres. Es en pequeños gestos donde se descubren las profundas heridas que han padecido: una mirada ausente, un silencio inesperado que hablan de los difíciles momentos que les han tocado vivir.

De regreso en Europa, hablando con la psicóloga Analía Ungaro, le comenté que es por las noches cuando las consecuencias de todo lo que sufrieron parecen manifestarse de forma más evidente: tienen pesadillas, se orinan en la cama o tratan de tener relaciones sexuales unos con otros. Analía me explicó que, durante el crecimiento, la noche es el momento en el cual el niño se desprende de su madre y se encuentra consigo mismo. Todas las cargas y estímulos que le brinda el mundo externo quedan suspendidas y está solo. Si su mundo interno se encuentra convulsionado por los traumas sufridos, le resulta imposible conciliar el sueño. «Cuando se libra una guerra en nuestro interior, no hay momentos de paz posibles, y mucho menos durante la noche, en soledad, cuando las pesadillas se apoderan de nuestro descanso», me dice Analía.

Con respecto a la enuresis, o incontinencia urinaria, me explica que es un síntoma que pone de manifiesto la falta de control del niño sobre su cuerpo. Un cuerpo que ha sido invadido, ultrajado, ocupado por actuaciones externas, difícilmente puede lograr la conquista de sus propios esfínteres. Los niños del hogar no pueden dominar su cuerpo porque éste

ha sido tomado, controlado por otros.

En cuanto a la actitud de mantener relaciones sexuales entre ellos, o la masturbación reiterada, ambas, de manera compulsiva, responden también a un intento fallido del inconsciente de elaborar la situación traumática. «Repetir para no recordar», me aclara Analía.

Comprendidas las causas de estas conductas, me interesa saber de qué manera se pueden superar, si es que es posible superarlas. Y Analía me explica que los niños del hogar sólo lograrán modificar estas conductas cuando tomen conciencia del desamparo y el abuso al que fueron expuestos. El único camino posible es recordar para no repetir las acciones traumáticas, y para esto el primer requisito es un lugar seguro, como lo es el hogar, y luego el diálogo con profesionales.

En este contexto, nunca hay que reprocharles o exigirles un cambio brusco de conducta, ni hacer juicios de valor sobre su sexualidad, ya que se debe recordar que éstos son los caminos, los síntomas, que ponen de manifiesto sus traumas. Así como hubo, en algún momento, un ambiente que los enfermó, tiene que aparecer ahora un medio favorable y contenedor que les devuelva la confianza, los comprenda y tolere las manifestaciones de las situaciones traumáticas a las que fueron sometidos.

Una vez terminado el desayuno, los niños que no tenían que ir a la escuela llevaron a Thy a la sala de ordenadores. Aunque no somos muy partidarios de los juegos electrónicos, dejamos que, dentro de un horario determinado, los niños los usen porque los ayudan a familiarizarse con los ordenadores. Además, sienten tal fascinación por ellos que contribuyen a que quienes acaban de salir de la calle tengan menos deseos de abandonar el hogar.

Uno de los profesores enseñó a Thy los principios básicos del ordenador. Le colocó la mano sobre el ratón y le movió los dedos para que tratase de comprender la relación entre lo que su mano hacía y lo que sucedía en la pantalla. Al descubrir esta relación, Thy se dio media vuelta y nos miró fascinado. Ante nosotros, que no podíamos pasar medio día sin visitar nuestra cuenta de correo electrónico y que éramos incapaces de escribir una carta sin un procesador de textos, se hallaba un ser que nunca se había acercado a un ordenador y que no tenía ni la más remota idea de lo que era un disquete, un buscador o Internet.

Dum, incapaz de quedarse quieto, se mostraba impaciente con Thy. Cuando éste no acertaba a destruir las naves que bajaban amenazadoras por la pantalla, Dum le quitaba el ratón y le decía: «Se hace así, mira, así». Y el coordinador le pedía por favor que le diera tiempo a Thy, que a él también al principio le había costado aprender a jugar, aunque ahora fuese un experto y salvase al mundo llegando hasta el nivel doce.

Desde la entrada de la habitación, yo los observaba. Me conmovía la

lentitud con que Thy tardaba en aprender, el candor con que miraba primero a la pantalla y luego al ratón cuando no lograba ni siquiera abatir a una de las naves alienígenas que volaban por el espacio.

La verdad es que resulta casi imposible no experimentar más empatía por algunos de los niños del hogar. En Calcuta, tenía una especial conexión con Sunny, Irshad y Dilshad. Sunny me fascinaba por su alegría de vivir, Irhsad por su inteligencia y seriedad, y Dilshad por esa candidez que le daba la apariencia de estar descubriendo por primera vez el mundo día a día. Me quedé en Calcuta con la intención de ayudar. Pero poco fue lo que pude dar en comparación a lo que aprendí. Los niños, que por todo lo que han padecido saben muy bien qué es importante en esta vida, fueron mis grandes maestros.

En Camboya, aunque me llevaba muy bien con todos los integrantes del hogar, ya que no podía hacer otra cosa que admirarlos por todo lo que habían superado para estar allí, tenía una especial conexión con cuatro de ellos. El hijo mayor de Ny, tan torpe, inseguro y a la vez forzadamente autosuficiente y altivo, me enternecía, pues se notaba que estaba entrando en la adolescencia y no sabía muy bien a qué aferrarse. Sokha, como ya he escrito, me fascinaba por su inteligencia y madurez, y me hacía sentir que teníamos mucho en común. Después estaba Khieu, un niño muy introvertido que siempre permanecía un poco al margen del resto, soñando despierto, y que me daba la impresión de ser muy sensible y de tener una gran vida interior, pues solía pasar horas bajo las mesas, jugando con una caja de cerillas y unos palillos. Finalmente, la ternura y la alegría del hogar tomaban vida en Sim, un chico de unos once años de edad que siempre estaba sonriendo y cantando.

Por todo lo que sucedió durante mi estancia allí, no pude pasar con los niños el tiempo que me hubiese gustado. Sin embargo, cuando el avión que me llevaba de regreso se elevó sobre los brazos del río Mekong y puso rumbo a Europa, sentí que algo de mí se quedaba en Camboya.

3. HISTORIA DE OTRA INVESTIGACIÓN

Thy se había quedado en el hogar. Cuando nos fuimos, por la noche, parecía aún un poco perplejo, confundido. Nos vio alejarnos e intentó venir con nosotros, pero Vibol le dijo que tenía que quedarse, que lo intentara al menos durante un par de días, y que si después quería, se podía ir. Era evidente que no le sería fácil adaptarse a su nueva vida.

Al día siguiente fuimos a buscar información acerca del hombre al que Thy nos había guiado. Mientras esperábamos a que la policía hiciera algo con respecto al extranjero que vivía en el Angkor Guest House, era una buena manera de ganar tiempo.

A las siete de la mañana, pues Thy nos había dicho que el hombre salía temprano de su casa, nos situamos cerca de la entrada del barrio de chabolas. Por la noche, y en las calles del centro, resultaba sencillo seguir a alguien sin ser descubierto. Durante el día, y en un barrio tan poco concurrido, era mucho más complicado. Para tratar de atenuar nuestra presencia, nos apoyamos contra el asiento de la moto, de espaldas a la calle, como si estuviéramos inmersos en una importante conversación.

El hombre no tardó mucho en salir. Pasó en un moto-taxi que inmediatamente seguimos rumbo al centro de la ciudad. Tras las breves vacaciones jurídicas en Sihanoukville, volvía a secundar a Thierry en sus persecuciones por las calles de Phnom Penh. El sol reverberaba sobre los techos afilados del Palacio Real y el húmedo césped de sus jardines.

El moto-taxi dejó al hombre en un café del centro, en las inmediaciones del What Phnom, la estupa ubicada sobre la colina que da nombre a la ciudad. Durante unos cuarenta minutos observamos al hombre desde la esquina. A cada momento parecía aumentar la cantidad de gente que recorría las calles, por lo que nuestra labor se volvía más sencilla.

Una vez terminado el café, se dirigió al mercado sin el joven. Allí compró fruta, y luego caminó hasta el río, donde se sentó de espaldas a los edificios coloniales. Para no dejarnos ver, subimos a la terraza del FCC, que nos ofrecía una excelente panorámica de ese primer tramo del malecón.

El austríaco no tardó en ponerse de pie y avanzar en dirección a su casa. Pasó frente al Palacio Real, y en los jardines de la Pagoda de Plata se detuvo a conversar con tres adolescentes que se encontraban junto a una fuente.

En la parte posterior del parque hay un sendero por el que sólo pueden transitar motocicletas y en el que por las noches se prostituyen travestís y

homosexuales. Alguna vez he pasado por ahí, descubriendo con las luces de la moto los rostros maquillados de blanco y los labios carmesí de quienes se ofrecen por dinero y, en muchos casos, tienen relaciones allí mismo, entre los árboles y la maleza.

Uno de los jóvenes acompañó al hombre. En silencio, cruzaron por el monumento a la Independencia, doblaron en una callejuela y entraron en el barrio de chabolas por un acceso lateral que nosotros desconocíamos.

Como en el barrio nos podrían haber descubierto muy fácilmente, esperamos un rato y luego nos dirigimos a la casa del austríaco. El hombre que conocía Vibol nos dijo que sí, que como todas las mañanas había entrado a la casa con un joven. Thierry y yo nos sentamos en las inmediaciones del barrio a esperar. Junto al árbol debajo del cual nos habíamos sentado había un cartel de Save the Children Australia. Nos miramos y sonreímos. «Si la policía no actúa pronto —me dijo Thierry—, terminaremos teniendo sesión continua: por la mañana el austríaco y por la tarde el hombre del casino flotante.»

Por su parte, Vibol regresó en un par de ocasiones al barrio de chabolas y habló con varias personas para tratar también de conseguir información acerca del austríaco. Una maestra de escuela que vivía a dos casas del extranjero le dijo que el hombre entraba todos los días en la casa con distintos jóvenes. Solía hacerlo por la mañana, cuando ella se iba a trabajar. Vibol le preguntó si estaría dispuesta a declarar lo que sabía ante un juez, y ella le respondió que sí, que lo haría sin problemas. Parecía una mujer muy honesta.

El jefe de la comuna, forma administrativa heredada del pasado colonial, a quien Vibol fue a ver acompañado por el hombre que conocía de la cárcel, le prometió que haría todo lo posible por conseguirle una fotocopia del pasaporte del austríaco. Para poder alquilar la casa tendría que haberle entregado una al propietario.

Finalmente, Vibol habló con un joven del barrio que decía haber tenido relaciones con el austríaco en varias ocasiones. Según le explicó, aunque hablaba jemer, el hombre era muy callado, y desde que iba a buscarlo a su casa apenas le dirigía la palabra.

Cuando Thy se sintió más cómodo en el hogar, Thierry y Vibol aprovecharon para preguntarle acerca de su relación con el austríaco. Si el caso salía adelante, sería el principal testigo, ya que, a diferencia del otro joven y de los que habíamos visto en el parque de la Pagoda de Plata, aún no superaba los catorce años, edad a partir de la cual en Camboya un joven puede dar su consentimiento para mantener relaciones sexuales.

—Pregúntale, por favor, Vibol, cuándo comenzó a prostituirse.

Vibol tradujo la pregunta de Thierry, y Thy contestó. Luego Vibol,

como lo haría a lo largo de la entrevista, nos tradujo al francés su respuesta:

—Comenzó hace tres años, cuando tenía once años de edad.

Thierry lo apuntó en un cuaderno.

—¿Y por qué comenzó?

—Conoció a un chico que lo hacía y que ganaba dinero, y

él quería ayudar a su madre y a sus hermanos, así que hizo lo mismo.

—¿Y qué es lo que siente haciendo eso?

—Tiene muchos problemas en la cabeza. Comenzó a prostituirse muy joven, y tuvo muchos clientes, y desde el primer día lo hizo todo con ellos: felación, sodomía, masturbación… Al principio era tan pequeño que ni siquiera tenía esperma y no podía eyacular en las relaciones. Y no le gustaba hacer lo que hacía, pero como quería el dinero siguió, y dice que hoy se ha hecho homosexual… Tenga o no tenga clientes, ahora tiene una pareja con quien mantiene relaciones todos los días. Pero sin penetración, sólo se masturban… Él quiere parar, pero no sabe cómo, por eso odia a los pederastas, porque le pasaron esta enfermedad del sexo…

Me conmovía la sinceridad de Thy. Sé que no le resultaba sencillo contarnos todo aquello. Lo hacía con dolor. Pero sabíamos que abrirse, compartir, le haría bien. Lo haría sentirse menos solo, más acompañado en las duras circunstancias que le habían tocado vivir.

—¿Su madre trabaja?

—Recoge cartones en la calle.

—¿Sabe a qué se dedica?

—No, él le dice que gana el dinero jugando a las cartas.

—¿Y sus hermanos?

—Ellos lo saben. El más pequeño también se prostituye, pero con un solo hombre, al que llama su padrino... un hombre de Suiza que le manda dinero para que estudie y que una vez al año viene a verle y lo lleva de vacaciones.

Cuando escuché lo de su hermano, recordé algo que me habían comentado en varias ocasiones: hay hombres que apadrinan niños a través de una ONG, les envían fotos, les escriben, los van a visitar, pero, en el fondo, son pederastas que sólo buscan tener relaciones con ellos. Papás, tíos o padrinos, como los llaman los niños.

—¿Podría hacer una descripción del austríaco? ¿Cómo es, qué hace, qué le dice?

—Dice que es difícil… que no es grande, es pequeño y su boca es así. —Vibol frunció los labios—. Su pene es grande, curvo como un arco iris.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta, cincuenta años.

—¿Qué idioma habla?

—Dice que no lo sabe, que cada vez que lo ve le dice:

«Hello, you».

—¿Conoce la nacionalidad del hombre?

—No lo sabe, dice que tal vez es francés... pero los niños suelen llamar franceses a todos los extranjeros.

—¿Usó preservativos en la relación con el hombre?

—No.

—¿Los usa alguna vez con los clientes?

—Jamás. Aunque él lleva un preservativo en el bolsillo y a veces lo saca, los extranjeros le dicen que no, que no lo quieren utilizar.

—Pero ¿no conoce las consecuencias de tener relaciones sin preservativo?

—Sí conoce el sida, y sabe de otras enfermedades graves, pero los hombres no quieren que use preservativo. ¿Qué puede hacer?

—¿Y no le da miedo?

—Sí, le da miedo.

Nos pareció terrible que Thy, con la cantidad de relaciones que mantenía todas las semanas, no utilizase preservativo. Y era más terrible aún teniendo en cuenta las estadísticas presentadas por Naciones Unidas en el año 2002, según las cuales Camboya es el país de Asia con mayor incidencia de sida, una enfermedad que hace diez años, cuando todavía la comunidad internacional no había desembarcado con sus veintidós mil funcionarios y sus empresas multinacionales, casi no existía en Camboya, y que hoy padecen más de doscientas mil personas.

Oí una entrevista en la que se le preguntaba a Hun Sen, actual primer ministro y hombre fuerte de Camboya desde la

época del dominio vietnamita, cuál era a su entender el resultado de la acción de Naciones Unidas, de los mil seiscientos millones de dólares que habían gastado para reorganizar el país y auspiciar las primeras elecciones. Sonriendo con ironía, respondió: «El sida».

—Por último, Vibol, pregúntale si le gustaría cambiar de vida.

—Le gustaría encontrar otro trabajo, pero no sabe qué trabajo, nunca ha hecho otra cosa que lo que hace.

—¿Ha ido a la escuela?

—No, no sabe leer ni escribir.

—¿Se va a quedar en el hogar?

—No lo sabe, dice que tiene a su madre, que le tiene que dar dinero y que si se queda aquí no va a poder ayudarla.

4. ÚLTIMO ESFUERZO, ÚLTIMA DESILUSIÓN

Rodin sintió una gran fascinación ante la belleza y el refinamiento de la cultura jemer. André Malraux también. Tanto es así que quiso llevarse consigo parte de esa cultura. En 1923, a los veintidós años, el futuro autor de *La condición humana* y ministro de Cultura de Francia viajó a Camboya y, junto a su mujer y un amigo, de uno de los templos de Angkor arrancó varias figuras que pretendía vender en Europa.

Aunque había dicho que se encontraba en viaje de estudios, las autoridades sospecharon (los baúles, los portadores y la dinamita hacían evidentes sus intenciones), y cuando huía en vapor rumbo a Tailandia lo detuvieron. A partir de ese momento comenzaría un proceso que duraría meses y que tendría como conclusión la condena de Malraux a tres años de cárcel. En parte por la presión que sus amigos intelectuales —André Breton, André Gide y Raymond Gallimard— ejercieron en Francia, y por la simpatía que por él sentían algunas autoridades coloniales, se le permitió abandonar la región sin cumplir la condena.

Al visitar Angkor, se descubren infinidad de piezas incompletas, porque el expolio de las estatuas y bajorrelieves no terminó con Malraux. Durante las últimas décadas fue un negocio sumamente lucrativo que generó enormes ganancias a los traficantes.

Mi visita en 1995 a Angkor había sido extraordinaria. Encaramado a lo más alto de las torres del templo central, había pasado horas leyendo, meditando, durmiendo, hasta que el sol se sumergió en las aguas del río Mekong. Hoy la situación ha cambiado. Casi no se puede caminar por los pasillos de Banteay Srei sin llevarse por delante no a uno, sino a cien turistas. Quizá lo bueno de esta llegada masiva de extranjeros sea que hace más difícil el saqueo de una de las grandes creaciones arquitectónicas de la humanidad.

No sabemos si el extranjero al que denunciamos tenía buenos amigos en la policía, en el gobierno o en las embajadas, pero no tardamos en comprobar que, más allá de las buenas intenciones del oficial que nos había tomado la denuncia, no lo iban a detener. El hombre continuaba con sus habituales caminatas del hotel al casino flotante y del casino flotante al hotel. Cuando, en una de sus guardias, Thierry lo vio entrar en la pensión junto a

dos niños, decidió que volvería a insistir, que no se podía quedar de brazos cruzados. Con una bolsa de yute en las manos, vino a verme a la habitación del hotel Paradise. Llevaba un vídeo que había alquilado al dueño de un restaurante chino y varias cintas VHS que había comprado en el Mercado Central. Su idea era que hiciéramos una edición casera de los vídeos que habíamos grabado desde el casino flotante y que las lleváramos a la máxima autoridad posible. Así lo hicimos. Una vez que el material estuvo listo, partimos rumbo a la comisaría central de policía, nos presentamos como miembros de una ONG española y esperamos hasta que Pol Phie They, director del Departamento de Extranjeros de la Policía Municipal de Phnom Penh, nos atendiera.

Supongo que fue la decisión con que íbamos la que nos abrió las puertas y nos hizo llegar hasta él. Tuvimos que aguardar media hora, pero nos recibió. Con suma cordialidad, nos dio la mano y nos invitó a pasar. Por suerte para nosotros, hablaba muy bien francés porque había estado en Francia en varias ocasiones, y en su despacho tenía un televisor. Cuando entramos estaba encendido, sintonizando TV5.

Mientras Thierry le explicaba el objetivo de nuestra visita, yo intentaba conectar el vídeo, que habíamos llevado en la bolsa de yute, al televisor. Por alguna extraña razón, aunque seguí los procedimientos correctos —conectaba los cables en el lugar correcto, sintonizaba el canal auxiliar—, la señal no aparecía.

Al final lo conseguí. No sé bien qué hice, pero la imagen del extranjero junto a los niños apareció en la pantalla. Debo admitir que hasta ese momento lo había pasado mal. Thierry se había quedado en silencio; el policía, con su uniforme marrón y sus condecoraciones, tamborileaba con los dedos sobre el escritorio; y yo luchaba denodadamente con los cables y el mando a distancia.

Las primeras imágenes que mostramos al policía fueron las que yo había capturado tras el juicio al italiano. Dum y Tong caminan por el malecón. A lo lejos se ve al hombre, que está sentado junto al niño vietnamita. Dum y Tong hablan. Explican que conocen al hombre. Luego habla el niño vietnamita, y después el de la caja para lustrar zapatos.

Interesado por lo que estaba viendo, Pol Phie They se puso de pie y se acercó al televisor.

—Detén el vídeo —me dijo.

Luché con el mando hasta que logré parar la cinta.

—A ese hombre lo conozco... creo que es de Bélgica —nos explicó frunciendo el ceño, como si tratase de recordar algo. Y, sin más, se perdió en una pequeña habitación contigua.

Thierry me miró con perplejidad. Durante unos segundos nos quedamos solos. La oficina era austera. Tenía un escritorio, un sofá, un par de sillas y una pequeña mesa coronada por dos vasijas de cristal azul con flores de

plástico. Como en todo despacho gubernamental, no faltaba la foto del rey ni el retrato de Angkor, recuerdo de un pasado glorioso.

Pol Phie They regresó con una pila de carpetas. Pasó legajos con fotos de hombres occidentales. Ancianos con niñas. Hombres jóvenes con niños. Fotos sacadas a distancia, desenfocadas. En parques, en restaurantes y en burdeles. Hasta que llegó a un rostro y una pose que me eran familiares. El hombre del casino flotante. Más joven y delgado, pero sentado en la misma posición, en el mismo lugar, junto al río, y rodeado de niños.

—Se trata de un ciudadano belga. Lleva dos años aquí y tiene un visado de negocios —nos explicó mostrándonos las fotografías.

La policía tenía fichas de muchos de los pederastas que vivían o estaban de paso por Camboya. Los seguía, les sacaba fotos, estaba al tanto de lo que hacían, pero no superaba los límites de la mera investigación.

—¿Por qué no lleva a todos esos hombres a la cárcel? —le preguntó Thierry sin disimular su indignación.

El jefe de policía, con las fotos del belga en la mano, se sentó tras el escritorio y nos explicó que sólo podían actuar cuando había una denuncia; de otro modo, no podían hacer otra cosa que seguir a los extranjeros.

—Hemos hecho la denuncia hace dos semanas, y el belga sigue yendo todas las tardes al parque, y sigue teniendo por las noches relaciones sexuales con ellos en su pensión —le dije.

—El problema es que por las noches la ley nos impide entrar en propiedades particulares y, si no lo cogemos in fraganti, en un caso como éste, donde todos los testigos son menores, no podemos hacer nada.

—Pero ¿no le parecen suficientes pruebas estos vídeos? —le preguntó Thierry.

—Sí para mí. Pero no para condenar a alguien. Y no lo podemos arrestar sólo por lo que digan unos niños.

—¿Y qué pruebas hay que conseguir?

—Coger al hombre in fraganti, como al italiano al que condenaron a diez años.

—¿Y tenemos que conseguir nosotros las pruebas?

—Todos los años pasan por Camboya doscientos mil turistas. La cuarta parte viene por el sexo. No podemos investigar a cada uno de los hombres que tienen relaciones con menores de edad. Sabemos lo que hacen, pero no podemos llevarlos a todos a juicio.

—No los lleve a todos, pero lleve a éste, que todos los días se acuesta con niños de cinco, seis, siete años de edad —le repliqué—. Niños de su país.

—No son pruebas suficientes, necesitamos más, lo siento. Durante la conversación, el oficial no perdió el control. Hablaba con parsimonia, muy seguro de sí mismo y de lo que decía.

Una vez fuera de la comisaría de policía, Thierry se sentó, sacó un

cigarrillo y resopló. Yo me acomodé a su lado. Habíamos sentido una gran desazón al encontrar al belga junto a los niños en el malecón y al descubrir, días más tarde, que por las noches los llevaba a su habitación. Y ahora esto: la comprobación de que detrás de su impunidad y la de tantos otros pederastas estaba la falta de voluntad de la policía, que, además, sabía lo que estaba sucediendo y no hacía nada para evitarlo.

Thierry me pasó un cigarrillo, lo encendí y le di una calada; entonces me asaltó una duda que en algún momento ya había considerado, pero que ahora volvía con fuerza: ¿y si era la policía la que, como todo el mundo decía, estaba detrás del negocio del comercio sexual? ¿Y si era ella quien organizaba a los niños para que fuesen a los hoteles? ¿Cómo reaccionaría ante nuestras preguntas, ante las pruebas que le habíamos dado? No intentaría sacarnos del camino, quizá a través de la violencia o por medio de una falsa denuncia, poniéndonos drogas en las maletas o acusándonos de hacer pornografía infantil, ya que teníamos una cámara profesional de vídeo y habíamos grabado imágenes de niños.

—Te estás volviendo paranoico —me dijo Thierry riéndose. Pero como me vio realmente preocupado, prosiguió—: Dicen que por doscientos dólares puedes mandar matar a alguien en Camboya, pero yo no creo que la policía se vaya a meter con nosotros, su negocio grande son las niñas, los prostíbulos, y nosotros no nos hemos metido con eso, sólo hemos denunciado a un hombre que se acuesta con niños, y no creo que haya alguien más detrás que los padres y los dueños de los hoteles, sólo porque es un negocio que mueve muy poco dinero. ¿Tres dólares por pasar una noche con un niño? ¿Cinco dólares? No es nada.

Desde que habíamos denunciado al belga me había sentido bastante inseguro, deteniéndome antes de entrar en el hotel para ver si me seguía alguien. A pesar de las palabras de Thierry, durante los pocos días que me quedaban en Camboya me sentiría mucho más preocupado aún.

Ahora que el director del Departamento de Extranjeros había admitido abiertamente la escasa voluntad de la policía para actuar contra los pederastas, la pregunta que nos hacíamos era qué más se podía hacer. Thierry, que parecía infatigable en su voluntad de ayudar a los niños, y que por eso en trece años había logrado tanto en Calcuta, tuvo una idea. Se le ocurrió que podíamos ir a hablar con la madre del niño que a veces iba a la pensión del belga y pedirle que lo llevara a una determinada hora. Así, coordinando nuestra acción con la de la policía, podríamos atrapar al hombre *en flagrant délit*, como decía Thierry.

Nos encontramos con Vibol en la puerta del FCC y partimos rumbo al casino flotante. Estaban todos allí, el vietnamita y los otros pequeños, organizando los desperdicios que habían recogido en la ciudad: en una pila

los plásticos, en otra los cartones y en otra las latas. Cogimos al niño que nos había confesado que había ido a la pensión del belga, lo subimos a la moto de Vibol y fuimos a ver a su familia.

Su padre había muerto y su madre se había quedado sola al cargo de cinco hijos. Vivían en el peor barrio de chabolas de Phnom Penh, un laberinto de arterias cubiertas de fango, pobladas de perros sarnosos y niños sucios y descalzos. Una sucesión de casetas destartaladas, torcidas, incompletas, desde donde la gente no nos recibía como en los barrios marginales de la India, sonriente, divertida, sino, más bien, como suele hacerlo en las favelas y villas miseria de América Latina, en silencio, con evidente desconfianza. Hombres con viejos e incompletos uniformes militares, mujeres curtidas, despeinadas, dejaban lo que estaban haciendo para vernos pasar.

La madre nos recibió sin decir palabra. Sostenía un bebé en brazos mientras cocinaba. Llevaba alrededor del cabello un *krama*, el pañuelo a cuadros tradicional que ahora sólo los pobres utilizaban, pues los ricos y la clase media se vestían al estilo occidental. El suelo bajo sus pies descalzos estaba hecho con trozos de baldosas presionados contra la tierra que los niños debían haber sacado de las calles del centro. Vibol la saludó uniendo la manos en señal de respeto, *Jom riab sua*, y ella murmuró un saludo similar.

A ambos lados de la entrada, varias tablas de madera, colocadas sobre latas vacías de pintura, servían de bancos. Después, un angosto pasillo conducía a la cocina y arriba, junto al techo, que por los agujeros que tenía era evidente que de poco debía servir para contener la lluvia, se encontraba un entrepiso en el que guardaban mantas enrolladas, ropa, una silla rota y algunas cajas con los restos de plástico y metal que sus hijos había recogido en la ciudad y que luego irían a vender a las fábricas de la periferia.

Sobre la entrada de la cocina había una imagen de Buda y un almanaque con la foto de una mujer desnuda. Al final de un palo clavado en el suelo se balanceaba una gorra americana: «Batallón Trece. Águilas de California».

Lo que más me impresionaba eran las paredes, que parecían una suerte de collage, hechas con trozos de afiches de publicidad, neumáticos gastados y paneles de bambú. A través de ellas la luz del sol llegaba atenuada, henchida de colores, y giraba sobre sí misma, se retorcía, al encontrarse con el denso humo del fuego.

Vibol entró en la cocina y habló con la madre de los niños; le explicó quién era, qué hacía y le contó el plan de Thierry. Le prometió que, si nos ayudaba, él se haría cargo de la educación del niño, lo llevaría al hogar. La madre permaneció en silencio. Docenas de vecinos se asomaban por las rendijas de las paredes. Al comprender que mientras estuvieran ellos no

iba a hablar, salí de la precaria vivienda con mi cámara para distraerlos un poco. En los bancos de la entrada había cuatro niños. Un joven muy delgado, con uniforme de colegio, y otros más pequeños.

Fuera de la vivienda, los niños, que no tenían reparos en jugar conmigo, se miraban fascinados en el visor de la cámara. Pocos metros más allá de la casa de la mujer, la callejuela estaba inundada. Y aunque el agua cubría la mitad de sus viviendas y les llegaba a las rodillas, las personas seguían con su vida, yendo de un lugar a otro, cocinando, conversando, trabajando.

Un hombre escuálido, canoso, con el pecho cubierto de tatuajes, se acercó a mí. «Luché con los americanos durante años, pero después se fueron y no me dejaron ir a su país», me dijo en inglés. Volvió a entrar en su precaria vivienda y regresó con una foto amarillenta de la época del conflicto de Vietnam, en la que se lo veía como un joven y saludable soldado, posando junto a varios militares extranjeros.

Vibol y Thierry salieron desanimados de la chabola. La madre había admitido que el belga le daba cien dólares al mes para que enviara a los niños al colegio. Y le había contado que el mayor de sus hijos, el adolescente, también tenía un padrino, un francés, que venía una vez al año y se lo llevaba de vacaciones al mar. Cuando Vibol le preguntó si ese extranjero mantenía relaciones con su hijo, ella le dijo que sí.

A lo que se negó rotundamente fue a ayudarnos a que la policía arrestara al belga. Tenía tres niños más y vivía en la más absoluta miseria. O sacrificaba a algunos de ellos o se morían todos de hambre.

Si no hubiese sido testigo de las condiciones en que vivía, le habría pedido a Vibol que insistiera. Era nuestra última oportunidad. Pero después de haber estado media hora en el lugar donde vivían, permanecí en silencio.

La madre también se opuso a que su hijo fuera a declarar a la policía. Decía que le daban miedo los vecinos, que estaba sola y que si sabían lo que hacía su hijo podrían hacerle daño. Entonces fuimos al malecón y cogimos a otros dos niños, el de la caja de lustrar zapatos y otro aún más pequeño, aquel que desde el casino flotante habíamos visto pasar la tarde junto al belga. Decididos a seguir insistiendo hasta que alguien nos hiciera caso, volvimos a la comisaría de policía para ver si al menos de esta manera ejercíamos un poco de presión sobre las autoridades, ya que, en lugar de una sola denuncia —la de Thierry—, ahora tendrían tres.

Mientras declaraban estaban alegres. Les parecía divertido que les untaran los dedos en tinta roja y que les pidieran que los apretasen contra un papel. Respondían con naturalidad a las preguntas que les formulaban los agentes: dónde vivían, cómo se llamaban sus padres, con cuántos

extranjeros habían tenido relaciones, por qué lo habían hecho, por cuánto dinero.

Cuando el segundo de los niños estaba declarando, apareció en la sala Pol Phie They, el director del Departamento de Extranjeros. Al vernos se detuvo en seco: parecía sorprendido de que estuviéramos otra vez allí. Sin acercarse, nos saludó brevemente, salió por la puerta principal y se subió al coche importado con chófer que lo esperaba en la puerta.

UN DESENLACE INESPERADO

A los dos días de haber llevado a los niños a declarar a la policía, tuve que abandonar Camboya. Mi visado, extendido en varias ocasiones, llegaba a su fin, y las obligaciones que me esperaban en Madrid no podían ser postergadas una vez más. Había incluso compromisos contractuales con los que debía cumplir.

Hice la maleta, escondí las cintas de vídeo entre la ropa por si me revisaban el equipaje en la aduana, cené con Thierry y Vibol en el FCC y partí rumbo al aeropuerto.

Durante el vuelo no pude dejar de pensar en lo que había vivido. Recordé el testimonio del italiano y las fotos de Dum y Tong entre las malezas del río. Recordé al niño vietnamita, la expresión de culpa y miedo que había en su rostro. No tuve que mirar muy atrás para volver a encontrarme en el despacho del director del Departamento de Extranjeros, escuchándole decir que no se podía hacer nada por proteger a los niños.

Me costaba ver con claridad qué conclusiones debía sacar de esas experiencias. Supuse que sólo el tiempo me permitiría descubrir la verdadera dimensión de lo que había vivido a lo largo de los últimos meses.

El avión sobrevolaba Afganistán, Irán, Grecia, Turquía; imágenes de niños en la basura, de niños mendigando, de niños jugando con extranjeros volvían a mí.

A los pocos días de estar de regreso en Madrid, contento de reencontrarme con mis espacios y rutinas, fui a tomar un café con Javier García Sánchez y Susana Sánchez, dos amigos del alma que con su afecto, honestidad y aliento me habían ayudado a contar las historias sobre la pobreza en Calcuta.

Nos encontramos en el café Pepe Botella. Para alegría de los tres, en la pared del fondo del local acababan de colocar un afiche de la película *Nos miran*, que se había basado en el libro *Los otros*, escrito por Javier. Pedimos de beber y brindamos por la inminente mudanza de Susana a Barcelona, por la película sobre la obra de Javier y por mi regreso a Madrid.

Llegado el momento, comencé a contarles lo que había vivido. Desde el encuentro con el pederasta italiano, uno a uno les fui narrando los momentos de esperanza, los golpes, las decepciones. También les hablé acerca de Vibol, Thierry y los niños, del privilegio que había tenido al

poder compartir el trabajo con ellos.

Pero les dije la verdad: lo que primaba en mí era la sensación de fracaso y frustración. A pesar de haber estado tan cerca del belga, de haberlo seguido durante días, no había logrado que lo metieran en la cárcel, y sabía que, muy probablemente, aquella misma noche estaría con los niños en su habitación. La pregunta que me hacía era si no nos habíamos equivocado, si en lugar de haber ido a la policía no deberíamos haber hablado directamente con él para decirle que sabíamos lo que hacía y que debía dejar a los niños en paz.

Javier no estuvo de acuerdo. Tuvo la lucidez para comprender que ni el belga ni el francés ni el austríaco eran el fondo del asunto, el verdadero problema.

—Al descubrir la desidia de la policía —me dijo—, ese jefe que dice que no lo puede arrestar porque es de noche, estás mostrando la esencia del problema, su verdadera y más profunda causa, la corrupción, los intereses creados, el poder.

Javier no tenía duda alguna de que los abusos a menores en Camboya tendrían fin cuando las autoridades comenzasen a actuar con eficiencia y honestidad.

—Has logrado lo que pocas investigaciones, llegar a la esencia del problema. Los pederastas son enfermos. Necesitan ser controlados. Los niños necesitan que se los proteja. Y quienes no están cumpliendo con su deber y permitiendo que todo esto suceda son las autoridades, la policía que mira a otro lado, las embajadas que prefieren defender a su gente antes que a los niños, los países de los que parten los pederastas.

Las palabras de Javier me sacaron un peso de encima, aunque las que diría a continuación me pondrían otro:

—Y ahora tienes que escribir acerca de esto. Aunque te duela, tienes que contar lo que has vivido, no basta con las imágenes, tienes que escribirlo. Voy a llamar al periódico para ver qué les parece la idea.

A los pocos días me llamaron de *El Mundo* para pedirme que les enviara un resumen del artículo. Y así como antes de partir rumbo a Camboya había sido incapaz de imaginar lo que allí viviría, en ese momento tampoco llegué a vislumbrar las extraordinarias consecuencias que tendrían aquellas palabras de Javier.

Agustín Pery recibió el material. Yo sabía que era una apuesta fuerte, un tema incómodo, complejo, del que la gente a veces prefiere no saber demasiado. Pero Agustín no dudó en otorgarle un lugar prioritario y en darme libertad absoluta para narrar los hechos como sentía que debía hacerlo. «Tengo hijos pequeños, y no sabes cómo me afectan estas cosas», me dijo. De él fue una idea que resultaría clave en este proceso: «Al final

del artículo agrega un número de cuenta de la ONG para que la gente os pueda ayudar».

Gracias a su apoyo, y el de Fernando Baeta y Miguel Ángel Mellado, el artículo salió publicado el segundo domingo de octubre. Como consecuencia, recibí docenas de llamadas de personas que querían ayudar a Thierry y Vibol o que simplemente me daban las gracias por escribir acerca de un tema del que tan poco se habla, pero que tantos millones de niños padecen. Además, recibí numerosas invitaciones a programas de radio. Fueron muchos los periodistas que también quisieron sumarse a esta causa.

Unos días más tarde, llamé emocionado a Thierry y le dije que tenía que contratar a investigadores y abogados. Gracias a la publicación del artículo teníamos fondos suficientes para poner en marcha Protect, la idea que en 1995 había tenido junto a Vibol. Una organización no gubernamental dedicada exclusivamente a seguir y denunciar a los pederastas.

Poco tiempo tardaron en ir a registrar la nueva organización al Ministerio del Interior en Phnom Penh. Y en cuanto tuvieron abierta una cuenta de banco, les envié los fondos.

Después me puse en contacto con Fernando Quintela, de El Mundo TV. Tanto él como Melchor Miralles tenían información acerca de la investigación que estaba llevando a cabo, y, desde el primer momento me habían ofrecido apoyo estratégico y material, sin el cual mi trabajo no hubiera sido posible.

Finalmente me encontré con ellos y les presenté el material. «Tenemos que mostrar esto a la gente, es muy importante. Déjame que encuentre la mejor manera de hacerlo», me dijo Fernando y, días más tarde, me llamó para contarme que no sólo editaríamos un documental, sino que daríamos vida a dos emisiones completas de *Investigación TV*.

En Valencia, donde se produce *Investigación TV*, los miembros del equipo me recibieron con gran entusiasmo. Resultaba emocionante que aquella labor que habíamos hecho en silencio, Thierry, Vibol y yo, fuera ahora parte de un equipo de treinta personas en el que cada uno aportaba lo mejor de sí, llamando a especialistas, redactando guiones, buscando información. Quizá ésa sea la mayor recompensa que pueda tener un periodista que investiga durante meses, en silencio, acerca de un tema: ver como su labor se enriquece, toma vida, camina, gracias al esfuerzo conjunto de mucha otra gente. La pesadumbre que me había acompañado al partir de Camboya, comenzaba a desaparecer.

Por esta razón no pude más que sentirme muy agradecido, tanto a Melchor y a Fernando como a toda la gente del programa, desde Vicente

Ortí, Paco López Diago y José Martín Nieto, hasta Alfredo Pérez de Albéniz, Mercedes Villegas, Cristina Gómez Comino y María Dolores Fresquet. Las dos emisiones especiales de tres horas contaron con la participación de psicólogos, policías, trabajadores sociales y miembros de ONG. Fueron programas duros pero profundos. Un verdadero privilegio.

En este extraordinario proceso, hubo un punto culminante: el día en que Thierry me llamó para decirme que el austríaco estaba en la cárcel. Lo habían conseguido. El jefe de la comuna les había entregado la fotocopia del pasaporte, ellos habían hecho la denuncia y la policía había actuado. En sus primeras semanas de vida, Protect comenzaba a dar frutos. La contratación de un policía retirado, que colaboró en la investigación, y de un buen abogado que redactó la denuncia, resultaron de gran ayuda. Y todo gracias a los periodistas que en España apostaron por difundir este tema, y a la respuesta de personas que, en muchas ocasiones, sin ni siquiera dar su nombre, hicieron transferencias al número de cuenta que acompañaba al artículo.

En esas mismas fechas, Ester Martínez, directora de proyectos en Asia de la ONG Global Humanitaria, viajó a Camboya. Al descubrir lo bien que funcionaba el hogar, no dudó en preparar los fondos necesarios para la apertura de un segundo centro de acogida. Thierry y Vibol la llevaron a ver la vivienda que habían soñado alquilar en 1995, el antiguo caserón colonial situado al final del bulevar Monivong. Ester la vio, habló con sus propietarios y, una vez alcanzado un acuerdo, puso la vivienda a disposición de Thierry y Vibol para que sin demoras pudieran poner en marcha el nuevo hogar para niños de calle.

Además, Ester habló con Andrés Torres y decidieron que ellos se harían cargo de Protect, para que pudiera tener más investigadores y, como consecuencia, elevar el número de denuncias. «Hasta que no quede un pederasta en Camboya», me dijo Andrés.

La última etapa de este periplo fue consecuencia de Carmen Fernández de Blas, editora extraordinaria, a quien debo que hace ya algún tiempo se me abrieran las puertas del mundo de la publicación y que desde el primer día creyó en esta obra y la enriqueció con sus ideas.

Ahora nos espera el futuro. Tras la publicación del artículo en *El Mundo*, se puso en contacto conmigo Luis Peral, consejero de trabajo de la Comunidad de Madrid. Me invitó a su oficina y me dijo que deseaba hacer algo por ayudar a los niños que sufren abusos. De él fue la idea de enviar el material como prueba al Parlamento Europeo, y de crear una campaña de sensibilización cuyos objetivos serán denunciar las vejaciones que

padecen los menores y ejercer presión sobre las autoridades de Phnom Penh para que superen el umbral de la retórica y actúen de forma eficiente para proteger a sus niños.

Y eso estamos haciendo. El 14 de marzo de 2003, el Parlamento Europeo aprobó una resolución en la que pide al gobierno camboyano que tome «todas las medidas necesarias para poner fin a los abusos contra menores y la prostitución infantil». La ONG Global Humanitaria, además de los hogares para niños de la calle y Protect, acaba de poner en marcha en toda Europa la primera campaña para la educación en los derechos de la infancia y la prevención del abuso sexual.

En un año es mucho lo que se ha logrado. Thierry y Vibol fueron el punto de partida de esta historia. De nosotros depende que la situación de los niños de Camboya mejore. La responsabilidad está ahora en nuestras manos.

Hernán Zin lleva 20 años escribiendo libros y rodando documentales desde las zonas más pobres y violentas del mundo. Ha trabajado en más de 40 países de África, Asia y América Latina. En 2002 publicó su primer libro, *Un voluntario en Calcuta*, y, en 2003, *Helado y patatas fritas* (Plaza & Janés). Este último libro, sumado al documental que realizó para televisión acerca del abuso de menores en Camboya, permitió la puesta en marcha de un ambicioso programa contra el turismo sexual y la prostitución infantil gracias al cual varios pederastas europeos se encuentran en la cárcel. En 2005 publicó *La libertad del compromiso* (Plaza & Janés) y en 2007 *Llueve sobre Gaza.*

Entre sus documentales destacan *Quiero ser Messi*, de 2013, que de la mano de National Geographic cuenta la explotación de los niños en el fútbol. *La guerra contra las mujeres*, estrenado en Televisión Española en 2013, que da voz a las mujeres víctimas de la violación como arma de guerra. Y *Villas Miseria*, de 2009, que narra el día a día de los habitantes de los barrios de chabolas en India, Argentina, Kenia y Sudáfrica. Junto al reportero Jon Sistiaga ha rodado y producido una decena de reportajes para *Canal Plus*, desde la matanza de albinos en Tanzania, la persecución de homosexuales en Uganda hasta las guerras en Somalia y Afganistán.

Entre otros galardones, recibió en 2010 el Premio Internacional de la Academia de Televisión de España. En 2011, la *Deustche Welle* nominó *Viaje a la guerra* a mejor blog en los prestigiosos Premios Bobs. Blog que desde 2006 Hernán Zin escribe desde zonas en conflicto armado.

Edición en formato digital: septiembre de 2014

© 2003, Hernán Zin
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Imagen de portada: Archivo personal del autor

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: : 978-84-01-34350-6

Composición digital: M. I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Helado y patatas fritas
Introducción
¡Buena suerte para todos!
El belga
1. Un encuentro fortuito
2. Regreso a la infancia
3. Restaurante indio y hotel
4. La respuesta de la policía
El francés
1. El viaje a Sihanoukville
2. Los últimos preparativos
3. El juicio a Guynot
4. Regreso a Phnom Penh
El austríaco
1. Un malentendido
2. Un nuevo integrante en el hogar
3. Historia de otra investigación
4. Último esfuerzo, última desilusión
Un desenlace inesperado
Biografía
Créditos